

Platón

Gorgias o de la retórica

Traducción de Luis Roig de Lluís

Argumento

Igual a Fedón por la fuerza y elevación moral de las ideas y por el vigor de la dialéctica y por el acertado empleo de la mitología, no tiene Gorgias, sin embargo, su interés dramático. Sócrates sigue representando el primer papel, pero en una situación muy distinta. Y en cuanto a sus adversarios: Gorgias de Leontium, Polos de Agrigento y Calicles de Atenas, distan mucho de inspirar la viva simpatía que sus discípulos. No se debe, pues, esperar una composición tan animada ni tan llena de vida, lo cual no es óbice para que Gorgias sea una de las obras más bellas de Platón.

Su objeto no anuncia desde luego su importancia filosófica: es la Retórica. Pero Platón, como siempre, engrandece y eleva su asunto conducido por el examen de lo que realmente es y de lo que debe ser la retórica a consideraciones superiores acerca de lo justo y lo injusto, de lo bello y de lo feo considerados en ellos mismos; después de la impunidad y del castigo, y por último del bien, no sólo en los discursos de un orador, sino en la vida entera. De estas alturas adonde le ha llevado el

buscar los principios que dominan y gobiernan el arte de persuadir, sabe descender sin esfuerzo a todos los estados y a todas las acciones de la vida para aplicar las verdades generales, y después de haber establecido de este modo y en nombre de la razón su doctrina moral, invoca en su apoyo las tradiciones de los pueblos transmitidas de siglo en siglo, bajo la forma de un mito de un sentido no menos profundo que el de Fedón. Tal es el plan general: he aquí la continuación de la discusión.

Sócrates y Chaerefon encuentran delante de su casa a Calicles, hospedador de Gorgias y de Polos, que les ofrece presentarlos a los dos extranjeros: en su casa es donde se desarrolla la conversación. El primer cruce de palabras entre Polos y Chaerefon y el exordio declamatorio del primero son el preámbulo de la discusión, que no comienza verdaderamente sino en el momento en que Sócrates oye directamente de boca de Gorgias lo que es y lo que enseña. Gorgias es un retórico y enseña la retórica. ¿Cuál es el objeto de la retórica? Los discursos. ¿Toda clase de discursos, como puede pronunciarlos y a propósito de su arte el médico y el maestro de gimnasia? No; solamente los discursos que sin estar mezclados a ninguna acción manual tienen por único fin la persuasión. Éste es, pues, el objetivo de la retórica. Pero ¿qué clase de persuasión?, porque todas las ciencias quieren persuadir de algo. La retórica de lo que persuade es de lo justo y de lo injusto, pero esto no es decir bastante; hay que saber todavía si el orador se dirige a personas instruidas, cuya persuasión se fundará sobre la ciencia, o a ignorantes, a los que habrá que persuadir solamente por la creencia: si debe instruir persuadiendo o solamente persuadir. Porque si no se propone instruir, tampoco tiene necesidad de estar instruido. Pero si no está instruido no podrá ser consultado acerca de la justicia o injusticia de una causa, y entonces, ¿para qué la retórica?

Gorgias no se rinde después de este primer ataque; sostiene que la retórica es por excelencia el arte de persuadir, en el sentido de que da los medios de hacer prevalecer su opinión en todo y contra todos. Puede usarse bien o mal de ella, pero si el orador hace un mal uso de ella, no es a la retórica a la que hay que culpar, sino a él. Vana sutilidad que no se libra de las objeciones de Sócrates. Hay que escoger, en efecto, entre la retórica extraña a la ciencia y a la verdad, que se limita a hacer creer a la plebe ignorante que todo es bueno o malo, justo o injusto, bello o feo, según la necesidad del momento, un arte pérfido e inmoral, y la retórica que se inspira en la verdad, la propaga y persuade con ella. Éste es el punto decisivo.

Supongamos que el orador es instruido: conocedor de la justicia y de la verdad, es justo e incapaz de hacer nada contra su carácter, es decir, de persuadir jamás de la injusticia, la falsía y la fealdad, y ejerce un arte profundamente moral del cual es imposible hacer un mal empleo. Ésta es la retórica según Sócrates, pero no según Gorgias ni Polos; es la que debe ser, pero no la que es. Porque tal como la practican los retóricos, ni siquiera es un arte, sino una rutina, sin mas finalidad que la de procurarse gusto y distracción. Es una de tantas viles prácticas que recomienda la adulación y que fraudulentamente ha logrado ocupar el puesto de las verdaderas artes. Hay, es cierto, ciencias que tienen por objetivo la educación y el perfeccionamiento del alma y del cuerpo: la Política y la Legislación en el orden moral y la Medicina y la Gimnástica en el orden

físico. Son artes saludables, que la adulación que acaricia a todos los vicios de la naturaleza humana ha sustituido con simulacros funestos a la salud del cuerpo y del alma, como son la cocina que reemplaza a la medicina, el tocador a la gimnástica, la sofística a la legislación, y la política, por último, a la retórica. Es preciso, pues, tomarla por lo que es, es decir, por una rutina, porque no se basa sobre ningún conocimiento de la naturaleza de las cosas de que trata, no puede dar cuenta de nada y no tiene más finalidad que el placer. El orador que la ejerce no es él mismo más que un adulador despreciable al que ni siquiera se le mira a la cara.

Más atrevido que Gorgias, cuya circunspección retrocedió ante la tesis explícita del interés personal, declara Polos que la fuerza de la retórica está en el poder que da al orador para hacer lo que quiera. Mas ¿qué es hacer lo que se quiere? Es querer lo que aparentemente es ventajoso, porque no hay nadie que no prefiera su conveniencia a todo lo demás. Pero para un hombre desprovisto del sentido de discernir el bien del mal, hay que reconocer que no es un gran poder el de poder hacer lo que le conviene. Es, pues, necesario que el orador esté dotado de buen sentido ante todo, y aun, admitido esto, no está probado que haga lo que quiere. Por lo menos no le ocurre por lo general. El orador, semejante en esto a todos los hombres, haciendo lo que hace de ordinario, no hace lo que quiere, por la razón de que no quiere lo que hace, sino aquello en vista de lo cual hace lo que hace. Es como un enfermo que toma una poción amarga, no porque quiera tomarla, sino porque quiere recobrar la salud. La salud, es decir, en general su bien, he aquí lo que todos quieren verdaderamente. Si el orador, pues, quiere su bien haciendo lo que hace todos los días, hace lo que quiere; si no, no. Y en este caso no tiene poder. Por ejemplo: ¿podrá decirse que el orador hace lo que quiere cuando manda desterrar o matar arbitrariamente a un ciudadano? No, porque hace lo más contrario que hay a su bien, es decir, una injusticia. No es, pues, poderoso, ni siquiera feliz, como les ocurrió a Arquelao, usurpador del trono de Macedonia, y el gran rey de Persia, no obstante poder hacer cuanto les plugo. Porque sólo es feliz en el mundo el hombre que no tiene remordimientos, el hombre honrado. No pensará así quizá la ignorante muchedumbre, pero sí el hombre de buen sentido. Del hombre injusto no es bastante decir que no es dichoso; hay que penetrarse también de esta verdad: que hay un hombre todavía más desgraciado, que es el que comete impunemente la injusticia. Para el culpable, cualquiera que sea, no hay mayor desgracia que escapar al castigo, ni beneficio mayor que sufrir la pena que ha merecido. Sócrates insiste con fuerza en la idea de que es peor y más denigrante cometer una injusticia que ser víctima de ella en nombre de la idéntica naturaleza del mal y de lo feo, de lo bello y del bien. ¿Qué es lo que hace que una cosa sea bella? El placer o la utilidad o bien el placer y la utilidad. ¿De dónde procede la fealdad de una cosa? Del dolor o del mal o bien del dolor y del mal a la vez. Una cosa, por consiguiente, es más bella que otra cuando procura más placer o más bien, o más placer y más bien que ésta; y una cosa es más fea que otra por producir más males o dolor que ésta o más males y dolores simultáneamente. Apliquemos estas premisas a la injusticia cometida y a la injusticia sufrida. Es evidente que cometerla es menos doloroso que sufrirla. Por

consiguiente, no es por el dolor sólo ni por el mal y el dolor reunidos por lo que la injusticia cometida se sobrepone a la sufrida. Queda por ver si será por el mal. Pero como en principio lo malo y lo feo son inseparables, es de necesidad que sea más fea la comisión de la injusticia que el sufrirla sólo por el hecho de ser peor.

¿Y cuál es la consecuencia de lo en que hemos venido a parar? Que en nombre del amor al bien y del horror al mal naturales en todos los hombres, no hay ni uno solo, a menos que carezca de buen sentido, que no prefiera sufrir una injusticia a cometerla. Esta conclusión bella por sí misma lo es más aún por el apoyo que presta a la que la sigue: que el mal mayor que cabe imaginar es el no ser castigado cuando se ha merecido serlo. Sócrates se complace en sentar sobre las pruebas más sólidas este esfuerzo supremo de su dialéctica. En efecto, es evidente que es lo mismo sufrir la pena y ser justamente castigado. Pero lo que es justo por sí mismo es bello, y lo que es bello es bueno y útil. La utilidad del castigo proviene, pues, de su justicia. Pero ¿qué utilidad? La misma en el sentido que el hierro y el fuego procuran al enfermo que se entregó en manos del cirujano y ha recobrado la salud. Pero la ventaja que viene del castigo está muy por encima de él, como la superioridad del alma lo está sobre el cuerpo; es la liberación de una enfermedad moral, de la mayor enfermedad: de la injusticia. ¿Será posible no reconocer el bien infinito que es recobrar la salud del alma si se la ha perdido? Pues entonces, ¿cómo negar que la impunidad hace del hombre injusto el más desdichado de los hombres, ya que le obliga a sufrir el peor y más irremediable de los males? Volviendo rápida pero muy lógicamente al objeto principal de la conversación, define Sócrates el verdadero objetivo de la retórica en armonía con los evidentes principios que manifestó. Debe ser el arte de acusarse a sí mismo y de acusar también a sus parientes y amigos; el arte saludable de invocar sobre su cabeza y sobre todos los que se ama el justo castigo, como el remedio soberano contra las enfermedades del alma. El mayor mal que la retórica puede infligir a quien la ejerce, la mayor venganza que pueda poner en manos de sus enemigos, es cambiarse en el arte de disimular la injusticia, de sustraer un culpable a su pena y de forzarle a vivir presa del mal que devora su alma.

El silencio de Gorgias y de Polos es la mejor confesión de que nada tienen que oponer a esta refutación de la retórica desprovista de principio moral, o lo que es igual, puesta al servicio del interés, tal como ellos la presentaron. Pero Platón tiene cuidado de no dejar sin contestar algunos argumentos de otra naturaleza contrarios a la retórica basada sobre la justicia, argumentos sumamente débiles, pero que si no fueran refutados directamente parecerían tener algún valor. Son los que pone en la boca de Calicles.

Calicles responde que Sócrates acaba de exponer verdaderamente el modo de sentir de los filósofos, pero no el de los políticos. Trata ligera y desdeñosamente la filosofía de estudio, buena sí para formar el espíritu de los jóvenes, pero por lo demás perfectamente inaplicable en la práctica. En la política es preciso resolverse a estar en contradicción con ella y consigo mismo, después de todo, si se piensa como ella, porque una cosa es la teoría y otra la práctica. Si en vez de desde el punto de vista de la ley en el que se ha colocado Sócrates, se miran las cosas

desde el punto de vista de la naturaleza, se llega a conclusiones diametralmente opuestas. Es un hecho reconocido, por ejemplo, que los hombres ven más deshonra en ser víctimas de una injusticia que en cometerla, porque es ser tratado como esclavo y humillarse ante alguien más fuerte que uno mismo. Los débiles, incapaces de defenderse solos, han inventado y puesto las leyes por encima de la naturaleza. Pero ¿a quién engañan estas leyes? A pesar de la filosofía y de la legislación, en toda sociedad desempeña el más fuerte el papel más lucido. En estos razonamientos se descubre la eterna presunción de aquellos para quienes los principios nada significan y la experiencia en cambio todo; ellos se llaman positivistas. Su tesis está expresamente presentada aquí con toda su provocante crudeza. ¿Qué?, responde Sócrates; es preciso conocer ante todo el sentido del concepto el más fuerte, que es el más poderoso y el que más interesa saber de la confesión de Calicles. Porque en la sociedad lo más fuerte es el mayor número precisamente, es decir, el pueblo es el que hace las leyes. Si legisla contra la injusticia es porque piensa que es peor cometerla que soportarla. De manera que la ley está perfectamente de acuerdo con la naturaleza en este punto y la tesis positiva queda ya refutada. Calicles quiere corregirse dando solamente a la expresión el más fuerte, el sentido de el mejor. Éste debe mandar a los demás porque es el más sabio, y por lo tanto, debe ser también el más ganancioso.

¿Ganancias de qué? ¿De alimentos, de bebidas, de vestimenta? No, no es esto. Es indispensable que Calicles dé a su pensamiento un nuevo grado de precisión y que diga con claridad qué entiende por el más sabio: es, dice, el que posee la mayor habilidad y el mayor valor para procurarse el poder. Más claro aún: el hombre absolutamente libre de realizar sus deseos y de satisfacer sus pasiones sin restricción y sin medida alguna. Éste es el héroe de la retórica positiva; el hombre más fuerte, el mejor, el más sabio, el más esforzado y más feliz de todos los hombres. Todo lo que no está conforme con este ideal del poder de la oratoria no es más que una ridícula necedad, una convención contraria a la naturaleza.

Pero las objeciones se suceden con increíble abundancia en la boca de Sócrates. Si la felicidad consiste en la satisfacción de los deseos, mientras más sean éstos más feliz se será. También se deduce que la mayor dicha es estar en vida entera con un hambre y una sed extremas y una comezón continua con tal de poder estar comiendo, bebiendo y rascándose a todas horas; consecuencia risible, pero lógica. En segundo lugar, la teoría tiende nada menos que a identificar el placer con el bien. Nada más falso. El signo de identidad entre dos casos es su coexistencia en un mismo objeto, como el signo de su diferencia esencial es la necesidad de existir en alguna parte la una sin la otra. Según esto, ¿no es cierto que un placer no existe sino con la condición de que la necesidad que satisface continúe subsistiendo, como la sed en el placer de apagarla? Y la necesidad, ¿no es un dolor? De aquí se deduce que el dolor y el placer existen simultáneamente, sea en el cuerpo o en el alma. Pero si el placer es el bien, el dolor es el mal, de manera que es preciso admitir que el bien y el mal pueden encontrarse juntos en el mismo sujeto, mientras en la realidad lo contrario es la verdad, puesto que el bien y el mal se excluyen por esencia. En fin, la pretendida identidad del placer y del bien destruye toda diferencia moral entre los hombres, y puesto que todos

están llamados a disfrutar en igual medida de los mismos placeres y los mismos dolores, tienen que ser por este concepto igualmente buenos e igualmente malos, y hasta más bien serán mejores los más sensuales y más entregados a toda clase de placeres, por esto mismo, que los temperantes y prudentes.

Y que nadie espere sustraerse a esta detestable consecuencia estableciendo, como hace Calicles, una distinción entre los placeres. Por lo pronto, es una concesión ruinosa y además un arma contra la teoría, porque si se quiere decir que hay placeres útiles que es conveniente buscar y otros nocivos, de los que es preciso huir, se destruye la identidad del placer y del bien. Involuntariamente se conviene en que no es el placer al que hay que buscar por el bien, sino el bien en vista del placer. Pero esta pesquisa exige reflexión y habilidad, todo un arte, en fin, teniendo como objetivo el bien. Consideradas así todas las artes que no tienen más finalidad que el placer, el arte del flautista, del que tañe la lira; el arte mismo del poeta, que compone ditirambos, tragedias o comedias, desde que se propone divertir en vez de instruir, son más perjudiciales que útiles. A este género pertenece la retórica cuando no pretende más que recrear el oído o adular a la opinión. Esto es lo que hace sea tan grande el número de aduladores y tan escaso el de verdaderos oradores. No hay que temer el decir que Temístocles, Milcíades y Pericles mismo no fueron dignos de este nombre, puesto que, lejos de instruir al pueblo, lo dejaron, confesión propia de ellos, más indócil y más corrompido de lo que lo encontraron.

Calicles, a su vez, queda reducido al silencio por esta argumentación vigorosa, y Sócrates, desde este momento, dueño absoluto del campo, llena casi por sí sólo todo el final del diálogo. Acaba con fuerza con su último adversario, sentando como conclusión que la felicidad humana, lejos de residir en la libre satisfacción de las pasiones, consiste en su moderación. La intemperancia precipita al alma en el desorden; la medida establece en ella el orden, la regla, y con ellos la paz interna. El hombre moderado, esclavo voluntario de su deber para con los dioses y sus semejantes, se guarda de los excesos, es justo, prudente, valiente y por lo mismo feliz. Éste es el modelo del orador, que no es verdaderamente grande más que por el bien que puede hacer al pueblo aconsejándole la justicia. La justicia es la norma de toda su vida pública y privada, porque lo que un hombre tal teme más en el mundo no es verse acusado, condenado y conducido a la muerte, sino cometer una injusticia. Su única preocupación es poner su alma al abrigo de toda falta hasta que llegue el instante en que estará dispuesto a comparecer ante los jueces que le esperan.

En apoyo de otros principios que nadie impugna, apela Sócrates, además, a la tradición popular del reparto del universo entre los hijos de Saturno, Júpiter, Neptuno y Plutón, y a la constitución en los infiernos de tres jueces supremos: Minos, Eaco y Radamanto, encargados de decidir sin apelación del destino de las almas del justo y del malvado, según como hubieran vivido; pura fábula, si se quiere, como dice Sócrates, pero fábulas dignas de ser creídas mientras no se encuentra otra mejor. Pero lo que no es fabuloso son los principios que representan la tradición y que proceden de la razón, este guía al que el sabio y el prudente siguen con

preferencia a todos los demás.

INTERLOCUTORES

CALLICLES.

SÓCRATES.

CHAIREFON.

GORGAS.

POLOS.

CALLICLES.- Dícese, Sócrates, que en la guerra y en el combate es donde hay que encontrarse a tiempo.

SÓCRATES.- ¿Venimos entonces, según se dice, a la fiesta y retrasados?

CALLICLES.- Sí, y a una fiesta deliciosa, porque Gorgias nos ha dicho hace un momento una infinidad de cosas a cuál más bella.

SÓCRATES.- Chairefon, a quien aquí ves, es el causante de este retraso, Calicles; nos obligó a detenernos en la plaza.

CHAIREFON.- Nada malo hay en ello, Sócrates; en todo caso remediaré mi culpa. Gorgias es amigo mío, y nos repetirá las mismas cosas que acaba de decir, si quieres, y si lo prefieres lo dejará para otra vez.

CALLICLES.- ¿Qué dices, Chairefon? ¿No tiene Sócrates deseos de escuchar a Gorgias?

CHAIREFON.- A esto expresamente hemos venido.

CALLICLES.- Si queréis ir conmigo a mi casa, donde se aloja Gorgias, os expondrá su doctrina.

SÓCRATES.- Te quedo muy reconocido, Calicles, pero ¿tendrá ganas de conversar con nosotros? Quisiera oír de sus labios qué virtud tiene el arte que profesa, qué es lo que promete y qué enseña. Lo demás lo expondrá, como dices, otro día.

CALLICLES.- Lo mejor será interrogarle, porque este tema es uno de los que acaba de tratar con nosotros. Decía hace un momento a todos los allí presentes que le interrogaran acerca de la materia que les placiera, alardeando de poder contestar a todas.

SÓCRATES.- Eso me agrada. Interrógale, Chairefon.

CHAIREFON.- ¿Qué le preguntaré?

SÓCRATES.- Lo que es.

CHAIREFON.- ¿Qué quieres decir?

SÓCRATES.- Si su oficio fuera hacer zapatos te contestaría que zapatero. ¿Comprendes lo que pienso?

CHAIREFON.- Lo comprendo y voy a interrogarle. Dime: ¿es cierto lo que asegura Calicles, de que eres capaz de contestar a todas las preguntas que te puedan hacer?

GORGAS.- Sí, Chairefon; así lo he declarado hace un momento, y

añado que desde hace muchos años nadie me ha hecho una pregunta que me fuera desconocida.

CHAIREFON.- Siendo así, contestarás con mucha facilidad.

GORGIAS.- De ti depende el hacer la prueba.

POLOS.- Es cierto, pero hazla conmigo, si te parece bien, Chairefon, porque me parece que Gorgias está cansado, pues acaba de hablarnos de muchas cosas.

CHAIREFON.- ¿Qué es esto, Polos? ¿Te haces ilusiones de contestar mejor que Gorgias?

POLOS.- ¿Qué importa con tal de que conteste bastante bien para ti?

CHAIREFON.- Nada importa. Contéstame, pues, ya que así lo quieres.

POLOS.- Pregunta.

CHAIREFON.- Es lo que voy a hacer. Si Gorgias fuera hábil en el arte que ejerce su hermano Herodico, ¿qué nombre le daríamos con razón? El mismo que a Herodico, ¿verdad?

POLOS.- Sin duda.

CHAIREFON.- Entonces, con razón, le podríamos llamar médico.

POLOS.- Sí.

CHAIREFON.- Y si estuviera versado en el mismo arte que Aristofon, hijo de Agaofon, o que su hermano⁶³, ¿qué nombre habría que darle?

POLOS.- El de pintor, evidentemente.

CHAIREFON.- Puesto que es muy hábil en cierto arte, ¿qué nombre será el más a propósito para designarle?

POLOS.- Hay, Chairefon, entre los hombres una porción de artes cuyo descubrimiento ha sido debido a una serie de experiencias, porque la experiencia hace que nuestra vida marche según las reglas del Arte, mientras que la inexperiencia la obliga a marchar al azar. Unos están versados en un arte, otros en otro, cada uno a su manera; las artes mejores son patrimonio de los mejores. Gorgias es uno de éstos y el arte que posee la más bella de todas.

SÓCRATES Me parece, Gorgias, que Polos está muy acostumbrado a discurrir, pero no cumple la palabra que ha dado a Chairefon.

GORGIAS.- ¿Por qué, Sócrates?

SÓCRATES.- No contesta, me parece, a lo que se le pregunta.

GORGIAS.- Si te parece bien, interrógale tú mismo.

SÓCRATES.- No; pero si le pluguiera responderme, le interrogaría de buena gana, tanto más cuanto que por lo que he podido oír a Polos es evidente que se ha dedicado más a lo que se llama la retórica que al arte de conversar.

POLOS.- ¿Por qué razón, Sócrates?

SÓCRATES.- Por la razón, Polos, de que habiéndote preguntado Chairefon en qué arte es Gorgias hábil, haces el elogio de su arte, como si alguien lo menospreciara, pero no dices cuál es.

POLOS.- ¿No te he dicho que es la más bella de todas las artes?

SÓCRATES.- Convengo en ello; pero nadie te interroga acerca de las cualidades del arte de Gorgias. Se te pregunta solamente qué arte es y qué debe decirse de Gorgias. Chairefon te ha puesto en camino por medio de ejemplos, y tú al principio le respondiste bien y

concisamente. Dime ahora de igual modo qué arte profesa Gorgias y qué nombre es el que a éste tenemos que darle. O mejor aún: dinos tú mismo, Gorgias, qué calificativo hay que darte y qué arte profesas.

GORGIAS.- La retórica, Sócrates.

SÓCRATES.- Entonces ¿hay que llamarte retórico?

GORGIAS.- Y buen retórico, Sócrates, si quieres llamar me lo que me glorifico de serlo, para servirme de la expresión de Homero.

SÓCRATES.- Consiento en ello.

GORGIAS.- Pues bien; llámame así.

SÓCRATES.- ¿Podremos decir que eres capaz de enseñar este arte a los otros?

GORGIAS.- Ésta es mi profesión, no sólo aquí, sino en todas partes.

SÓCRATES.- ¿Quisieras, Gorgias, que continuáramos en parte interrogando y en parte contestando, como estamos haciendo ahora, y que dejemos para otra ocasión los largos discursos, como el que Polos había empezado? Pero, por favor, mantén lo que has prometido y redúctete a dar breves respuestas a cada pregunta.

GORGIAS.- Hay algunas respuestas, Sócrates, que por necesidad no pueden ser breves. No obstante, haré de manera que sean lo más cortas posibles. Porque una de las cosas de que me lisonjeo es de que nadie dirá las mismas cosas que yo con menos palabras.

SÓCRATES.- Es lo que debe ser, Gorgias. Hazme ver hoy tu conclusión y otra vez nos desplegarás tu abundancia.

GORGIAS.- Te contestaré y convendrás conmigo en que no has oído nunca hablar más concisamente.

SÓCRATES.- Puesto que presumes de ser tan hábil en el arte de la retórica y capaz de enseñarlo a otro, dime cuál es su objeto, como el objeto del arte del tejedor es el de hacer trajes, ¿no es así?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Y la música la composición de cantos?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- ¡Por Juno, Gorgias!, admiro tus respuestas, que más breves no pueden ser.

GORGIAS.- También presumo, Sócrates, de mi habilidad en este género.

SÓCRATES.- Dices bien. Contéstame, te lo ruego, del mismo modo en lo referente a la retórica, y dime cuál es su objeto.

GORGIAS.- Discursos.

SÓCRATES.- ¿Qué discursos, Gorgias? ¿Los que explican a los enfermos el régimen que tienen que observar para restablecerse?

GORGIAS.- No.

SÓCRATES.- ¿La retórica no tiene entonces por objeto toda clase de discursos?

GORGIAS.- No, sin duda.

SÓCRATES.- Sin embargo, ¿enseña a hablar?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- Pero la medicina, que he citado como ejemplo, ¿no pone a los enfermos en disposición de pensar y de hablar?

GORGIAS.- Necesariamente.

SÓCRATES.- La medicina, según las apariencias, ¿tiene también por objeto los discursos?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Los que conciernen a las enfermedades?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿No tiene igualmente por objeto la gimnasia los discursos referentes a la buena y mala disposición del cuerpo?

GORGIAS.- Es cierto.

SÓCRATES.- Lo mismo puede decirse de las demás artes: cada una de ellas tiene por objeto los discursos relativos al asunto que se ejerce.

GORGIAS.- Parece qué sí.

SÓCRATES.- Entonces ¿por qué no llamas retórica a las otras artes que también tienen por objeto los discursos, puesto que das este nombre a un arte cuyo objeto son los discursos?

GORGIAS.- Es porque todas las otras artes, Sócrates, no se ocupan más que de obras manuales y de otras producciones semejantes, mientras que la retórica no produce ninguna obra manual y todo su efecto y su virtud están en los discursos. He aquí por qué digo que la retórica tiene por objeto los discursos y pretendo que con esto digo la verdad.

SÓCRATES.- Creo comprender lo que quieres designar por este arte, pero lo veré más claro dentro de un instante. Contéstame: ¿hay artes, verdad?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- Entre todas las artes, unas consisten, principalmente, me figuro, en la acción, y necesitan de muy pocos discursos; algunas ni siquiera uno, pero su obra puede terminarse en el silencio, como la pintura, la escultura y muchas otras. Tales son, a mi modo de ver, las artes que dices no tienen ninguna relación con la retórica.

GORGIAS.- Has comprendido perfectamente mi pensamiento, Sócrates.

SÓCRATES.- Hay, por el contrario, otras artes que ejecutan todo lo que es de su resorte por el discurso y no tienen necesidad de ninguna o casi ninguna acción. Por ejemplo: la aritmética, el arte de calcular, la geometría, el juego de dados y muchas otras artes, de las que algunas requieren tantas palabras como acción y la mayor parte más, tanto que toda su fuerza y todo su efecto están en los discursos. A este número me parece que dices pertenece la retórica.

GORGIAS.- Es cierto.

SÓCRATES.- Tu intención, me figuro, no será, sin embargo, la de dar el nombre de retórica a ninguna de estas artes; como no sea que, como has dicho expresamente que la retórica es un arte cuya virtud consiste toda en el discurso, pretendieras que alguno quisiera tomar a broma tus palabras para hacerte esta pregunta: Gorgias, ¿das el nombre de retórica a la aritmética? Pero a mí no se me ocurre que llamas así a la aritmética ni a la geometría.

GORGIAS.- Y no te engañas, Sócrates, si aceptas mi pensamiento como debe ser aceptado.

SÓCRATES.- Entonces acaba de contestar a mi pregunta. Puesto que la

retórica es una de estas artes que tanto empleo hacen del discurso y que muchas otras están en el mismo caso, procura decirme por relación en qué consiste toda la virtud de la retórica en el discurso. Si refiriéndose a una de las artes que acabo de nombrar me preguntara alguien: Sócrates, ¿qué es la numeración?, le contestaría, como tú has hecho hace un momento, que es un arte cuya virtud está en el discurso. Y si me preguntara de nuevo: ¿Con relación a qué?, le respondería que con relación al conocimiento de lo par y de lo impar, para saber cuántas unidades hay en lo uno y en lo otro. Y de igual manera si me preguntara: ¿Qué entiendes por el arte de calcular?, porque le diría también es una de las artes cuya fuerza toda consiste en el discurso. Y si continuara preguntándome: ¿Con relación a qué?, le contestaría que el arte de calcular tiene casi todo común con la numeración, puesto que tiene el mismo objeto, saber lo par y lo impar, pero que hay la diferencia de que el arte de calcular considera cuál es la relación de lo par y de lo impar entre sí, relativamente a la cantidad. Si me preguntaran por la Astronomía, y después de haber contestado que es un arte que ejecuta por el discurso todo lo que le incumbe, añadieran: ¿A qué se refieren los discursos de la astronomía?, les respondería que al movimiento de los astros, del Sol y de la Luna y que explican en qué proporción está la velocidad de su carrera.

GORGIAS.- Y responderías muy bien, Sócrates.

SÓCRATES.- Contéstame de igual manera, Gorgias. La retórica es una de esas artes que ejecutan y acaban todo por el discurso, ¿no es cierto?

GORGIAS.- Es verdad.

SÓCRATES.- Dime, pues, cuál es el objeto con el cual se relacionan los discursos que emplea la retórica.

GORGIAS.- Los más grandes e importantes asuntos humanos, Sócrates.

SÓCRATES.- Lo que dices, Gorgias, es una cosa que está en controversia y acerca de la cual todavía nada hay decidido. Porque habrás oído cantar en los banquetes la canción cuando los convidados enumeran los bienes de la vida diciendo que el primero es disfrutar de buena salud, el segundo ser hermoso y el tercero ser rico sin injusticia, como dice el autor de la canción⁶⁵.

GORGIAS.- Lo he oído, pero ¿a propósito de qué me lo dices?

SÓCRATES.- Porque los artesanos de estos bienes cantados por el poeta, a saber, el médico, el maestro de gimnasia y el economista se apresurarán a alinearse en filas contigo, y el médico me dirá el primero: Sócrates, Gorgias te engaña. Su arte no tiene por objetivo el mayor de los bienes del hombre; es el mío. Si yo le preguntara: ¿Quién eres tú para hablar de esta manera? Soy médico, me respondería. ¿Y qué pretendes? ¿Que el mayor de los bienes es el fruto de tu arte? ¿Puede alguien discutirlo, Sócrates, me respondería, puesto que produce la salud? ¿Hay algo que los hombres prefieren a la salud? Después de éste vendría el maestro de gimnasia, que me diría Sócrates, mucho me sorprendería que Gorgias pudiera mostrarte algún bien derivado de su arte que resulte mayor que el que resulta del mío. Y tú, amigo mío, replicaría yo, ¿quién

eres y cuál es tu profesión? Soy el maestro de gimnasia, replicaría, y mi profesión la de hacer robusto y hermoso el cuerpo humano. El economista llegaría después que el maestro de gimnasia y menospreciando todas las otras profesiones, me figuro que me diría: Juzga por ti mismo, Sócrates, si Gorgias o cualquier otro puede proporcionar bienes mayores que la riqueza. Qué, le diríamos, ¿eres el artesano de la riqueza? Sin duda, nos respondería: soy el economista. Y qué, le diríamos, ¿crees acaso que la riqueza es el mayor de los bienes? Seguramente, replicaría. Sin embargo, diría yo, Gorgias, aquí presente, pretende que su arte produce un bien mayor que el tuyo. Es evidente que me preguntaría ¿Qué gran bien es ése? Que Gorgias se explique. Imagínate, Gorgias, que ellos y yo te hacemos la misma pregunta, y dime en qué consiste lo que llamas el mayor bien del hombre que te vanaglorias de producir.

GORGIIAS.- Es, en efecto, el mayor de todos los bienes aquel a quien los hombres deben su libertad y hasta en cada ciudad la autoridad sobre los otros ciudadanos.

SÓCRATES.- Pero vuelvo a decirte: ¿cuál es?

GORGIIAS.- A mi modo ver, el de estar apto para persuadir con sus discursos a los jueces en los tribunales, a los senadores en el Senado, al pueblo en las asambleas; en una palabra, a todos los que componen toda clase de reuniones políticas. Este talento pondrá a tus pies al médico y al maestro de gimnasia y se verá que el economista se habrá enriquecido no para él, sino para otro, para ti, que posees el arte de hablar y ganar el espíritu de las multitudes.

SÓCRATES.- Por fin, Gorgias, me parece que me has mostrado tan de cerca como es posible qué arte piensas es la retórica, y si te he comprendido bien, dices que es la obrera de la persuasión, ya que tal es el objetivo de todas sus operaciones y que en suma no va más allá. ¿Podrías probarme, en efecto, que el poder de la retórica va más allá que de hacer nacer la persuasión en el alma de los oyentes?

GORGIIAS.- De ningún modo, y a mi modo de ver la has definido muy acertadamente, puesto que verdaderamente a esto sólo se reduce.

SÓCRATES.- Escúchame, Gorgias. Si hay alguien que hablando con otro esté ansioso de comprender bien la cosa de que se habla, puedes estar seguro de que me lisonjeo de ser uno, y me figuro lo mismo de ti.

GORGIIAS.- ¿Qué quieres decir con esto?

SÓCRATES.- Escúchalo: sabes que no concibo de ninguna manera de qué naturaleza es la persuasión que atribuyes a la retórica ni por qué motivo se verifica esta persuasión; no es que no sospeche de lo que quieres hablar. Pero no por esto dejaré de preguntarme qué persuasión nace de la retórica y acerca de qué. Si te interrogo en vez de hacerte partícipe de mis conjeturas, no es por causa tuya, sino, en vista de esta conversación, a fin de que avance de manera que conozcamos claramente el asunto de que tratamos. Mira tú mismo si crees que tengo motivos para interrogarte. Si te preguntara en qué clase de pintores está Zeuxis y tú me contestaras que en la de pintores de animales, ¿no tendría yo razón si te preguntara, además,

qué clase de animales pinta y sobre qué?

GORGIAS.- Sin duda.

SÓCRATES.- ¿No es porque también hay otros pintores que pintan animales?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- De manera que si Zeuxis fuera el único que los pintara, me habrías contestado bien.

GORGIAS.- Seguramente.

SÓCRATES.- Dime, pues, refiriéndome a la retórica: ¿te parece que es la única que motiva la persuasión o hay otras que hacen lo mismo? Éste es mi pensamiento. El que enseña cualquier cosa que sea, ¿persuade de lo que enseña o no?

GORGIAS.- Persuade con toda seguridad, Sócrates.

SÓCRATES.- Volviendo a las mismas artes de que ya se ha hecho mención, ¿no nos enseñan la aritmética y el aritmético lo concerniente a los números?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Y no persuaden al mismo tiempo? La aritmética, por lo tanto, es una obrera de la persuasión.

GORGIAS.- Apariencia de ello tiene.

SÓCRATES.- ¿Y si nos preguntaran en qué persuasión y de qué? Diríamos que es la que enseña la cantidad del número, sea par o impar. Aplicando la misma respuesta a las demás artes de que hablamos nos sería fácil demostrar que producen la persuasión y señalar la especie y el objeto. ¿No es cierto?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- La retórica no es, pues, el único arte cuya obra es la persuasión.

GORGIAS.- Dices la verdad.

SÓCRATES.- Por consiguiente, puesto que no es la única que produce la persuasión y que otras artes consiguen lo mismo, tenemos derecho a preguntar, además, de qué persuasión es arte la retórica y de qué persuade esta persuasión. ¿No juzgas que esta pregunta está muy en su lugar?

GORGIAS.- Desde luego, sí.

SÓCRATES.- Ya que piensas así, respóndeme.

GORGIAS.- Hablo, Sócrates, de la persuasión que tiene lugar en los tribunales y las asambleas públicas, como decía ha muy poco, y en lo referente a las cosas justas e injustas.

SÓCRATES.- Sospechaba que tenías en vista, en efecto, esta persuasión y estos objetos, Gorgias. Pero no quise decirte nada para que te sorprendiera si en el curso de esta conversación te interrogara acerca de cosas que parecen evidentes. No es por ti, ya te lo he dicho, que procedo de esta manera, sino a causa de la discusión, a fin de que marche como es preciso y que por simples conjeturas no tomemos la costumbre de prevenir y adivinarnos los pensamientos mutuamente, pero acaba tu discurso como te plazca, y siguiendo los principios que establezcas tú mismo.

GORGIAS.- Nada me parece tan sensato como esta conducta.

SÓCRATES.- Pues entonces, adelante, y examinemos todavía esto otro.

¿Admites lo que se llama saber?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Y lo que se llama creer?

GORGIAS.- También lo admito.

SÓCRATES.- ¿Te parece que saber y creer, la ciencia y la creencia, son la misma cosa o dos diferentes?

GORGIAS.- Pienso, Sócrates, que son dos diferentes.

SÓCRATES.- Piensas acertadamente, y podrás juzgar por lo que te voy a decir. Si te preguntaran, Gorgias, ¿hay una creencia verdadera y una falsa? Convendrías, sin duda, en que sí.

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Y hay también una ciencia falsa y una verdadera?

GORGIAS.- No.

SÓCRATES.- Entonces es evidente que creer y saber no son la misma cosa.

GORGIAS.- Ciertamente.

SÓCRATES.- Sin embargo, los que saben están persuadidos lo mismo que los que creen.

GORGIAS.- Convengo en ello.

SÓCRATES.- ¿Quieres que, consecuentes a esto, admitamos dos especies de persuasión, una que produce la creencia sin la ciencia y otra que produce la ciencia?

GORGIAS.- Sin duda.

SÓCRATES.- De estas dos persuasiones, ¿cuál es la que con la retórica opera en los tribunales y otras asambleas con motivo de lo justo y de lo injusto? ¿Con aquella de la que nace la creencia sin la ciencia o la que engendra la ciencia?

GORGIAS.- Es evidente, Sócrates, que con la que engendra la ciencia.

SÓCRATES.- La retórica, a lo que parece, es, pues, obrera de la persuasión que hace creer y no de la que hace saber en lo tocante a lo justo y lo injusto.

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- El orador, pues, no se propone instruir a los tribunales y a las otras asambleas acerca de la materia de lo justo y de lo injusto, sino únicamente conseguir que crean. Verdad es que en tan poco tiempo le sería imposible instruir a tanta gente en objetos tan importantes.

GORGIAS.- Sin duda.

SÓCRATES.- Admitido esto; veamos, te ruego, lo que puede pensarse de la retórica. En cuanto a mí, te diré que todavía no puedo formarme una idea precisa de lo que de ella debo decir. Cuando una ciudad se reúne para escoger médicos, constructores de embarcaciones o toda clase de obreros, ¿no es verdad que el orador no tendrá necesidad de dar consejos, puesto que es evidente que en estas elecciones se escogerá siempre al más experto? Ni cuando se trate de la construcción de murallas, de puertos o de arsenales serán necesarios discursos, porque se consultará sólo a los arquitectos, ni cuando se deliberara acerca de la elección de un general a las órdenes del cual se irá a combatir al enemigo, porque en estas

ocasiones serán los hombres de guerra los que tendrán la palabra, y los oradores no serán consultados. ¿Qué piensas, Gorgias? Puesto que te dices orador y capaz de formar otros oradores, a nadie mejor que a ti puedo dirigirme para conocer a fondo tu arte. Figúrate, además, que estoy trabajando aquí por tus intereses. Es posible que entre los que aquí están haya quienes deseen ser discípulos tuyos, porque sé de muchos que tienen gana de ello y no se atreven a interrogarte. Persuádate, pues, de que cuando te interrogo es como si ellos mismos te preguntasen: ¿Qué ganaríamos, Gorgias, si nos dieras lecciones? ¿Acerca de qué estaríamos en estado de dar consejo a nuestros conciudadanos? ¿Será solamente de lo justo y de lo injusto, o además de los objetos de que Sócrates acaba de hablar? Intenta responderles.

GORGIAS.- Sócrates, voy, en efecto, a ensayar de desarrollarte por entero toda la virtud de la retórica, porque me has puesto admirablemente en camino para ello. Tú sabes seguramente que en los arsenales de Atenas las murallas y los puertos se construyeron en parte siguiendo los consejos de Temístocles y en parte según los de Pericles, y no escuchando a los obreros.

SÓCRATES.- Sé, Gorgias, que se dice eso de Temístocles. De lo de Pericles lo vi yo mismo, cuando aconsejó a los atenienses levantar la muralla que separa a Atenas del Pireo.

GORGIAS.- Así ves, pues, Sócrates, que cuando se trata de tomar un partido en los asuntos de que hablabas son los oradores los que aconsejan y su opinión es la que decide.

SÓCRATES.- Esto es lo que me asombra y es la causa de que te interrogo hace tanto tiempo acerca de la eficacia de la retórica. Me parece maravillosamente grande considerada desde este punto de vista.

GORGIAS.- Si supieras todo, verías que la retórica abarca, por decirlo así, la virtud de todas las otras artes. Voy a darte una prueba muy convincente de ello. He ido a menudo con mi hermano y otros médicos a ver enfermos que no querían tornar una poción o tolerar que se les aplicara el hierro o el fuego. En vista de que el médico no corregiría nada, intenté convencerlos sin más recursos que los de la retórica, y lo conseguí. Añado que si un orador y un médico se presentan en una ciudad y que se trate de una discusión de viva voz ante el pueblo reunido o delante de cualquier corporación acerca de la preferencia entre el orador y el médico, no se hará caso ninguno de éste, y el hombre que tiene el talento de la palabra será escogido, si se propone serlo. En consecuencia, igualmente con un hombre de cualquier otra profesión se hará preferir al orador antes que otro, quienquiera que sea, porque no hay materia alguna de la que no hable en presencia de una multitud de una manera tan persuasiva como no podrá igualarle cualquier otro artista. La ciencia de la retórica es, pues, tan grande y tal como acabo de decir. Pero es preciso, Sócrates, hacer uso de la retórica como de los demás ejercicios, porque aunque se haya aprendido el pugilato, el pancracio y el combate con armas pesadas de manera de poder vencer a amigos y enemigos, no se debe por esto servirse de ellos

contra todo el mundo ni herir a sus amigos, golpearlos o matarlos. Pero también es cierto que no se debe tomar aversión a la gimnasia ni desterrar de las ciudades a los maestros de ella y de esgrima porque alguno que haya frecuentado los gimnasios y héchese en ellos un cuerpo robusto y vuelto un buen luchador maltratara y golpeará a sus padres o a cualquiera de sus parientes o amigos. Los maestros preparan a sus discípulos a fin de que hagan un buen uso de lo que aprenden defendiéndose contra sus enemigos y contra los malvados, pero no para el ataque. Y si estos discípulos, por el contrario, usan mal de su fuerza y de su habilidad en contra de la intención de sus maestros, no se deduce de ello que ni los maestros ni el arte que enseñan sean malos ni que sobre ellos haya de recaer la culpa, sino sobre los que abusan de lo que se les enseñó. El mismo juicio puede emitirse acerca de la retórica. El orador, en verdad, está en estado de hablar de todo y contra todos, de manera que estará más apto que nadie para persuadir a la multitud en un momento dado del asunto que le placera. Mas esto no es una razón para que prive a los médicos de su reputación ni tampoco a los artesanos por el hecho de poder hacerlo. Al contrario: se debe usar de la retórica como de los otros ejercicios con arreglo a la justicia. Y si alguno que se haya formado en el arte de la oratoria abusa de esta facultad y de este arte para cometer una acción injusta, no se tendrá derecho por esto, me parece, a odiar y desterrar de la ciudad al maestro que le dio lecciones. Porque si puso un arte en sus manos fue para que lo empleara en pro de las causas justas y el otro lo empleó de un modo enteramente opuesto. Él, el discípulo que ha abusado del arte, es el que la equidad quiere que sea aborrecido, expulsado y condenado a muerte, pero no el maestro.

SÓCRATES.- Estoy pensando, Gorgias, en que has asistido como yo a muchas disputas y que habrás observado una cosa, que es que cuando los hombres se proponen conversar les cuesta mucho trabajo fijar de una y otra parte las ideas y determinar la conversación después de haberse instruido a sí mismos y a los demás. Pero cuando surge entre ellos alguna controversia y uno pretende que el otro habla con poca exactitud o claridad, se enojan y se imaginan que se los contradice por envidia y que se habla por espíritu de disputa y no con intención de esclarecer la materia propuesta. Algunos acaban injuriándose groseramente y separándose después de haberse dicho tales cosas, que los oyentes se lamentan de haber sido el auditorio de gente semejante. Pero ¿a propósito de qué digo esto? Pues que me parece que no hablas de una manera consecuente a lo que referente a la retórica dijiste antes, temo que si te refuto puedas figurarte que mi intención no es la de disputar acerca de la cosa misma, a fin de aclararla, sino por hacerte la contra. Si tienes, pues, el mismo carácter que yo, te interrogaré con gusto; si no, no iré más lejos. Pero ¿cuál es mi carácter? Soy de los que gustan de que se los refute cuando no dicen la verdad y de refutar a los otros cuando se apartan de ella, complaciéndome tanto en refutar como en ser refutado. Considero, en efecto, que es un bien mucho mayor el ser refutado, porque es más ventajoso verse libre del mayor de los males

que librar a otro de él. No conozco, además, que exista mayor mal para un hombre que el de tener ideas falsas en la materia que tratamos. Si dices que la disposición de tu espíritu es igual a la mía, prosigamos la conversación, y si crees que debemos darla por terminada, consiento y sea como quieras.

GORGIAS.- Me lisonjeo, Sócrates, de ser uno de esos a quienes has retratado; sin embargo, tenemos que guardar consideración a los que nos escuchan. Mucho tiempo antes de que vinieras les había ya explicado muchas cosas, y si ahora reanudamos la conversación puede ser que nos lleve muy lejos. Conviene, pues, que pensemos en los oyentes y no retener al que tenga cualquier otra cosa que hacer.

CHAIREFON.- Estáis oyendo, Gorgias y Sócrates, el ruido que hacen todos los presentes para testimoniarnos el deseo que tienen de escucharnos si continuáis hablando. De mí puedo aseguraros que quieren los dioses que nunca tenga asuntos tan importantes y urgentes que me obliguen a dejar de escuchar una discusión tan interesante y bien llevada por algo que sea más necesario.

CALLICLES.- ¡Por todos los dioses!, tiene razón Chairefon. He asistido a muchas de estas conversaciones, pero no sé si alguna me ha deleitado tanto como ésta. Por esto me obligaríais a inmensa gratitud si quisierais estar hablando todo el día.

SÓCRATES.- Si Gorgias quiere, no encontrarás en mí, Callicles, ningún obstáculo a tu deseo.

GORGIAS.- Sería bochornoso para mí si no consintiera, Sócrates, sobre todo después de haber dicho que me comprometía a contestar a todo el que quiera interrogarme. Continuaremos, pues, la conversación, si la compañía tiene gusto en ello, y propónme lo que juzgues a propósito.

SÓCRATES.- Escucha, Gorgias, lo que me sorprende de tu discurso. Es posible que hayas dicho la verdad y yo no te haya comprendido bien. Dices que estás en disposición de formar un hombre en el arte oratorio, si quiere tomar tus lecciones, ¿no es así?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- Es decir, que le harás capaz de hablar de todo de una manera plausible ante la multitud, no enseñando sino persuadiendo, ¿verdad?

GORGIAS.- Sí, eso dije.

SÓCRATES.- Y añadiste, en consecuencia, que tocante a la salud del cuerpo hará el orador que le crean más que al médico.

GORGIAS.- Lo dije, es cierto, con tal que se dirija a las multitudes.

SÓCRATES.- Por multitudes entiendes indudablemente a los ignorantes, porque aparentemente el orador no tendrá ventaja sobre el médico ante personas instruidas.

GORGIAS.- Es cierto.

SÓCRATES.- Si es más capaz de persuadir que el médico. persuadirá mejor que el que sabe.

GORGIAS.- Sin duda.

SÓCRATES.- ¿Aunque él mismo no sea médico?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- Pero el que no es médico ¿no ignora las cosas en las que el médico es un sabio?

GORGIAS.- Es evidente.

SÓCRATES.- El ignorante será, pues, más apto que el sabio para persuadir a los ignorantes, si es cierto que el orador está más capacitado que el médico para persuadir. ¿No es esto lo que se deduce de lo dicho o es otra cosa?

GORGIAS.- En el caso presente es lo que resulta.

SÓCRATES.- Esta ventaja del orador y de la retórica ¿no es la misma con relación a las otras artes? Quiero decir si no es necesario que se instruya de la naturaleza de las cosas y que baste que invente cualquier medio de persuasión de manera que parezca a los ojos de los ignorantes más sabio que los que poseen esas artes.

GORGIAS.- ¿No es muy cómodo, Sócrates, no tener necesidad de aprender más arte que éste para no tener que envidiar en nada a los otros artesanos?

SÓCRATES.- Examinaremos en seguida, suponiendo que nuestro tema lo exija, si en esta cualidad el orador es superior o inferior a los otros. Pero antes veamos si con relación a lo justo y a lo injusto, a lo bueno y a lo malo y a lo honrado y a lo que no lo es se encuentra el orador en el mismo caso que con relación a lo que es saludable para el cuerpo y para los objetos de los demás: de manera que ignore lo que es bueno o malo, justo o injusto, honrado o no, y que acerca de estos objetos se haya imaginado solamente algún expediente para persuadir y parecer ante los ignorantes más instruido que los sabios acerca de ello y a pesar de ser él un ignorante. Veamos si es necesario que el que quiera aprender la retórica sepa todo esto y lo practique hábilmente antes de tomar tus lecciones, o si en el caso de no tener ningún conocimiento, tú, que eres maestro de retórica, no le enseñarás nada de estas cosas que nos atañen o si harás de manera que no sabiéndolas parezca que las sabe y que pase por hombre de bien sin serlo; o si no podrás absolutamente enseñarle la retórica a menos que no haya aprendido anticipadamente la verdad acerca de estas materias. ¿Qué piensas de esto, Gorgias? En nombre de Júpiter, explícanos, como nos prometiste hace un momento, toda la virtud de la retórica.

GORGIAS.- Pienso, Sócrates, que aunque no supiera nada de todo eso, lo aprendería a mi lado.

SÓCRATES.- Detente, no sigas. Respondes muy bien. Si tienes que hacer de alguno un orador, es absolutamente preciso que conozca lo que es justo y lo injusto, sea que lo haya aprendido antes de ir a tu escuela o que se lo enseñes tú.

GORGIAS.- Evidentemente.

SÓCRATES.- Pero dime: el que ha aprendido el oficio de carpintero, ¿es carpintero o no?

GORGIAS.- Lo es.

SÓCRATES.- Y cuando se ha aprendido música, ¿se es músico?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- Y cuando se ha aprendido la medicina ¿no se es médico? En una palabra, cuando con relación a todas las otras artes se ha

aprendido lo que les pertenece, ¿no se es lo que debe ser el que ha estudiado cada una de estas artes?

GORGIAS.- Convengo en que sí.

SÓCRATES.- Por la misma razón, pues, el que haya aprendido lo que corresponde a la justicia, es justo.

GORGIAS.- Sin duda alguna.

SÓCRATES.- Entonces es de necesidad que el orador sea justo y que el hombre justo quiera que sus acciones sean justas.

GORGIAS.- Al menos así parece.

SÓCRATES.- El hombre justo no querrá, pues, cometer ninguna injusticia.

GORGIAS.- Es una conclusión necesaria.

SÓCRATES.- ¿No se deduce necesariamente de lo que se ha dicho, que el orador es justo?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- El orador, por consiguiente, no cometerá jamás una injusticia.

GORGIAS.- Parece que no.

SÓCRATES.- ¿Recuerdas haber dicho un poco antes que no había que achacar la culpa ni expulsar de las ciudades a los maestros de gimnasia porque un atleta hubiese abusado del pugilato y cometido una acción injusta? Del mismo modo, si algún orador hace un mal uso de la retórica, no se debe hacer recaer la falta sobre su maestro ni desterrarlo del Estado, pero sí hacerla recaer sobre el autor mismo de la injusticia que no usó de la retórica como debía. ¿Dijiste esto o no?

GORGIAS.- Efectivamente, lo he dicho.

SÓCRATES.- ¿Acabamos de ver o no que este mismo orador es incapaz de cometer una injusticia?

GORGIAS.- Acabamos de verlo.

SÓCRATES.- ¿Y no dijiste desde el principio, Gorgias, que la retórica tiene por objeto los discursos que tratan, no de lo par y de lo impar, sino de lo justo y de lo injusto? ¿No es cierto?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- Al oírte hablar de esta manera, supuse que la retórica no podía ser nunca una cosa injusta, puesto que sus discursos se refieren siempre a la justicia. Pero cuando te he oído decir poco después que el orador podía hacer un mal uso de la retórica, me sorprendí. Y esto es lo que me hizo decirte que, si considerabas como yo que era una ventaja ser refutado, podríamos continuar la discusión y si no, dejarla. Habiéndonos puesto en seguida a estudiar el asunto, ves tú mismo que hemos acordado que el orador no puede usar injustamente de la retórica al querer cometer una injusticia. Y ¡por el perro!, Gorgias, el examinar a fondo lo que hay que pensar acerca de esto, no es materia para una breve conversación.

POLOS.- ¡Pero, Sócrates! ¿Tienes realmente de la retórica la opinión que acabas de decir? ¿O no crees más bien que Gorgias se ha avergonzado de confesar que el orador no conoce lo justo, ni lo injusto, ni lo bueno, y que si se va a él sin estar versado en estas cosas no las enseñaría? Esta confesión será probablemente la causa

del desacuerdo en que ha incurrido y que tú aplaudes por haber llevado la cuestión a esta clase de pregunta. Pero ¿piensas que haya en el mundo quien confiese que no tiene ningún conocimiento de la justicia y que no puede instruir en ella a los otros? En verdad, encuentro sumamente extraño llevar el discurso a semejantes simplezas.

SÓCRATES.- Has de saber, Polos encantador, que procuramos tener hijos y amigos para que cuando nos volvamos viejos y demos algún paso en falso, vosotros, los jóvenes, nos ayudéis a levantarnos y lo mismo a nuestras acciones y discursos. Si Gorgias y yo nos hemos engañado en todo lo que hemos dicho, corrígenos. Te lo debes a ti mismo. Si en todo lo que hemos reconocido hay algún acuerdo que te parezca mal acordado, te permito que insistas en él y que lo reformes como gustes, con tal de que tengas cuidado de una cosa.

POLOS.- ¿De qué?

SÓCRATES.- De contener tu afán de pronunciar largos discursos, afán al que estuviste a punto de sucumbir al comenzar esta conversación.

POLOS.- ¡Cómo! ¿No podré hablar todo el tiempo que me parezca?

SÓCRATES.- Sería tratarte muy mal, querido mío, si habiendo venido a Atenas, el sitio de Grecia donde se tiene más libertad para hablar, fueras el único a quien se le privara de este derecho. Pero ponte en mi lugar. Si discurre a tu placer y te niegas a contestar con precisión a lo que te propongan, ¿no habría motivo para que me compadecieran a mi vez si no me permitieran marcharme sin escucharte? Por esto, si tienes algún interés en la disputa precedente y quieres rectificar algo, vuelve, como te he dicho, al punto que quieras, interrogando y respondiendo a tu vez, como hemos Gorgias y yo, combatiendo mis razones y permitiéndome combatir las tuyas. Me figuro que pretendes saber las mismas cosas que Gorgias. ¿No es cierto?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Por consiguiente, te brindas a contestar a cualquiera que quiera interrogarte sobre toda materia, creyéndote en disposición de satisfacerle.

POLOS.- Con seguridad.

SÓCRATES.- Pues bien, escoge lo que prefieras: interroga o responde.

POLOS.- Acepto tu proposición; respóndeme, Sócrates. Puesto que te figuras que Gorgias se ve apurado para explicarte lo que es la retórica, dinos lo que tú piensas que es.

SÓCRATES.- ¿Me preguntas qué clase de arte es la retórica a mi modo de ver?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Si te he de ser franco, Polos, te diré que no la tengo por un arte.

POLOS.- ¿Por qué la tienes entonces?

SÓCRATES.- Por algo que tú lisonjeas de haber convertido en arte en un escrito que leí ha poco.

POLOS.- ¿Y qué más todavía?

SÓCRATES.- Por una especie de rutina.

POLOS.- ¿La retórica a tu modo de ver es una rutina?
SÓCRATES.- Sí, a menos que tengas tú otra idea de ella.
POLOS.- ¿Y qué objeto tiene esta rutina?
SÓCRATES.- Procurar agrado y placeres.
POLOS.- ¿No juzgas que la retórica es algo bello, puesto que pone en estado de agradar y procurar placeres a los hombres?
SÓCRATES.- ¿No te he dicho ya lo que entiendo es la retórica para que me preguntes, como estás haciendo, si no me parece bella?
POLOS.- ¿No te he oído decir que es una especie de rutina?
SÓCRATES.- Puesto que tanta importancia das a lo que se llama agradar y procurar un placer, ¿quisieras hacerme uno muy pequeño?
POLOS.- Con mucho gusto.
SÓCRATES.- Pregúntame si considero a la cocina como un arte.
Polos.- Consiento en ello. ¿Qué arte es el de la cocina?
SÓCRATES.- Ninguno, Polos.
POLOS.- ¿Qué es entonces? Habla.
SÓCRATES.- Vas a oírlo: una especie de rutina.
POLOS.- Dime, ¿cuál es su objeto?
SÓCRATES.- Helo aquí: agradar y procurar placeres.
POLOS.- ¿La retórica y la cocina son la misma cosa?
SÓCRATES.- Absolutamente no, pero las dos forman parte de la una misma profesión.
POLOS.- ¿De cuál, si lo tienes a bien?
SÓCRATES.- Temo que sea demasiado grosero contestarte categóricamente y no me atrevo a hacerlo por Gorgias, por miedo de que se figure que quiero ridiculizar su profesión. En cuanto a mí, ignoro si la retórica que profesa Gorgias es la que me figuro, tanto más cuanto que la disputa precedente no nos ha descubierto claramente lo que piensa. Y refiriéndome a lo que llamo retórica te diré que es una parte de una cosa que nada tiene de bella.
GORGIAS.- ¿De qué cosa? Dilo, Sócrates, y no temas ofenderme.
SÓCRATES.- Me parece, Gorgias, que es cierta profesión en la que el arte en verdad no interviene nada, pero que supone en un alma el talento de la conjetura, valor y grandes disposiciones naturales para conversar con los hombres. Llamo adulación a la especie en que está comprendida. Esta especie me parece estar dividida en qué se yo cuántas partes, y de éstas, una es la cocina. Generalmente se cree que es un arte, pero a mi modo de ver no lo es, porque sólo es una costumbre, una rutina. Entre las partes que constituyen la adulación cuento también a la retórica lo mismo que a lo llamado arte del vestido o a la sofística, y atribuyo a estas cuatro partes cuatro objetos diferentes. Si Polos quiere seguir interrogándome, puede hacerlo, porque todavía no le he explicado qué parte de la adulación digo que es la retórica. No se da cuenta de que todavía no he acabado mi contestación, y como si lo estuviera me pregunta si no considero que la retórica es una cosa bella. No le diré si me parece fea o bella antes de haberle respondido lo que es. De otra manera procederíamos sin orden, Polos. Pregúntame, si quieres oírlo, qué parte de la adulación digo que es la retórica.
POLOS.- Sea; te lo pregunto. Dime qué parte es.

SÓCRATES.- ¿Comprendes mi respuesta? A mi modo de ver la retórica no es más que el simulacro de una parte de la política.

POLOS.- Pero ¿es bella o fea?

SÓCRATES.- Digo que fea, porque para mí es feo todo lo que es malo, puesto que es preciso contestarte como si comprendieras ya mi pensamiento.

GORGIAS.- ¡Por Júpiter, Sócrates! Yo mismo no concibo lo que quieres decir.

SÓCRATES.- No me sorprende, Gorgias, porque todavía no he dicho nada determinado. Pero Polos es joven y ardiente.

GORGIAS.- Déjale y explícame en qué sentido dices que la retórica es el simulacro de una parte de la política.

SÓCRATES.- Voy a ensayar exponerte lo que acerca de esto pienso, y si la cosa no es como digo, Polos me refutará. ¿No hay una sustancia que llamas cuerpo y otra que denominas alma?

GORGIAS.- Indudablemente.

SÓCRATES.- ¿No crees que hay una buena constitución del uno y de la otra?

GORGIAS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿No reconoces también que ambos pueden tener una constitución que parezca buena y que no lo sea? Me explicaré. Muchos parecen tener el cuerpo bien constituido y sólo un médico o un profesor de gimnasia verían fácilmente que no es así.

GORGIAS.- Tienes razón.

SÓCRATES.- Digo, pues, que hay en el cuerpo y en el alma un no sé qué que hace juzgar que ambos están en buen estado, y aunque, sin embargo, no sea así.

GORGIAS.- Es cierto.

SÓCRATES.- Voy a ver si puedo darte a entender con más claridad lo que quiero decir. Digo que hay dos artes que corresponden a estas dos sustancias. Al que corresponde al alma, le llamo política; al otro, al que corresponde al cuerpo, no sabría designarlo con una sola palabra. Aunque la cultura del cuerpo no sea más que una, la divido en dos partes, que son la gimnástica y la medicina, y procediendo del mismo modo con la política, la divido también en dos partes y refiero la parte legislativa a la gimnasia y la judicial a la medicina, porque la medicina y la gimnasia por una parte, y la parte legislativa y judicial por otra, están muy relacionadas entre sí, porque se ejercen sobre el mismo objeto. No obstante se diferencia la una de la otra en alguna cosa. Estas cuatro partes, siendo tales como he dicho y teniendo siempre por finalidad el mejor estado posible del cuerpo las unas y las otras el del alma, la adulación se ha dado cuenta de ello, no digo por un conocimiento reflejo, sino por vía de conjetura, y dividiéndola en cuatro se insinúa bajo cualquiera de estas partes haciéndose pasar por el arte cuyo disfraz ha adoptado. No se molesta en procurar que sea el

mejor, sino el más agradable, atrae a sus redes a los insensatos y los engaña de tal modo, que les parece de un gran valor. La cocina se ha introducido furtivamente disfrazada de medicina y se atribuye el discernimiento de los alimentos más saludables al cuerpo, de manera que si el médico y el cocinero tuvieran que disputar juntos delante de niños o de hombres tan poco razonables como los niños, para saber quien de los dos, el médico o el cocinero, conoce mejor las buenas y las malas cualidades de los alimentos, el médico se moriría de hambre. Esto es lo que yo denomino adulación y digo que es una cosa vergonzosa. Polos, a ti es a quien lo digo, porque no tiende más que a lo agradable descuidando lo mejor. Añado que no es un arte, sino una rutina, porque no tiene ningún principio seguro referente a la naturaleza de las cosas que propone que le sirva de guía de conducta, de manera que no puede dar razón de nada, y yo no llamo arte a cosa alguna que está desprovista de razón. Si pretendes discutirme esto, me tienes dispuesto a contestarte. La lisonja culinaria se ha ocultado, como he dicho, bajo el manto de la medicina, y bajo el de la gimnástica la manía de engalanarse, práctica fraudulenta y engañadora, innoble y cobarde, que emplea para reducir las figuras, los colores, el amaneramiento y la vestimenta, engañando a la gente con una belleza prestada que hace descuidar la hermosura natural que es la que proporciona la gimnástica. Y para no extenderme más, te diré como los geómetras -y puede que así me comprendas mejor- lo que la vanidad en el vestir es a la gimnasia es lo que la cocina a la medicina, o mejor aún de esta manera: lo que la vanidad en el vestir es a la gimnasia es lo que la sofística a la parte legislativa; y lo que la cocina es a la medicina es lo que la retórica al arte judicial. La diferencia que la naturaleza ha puesto entre estas cosas es tal como acabo de explicarlo, pero a causa de su afinidad los sofistas y los oradores se aproximan a los jueces y legisladores y se dedican a los mismos asuntos. De donde se deriva que a punto fijo no saben ellos mismos cuál es su profesión ni los otros nombres para qué sirven. Si el alma, en efecto, no se impusiera al cuerpo y éste se gobernara a sí mismo; si el alma no examinara nada por sí misma y no discerniera la diferencia entre la cocina y la medicina y fuera el cuerpo el que juzgara según su placer, nada sería más común, caro Polos, que lo que dice Anaxágoras (porque tú sin duda estás fuerte en estas materias): «todas se mezclarían y confundirían y no se podrían distinguir los alimentos saludables ni los que prescribe el médico de los que prepara el cocinero». Ya has oído lo que pienso de la retórica: está en la misma relación respecto del alma que la cocina al cuerpo. Quizá es una inconsecuencia mía el haber pronunciado este discurso tan largo después de habértelos prohibido, pero soy acreedor a que se me disculpe, porque cuando me expresé concisamente no me comprendiste bien y no supiste qué partido sacar de mis respuestas; en una palabra, te faltaba más explicación. Cuando me contestes, si me encuentro en el mismo apuro al oír tus respuestas, te permitiré te extiendas a tu vez; pero mientras no sea así, déjame hacer, porque nada será más justo. Y si esta respuesta te

proporciona alguna ventaja sobre mí, aprovéchala.

POLOS.- Pero ¿qué dices? ¿Que la retórica, a tu modo de ver, es lo mismo que la adulación?

SÓCRATES.- He dicho solamente que es una parte de ella. Pero veo, Polos, que a tu edad te va faltando ya la memoria. ¿Qué será cuando seas viejo?

POLOS.- ¿Te parece que en las ciudades se mira a los buenos oradores como si fuesen viles aduladores?

SÓCRATES.- ¿Me haces una pregunta o empiezas un discurso?

POLOS.- Es sólo una pregunta.

SÓCRATES.- Me parece que ni siquiera se los mira.

POLOS.- ¡Cómo! ¿Que no se los mira? De todos los ciudadanos, ¿no son ellos los que tienen más poder?

SÓCRATES.- No, si crees que el poder es un bien para quien lo tiene.

POLOS.- Así lo creo.

SÓCRATES.- Entonces te digo que de todos los ciudadanos son los oradores los que tienen menos autoridad.

POLOS.- ¿Qué? Semejantes a los tiranos, ¿no hacen morir a quien quieren? ¿No despojan de sus bienes y destierran de las ciudades a quienes les place?

SÓCRATES.- ¡Por el perro!, a cada cosa que dices me desconciertas y no sé si dices lo que piensas y expones tu opinión o si me preguntas la mía.

POLOS.- Claro está, que te pregunto.

SÓCRATES.- Entonces, querido amigo, ¿por qué me haces dos preguntas a la vez?

POLOS.- ¿Cómo dos preguntas?

SÓCRATES.- ¿No dijiste ahora mismo que los oradores, como los tiranos, condenan a muerte a quien quieren, los privan de sus bienes y los destierran de las ciudades que les place?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Pues bien, yo te digo que son dos preguntas y voy a responder a la una y a la otra. Sostengo, Polos, que los oradores, como hace poco te dije, y que no hacen casi nada de lo que quieren, aunque hagan lo que les parece ser lo más ventajoso.

POLOS.- ¿Y no es esto un gran poder?

SÓCRATES.- Según pretendes, Polos, no.

POLOS.- ¿Que yo pretendo eso? ¡Ca!, todo lo contrario, precisamente.

SÓCRATES.- Te digo que lo pretendes. ¿No has reconocido que un gran poder es un gran poder para el que está revestido de él?

POLOS.- Y vuelvo a decirlo una vez más.

SÓCRATES.- ¿Crees que es un bien para uno hacer lo que le parece más ventajoso cuando está desprovisto de sentido común? ¿Y llamas a esto un gran poder?

POLOS.- De ninguna manera.

SÓCRATES.- Pruébame que los retóricos tienen buen sentido y que la retórica es un arte y no una adulación y me habrás refutado. Pero mientras no hagas nada de esto, seguirá siendo verdad que no es un

bien para los oradores ni para los tiranos el hacer en las ciudades lo que les plazca. El poder es en verdad un bien, como dices, pero tú mismo convienes que hacer lo que se juzga a propósito, cuando es un desatino, es un mal. ¿No es cierto?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Cómo, pues, tendrían los oradores y tiranos un gran poder en las ciudades a menos que Polos no obligue a Sócrates a confesar que hacen lo que quieren?

POLOS.- ¡Qué hombre!

SÓCRATES.- Digo que no hacen lo que quieren. Refútame.

POLOS.- ¿No acabas de decir que hacen lo que creen más ventajoso para ellos?

SÓCRATES.- Y sigo sosteniéndolo.

POLOS.- Entonces hacen lo que quieren.

SÓCRATES.- Lo niego.

POLOS.- ¡Qué! ¿Cuándo hacen lo que juzgan a propósito?

SÓCRATES.- Sin duda.

POLOS.- En verdad, Sócrates, mantienes cosas insostenibles y deplorables.

SÓCRATES.- No me condenes tan de prisa, Polos encantador, por hablar como tú. Pero si tienes todavía que hacerme alguna pregunta, pruébame que me engaño. Si no contéstame.

POLOS.- Consiento en contestarte a fin de ver claro en lo que quieres decir.

SÓCRATES.- ¿Juzgas que los hombres quieren lo que hacen habitualmente o la cosa por la cual hacen esas acciones? Por ejemplo, los que toman de manos del médico una poción, ¿crees que quieren lo que hacen, es decir, tragarse la pócima y sentir dolor? ¿O quieren recobrar la salud y por eso se toman la medicina?

POLOS.- Es evidente que quieren recobrar la salud y que por eso toman la medicina.

SÓCRATES.- Del mismo modo los que viajan por mar y los que hacen toda clase de comercio no quieren lo que hacen diariamente, porque ¿quién es el hombre que gusta de ir por mar, de exponerse a mil peligros y de tener mil dificultades? Pero quieren, me parece, la cosa por la cual hacen el viaje por mar, es decir, enriquecerse; las riquezas, en efecto, son el objeto de los viajes por mar.

POLOS.- Conforme.

SÓCRATES.- ¿No ocurre lo mismo con relación a todo lo demás? De manera que el que hace una cosa con miras a otra, no quiere la cosa misma que hace, sino aquella por la cual hace la primera.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Hay algo en el mundo que no sea bueno ni malo o tenga lo medio entre lo bueno y lo malo sin ser lo uno ni lo otro?

POLOS.- No puede ser de otro modo.

SÓCRATES.- ¿No incluyes a la sabiduría, la salud, la riqueza y todas las cosas parecidas en el número de las cosas buenas y a sus contrarias en el número de las malas?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Y por cosas que no son buenas ni malas, ¿no entiendes

aquellas que tanto tienen de bueno como de malo y tanto ni de lo uno ni de lo otro? Por ejemplo, estar sentados, andar, correr, navegar y también las piedras, las maderas y otras cosas por el estilo. ¿No es esto lo que concibes que no es bueno ni malo o es otra cosa?

POLOS.- No; es esto mismo.

SÓCRATES.- Cuando los hombres hacen cosas indiferentes, ¿las hacen pensando en las buenas o hacen las buenas pensando en aquéllas?

POLOS.- Hacen las indiferentes pensando en las buenas.

SÓCRATES.- Entonces es el bien lo que siempre perseguimos; cuando caminamos es pensando en el bien que nos convendrá más, y es en vista de este mismo bien que nos detenemos cuando nos detenemos. ¿No es así?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Y sea que se condene a muerte a alguien, que se le destierre o prive de sus bienes, ¿no se determinará uno a estas acciones persuadido de que es lo mejor que puede hacer? ¿No te parece?

POLOS.- Ciertamente.

SÓCRATES.- Todo lo que se hace en este género es, pues, en vista del bien que se hace.

POLOS.- Convengo en ello.

SÓCRATES.- ¿No hemos convenido también en que no se quiere la cosa que se hace con miras a otra sino a ésta?

POLOS.- Nadie puede contradecirlo.

SÓCRATES.- Entonces no queremos condenar a muerte, ni desterrar del país, ni despojar a nadie de lo suyo sin más ni más sino cuando eso nos pueda ser útil, pero si puede perjudicarnos, no. Porque como reconoces se quieren las cosas cuando son buenas. En cuanto se refiere a las que no son buenas ni malas y a las malas, a éstas no se las quiere. Lo que digo, Polos, ¿te parece verdad o no?... ¿Por qué no me contestas?

POLOS.- Me parece verdad.

SÓCRATES.- Puesto que no estamos de acuerdo, cuando un tirano o un orador condena a alguien a muerte o al destierro o a la confiscación de sus bienes, creyendo que es el partido más ventajoso para él mismo, aunque realmente sea el más malo, hace lo que juzga más a propósito, ¿no es así?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Hace por esto lo que quiere, si es verdad que lo que hace es malo?... ¿Por qué no respondes?

POLOS.- No me parece que haga lo que quiere.

SÓCRATES.- ¿Es posible que un hombre tal tenga un gran poder en la ciudad, si, como has reconocido, es un bien el estar revestido de un gran poder?

POLOS.- No puede tenerlo.

SÓCRATES.- Por consiguiente, tuve razón al decir que es posible que un hombre haga cuanto se le ocurre juzgar a propósito en una ciudad sin disfrutar, no obstante, de un gran poder, ni hacer lo que quiere.

POLOS.- Como si tú mismo, Sócrates, no prefirieras tener la

libertad de hacer en una ciudad cuanto te gustara a no tenerla, y como si cuando ves a cualquiera hacer morir a otro porque lo cree conveniente, o despojarle de sus bienes o aherrojarle en una prisión, no le envidiaras.

SÓCRATES.- ¿Supones que procede con justicia, o no?

POLOS.- De cualquier manera que sea, ¿no es siempre algo digno de envidia?

SÓCRATES.- Habla mejor, Polos.

POLOS.- ¿Por qué?

SÓCRATES.- Porque no hay que envidiar a aquellos cuya suerte no debe excitar ninguna ni a los desgraciados, sino tenerles lástima.

POLOS.- Pero ¿es posible que juzgues tal la condición de estos de quienes te hablo?

SÓCRATES.- ¿Podría acaso juzgarlos de otro modo?

POLOS.- ¿Consideras entonces como desgraciado y digno de compasión a cualquiera que condena a muerte a quien juzga a propósito, aun en el caso de que le condene con justicia?

SÓCRATES.- De ninguna manera, pero tampoco me parece digno de ser envidiado.

POLOS.- ¿No acabas de decir que es desgraciado?

SÓCRATES.- Sí, querido; lo he dicho del que condena a muerte injustamente, y además, que es digno de compasión. Y del que quita justamente la vida a otro, digo que no puede ser envidiado.

POLOS.- El hombre condenado injustamente a muerte ¿no es desgraciado y merecedor de compasión al mismo tiempo?

SÓCRATES.- Menos que el autor de su muerte, Polos, y menos aún que el que ha merecido la muerte.

POLOS.- ¿Cómo, Sócrates?

SÓCRATES.- Porque de todos los males, el mayor es cometer una injusticia.

POLOS.- ¿Es éste el mayor mal? ¿No es mayor el sufrir una injusticia?

SÓCRATES.- De ninguna manera.

POLOS.- ¿Entonces preferirías más ser víctima de una injusticia que cometerla?

SÓCRATES.- No quisiera ni lo uno ni lo otro. Pero si me viera obligado a cometer una injusticia o a tener que sufrirla, preferiría esto antes que cometerla.

POLOS.- ¿Aceptarías o no la condición de tirano?

SÓCRATES.- No, si por tirano entiendes la misma cosa que yo.

POLOS.- Entiendo por tirano lo que te dije hace muy poco: tener el poder de hacer en una ciudad cuanto me viniere en gana; matar, desterrar, en una palabra, obrar como le plazca a mi albedrío.

SÓCRATES.- Reflexiona, caro amigo, acerca de lo que voy a decir. Si cuando la plaza pública está llena de gente y teniendo yo oculto un puñal bajo mi brazo te dijera: en este momento me siento revestido de un poder maravilloso igual al de un tirano. De todos estos hombres que ves, el que me parezca a propósito de que lo mate, morirá en seguida. Si me parece que debo romper la cabeza a alguno, al instante la tendrá rota; si quiero rasgar sus vestiduras, las

rasgaré, tan grande es el poder que tengo en esta ciudad. Si te resistieras a creerme y te enseñase el puñal, puede ser que al verlo exclamaras: de esta manera cualquiera puede tener un gran poder. De igual modo podrías incendiar la casa del ciudadano que se te antojara, los arsenales de Atenas y todas las embarcaciones públicas y particulares. Pero la grandeza del poder no consiste precisamente en hacer lo que se juzga a propósito. ¿Lo crees?

POLOS.- De la manera que acabas de decir, no.

SÓCRATES.- ¿Quisieras decirme por qué razón desecharías un poder semejante?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Dila.

POLOS.- Porque quien usara de él, sería castigado irremisiblemente.

SÓCRATES.- ¿No es un mal el ser castigado?

POLOS.- Sin duda.

SÓCRATES.- Entonces, querido, juzgas, pues, de nuevo que se dispone de un gran poder cuando haciendo lo que se juzga a propósito se hace lo que es ventajoso y que entonces es una cosa buena. En esto consiste, en efecto, el gran poder; fuera de esto es una cosa mala y un poder muy débil. Examinemos esto todavía. ¿No convenimos en que algunas veces es mejor hacer lo que decimos hace un instante, condenar a muerte a los ciudadanos, desterrarlos y decomisar sus bienes y que otras veces no?

POLOS.- Nadie podrá contradecirte.

SÓCRATES.- Entonces parece que acerca de este punto estamos acordes tú y yo.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿En qué caso dices tú que es mejor hacer esta clase de cosas? Determinalo sin ambigüedades.

POLOS.- Respóndete tú mismo a esta pregunta, Sócrates.

SÓCRATES.- Puesto que prefieres saber mi opinión antes de darme a conocer la tuya, te digo que es mejor hacerlas cuando se las hace con justicia y peor cuando se hacen injustamente.

POLOS.- Es verdaderamente muy difícil refutarte, Sócrates. ¿No podría convencerte, sin embargo, cualquier chiquillo de que no dices la verdad?

SÓCRATES.- Muy reconocido quedaría a ese niño y no menos a ti si me refutas y me libras de mis extravagancias. No te canses de obligar a un hombre que te quiere; por favor, pruébame que estoy equivocado.

POLOS.- Para esto no hay que recurrir a sucesos remotos. Lo ocurrido ayer y anteayer basta para confundirte y demostrar que muchos hombres culpables de injusticias son felices.

SÓCRATES.- ¿Qué sucesos son esos?

POLOS.- Ves a ese Arquelao, hijo de Perdiccas, rey de Macedonia.

SÓCRATES.- Si no lo veo, al menos oigo hablar de él.

POLOS.- Y qué te figuras que es, ¿dichoso o desgraciado?

SÓCRATES.- No lo sé, Polos, porque todavía no he hablado con él.

POLOS.- ¿Qué dices? ¿Si hubieras hablado con él, sabrías a qué atenerte y de otra manera no puedes saber si es feliz?

SÓCRATES.- Te aseguro que no.

POLOS.- Estoy seguro, Sócrates, que también dirías que ignoras si el gran rey es dichoso.

SÓCRATES.- Y diré la verdad, porque ignoro cuál es el estado de su alma desde el punto de vista de la ciencia y la justicia.

POLOS.- ¿Supones acaso que toda la felicidad consiste en esto?

SÓCRATES.- A mi modo de ver, sí, Polos, porque pretendo que cualquiera que sea probo o virtuoso, hombre o mujer, es dichoso, y que el injusto y perverso es desgraciado.

POLOS.- Según tú, entonces será desgraciado este Arquelaos de quien hablo.

SÓCRATES.- Sí, querido amigo, si es injusto.

POLOS.- ¿Cómo no sería injusto? Él, que no tenía ningún derecho al trono que ocupa por haber nacido de una madre esclava de Alcetas, hermano de Perdiccas; él, que según las leyes, era esclavo de Alcetas y que debería haberle servido como tal, si hubiera querido cumplir con él en justicia y que en su consecuencia habría sido dichoso, según pretendes, mientras que hoy es soberanamente desgraciado, puesto que ha cometido muchos crímenes. Porque habiendo llamado a Alcetas, su dueño y tío, con pretexto de entregarle la autoridad de que Perdiccas le había despojado, lo recibió en su casa, lo embriagó y lo mismo a su hijo Alejandro, primo suyo y casi de la misma edad, los hizo subir a un carro y de noche los llevó lejos del palacio y se desembarazó de ellos haciéndolos degollar. Una vez cometido este crimen, no se dio cuenta de la desgracia extrema en que se había precipitado ni sintió el menor remordimiento, y poco tiempo después, lejos de consentir en ser dichoso, sirviendo a la justicia y cuidando de la educación de su hermano, hijo legítimo de Perdiccas, de siete años de edad, y entregándole la corona que le pertenecía de derecho, lo arrojó a un pozo después de haberle estrangulado, y dijo a Cleopatra, madre del niño, que éste, persiguiendo a su ganso, se cayó al pozo, donde halló la muerte. Haciéndose así culpable de más crímenes que hombre alguno en Macedonia, es hoy día no el más dichoso, sino el más desgraciado de todos los macedonios. Y quizá hay más de un ateniense, empezando por ti, que preferiría la condición de cualquier otro macedonio a la de Arquelaos.

SÓCRATES.- Desde que comenzamos a hablar te felicité, Polos, por lo muy versado que me pareciste estar en la retórica, pero, en cambio, has descuidado bastante el arte de conversar. ¿Son éstas, pues, las razones con que un niño me refutaría? Al oírte has destruido con estas razones lo que anticipé de que el injusto no es dichoso. Pero ¿cómo, querido amigo, puesto que no estoy conforme con nada absolutamente de lo que has dicho?

POLOS.- Di que no quieres confesarlo, pero seguramente piensas como yo.

SÓCRATES.- Eres admirable pretendiendo refutarme con argumentos de retórica como los que creen hacer lo mismo ante los tribunales.

Allí, en efecto, se imagina un abogado haber refutado a otro cuando ha presentado un gran número de testigos distinguidos que responden

de la veracidad de lo que dice mientras su adversario sólo puede presentar uno o ninguno. Pero esta clase de refutación no sirve de nada para descubrir la verdad, porque algunas veces puede ser condenado un acusado en falso por la declaración de un gran número de testigos que parecen ser de algún peso. Y en el caso presente casi todos los atenienses y los extranjeros serán de tu opinión acerca de las cosas de que hablas, y si quieres alegar testimonios contra mí para probar que la razón no está de mi parte, tendrás como testigos, siempre que quieras, a Nicias, hijo de Niceratos, y a sus hermanos, que han dado los trípodes que se ven en fila en la Dionisión; también tienes, si quieres, a Aistocratos, hijo de Scellias, de quien es esta hermosa ofrenda en el templo de Apolo Fitico; podrás contar también con toda la familia de Pericles y cualquier otra familia de Atenas que juzgues a propósito elegir. Pero soy, aunque solo, de otra opinión, porque no dices nada que me obligue a cambiarla; pero produciendo contra mí una porción de testigos falsos puedes proponerte desposeerme de mis bienes y de la verdad. En cuanto a mí, no creo haber formulado ninguna conclusión que valga la pena acerca del asunto de nuestra disputa, a menos que no te reduzca a que te presentes tú mismo a rendir testimonio de la verdad de lo que digo; y tú creo que nada podrás alegar contra mí a menos que yo, que estoy solo, declare en tu favor y que no asignes importancia al testimonio de los otros. He aquí, pues, dos maneras de refutar: la una la que tú y otros creéis buena, y la otra la que yo, por mi parte, Juzgo buena. Comparémoslas juntas y veamos si no difieren en nada. Porque los asuntos sobre los cuales no nos hemos puesto de acuerdo no son de nimias consecuencias; al contrario, casi lo más bello que se debe saber, e ignorarlo lo más vergonzoso que puede ocurrirnos, porque el punto capital al que afluyen es saber o ignorar quién es feliz o desgraciado. Y volviendo al objeto de nuestra disputa, pretendes tú, en primer lugar, que es posible ser feliz siendo injusto y en medio mismo de la injusticia, porque crees que Arquelao, aunque injusto, no por eso deja de ser feliz. ¿No es ésta la idea que debemos tener de tu manera de pensar?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Pues yo sostengo que tal aseveración es imposible. Éste es un primer punto sobre el cual no estamos de acuerdo. Sea. Pero dime: ¿será dichoso el culpable cuando se le haga justicia y se le castigue?

POLOS.- De ninguna manera; al contrario, si estuviera en este caso, sería muy desgraciado.

SÓCRATES.- Por lo que dices, si el culpable escapa a su merecido castigo será feliz, ¿no es cierto?

POLOS.- Ciertísimo.

SÓCRATES.- Pues yo pienso, Polos, que el hombre injusto y criminal es desgraciado de todas maneras, pero aún más si no sufre ningún castigo y sus crímenes permanecen impunes, y que lo es menos si recibe por parte de los hombres y de los dioses el justo castigo de sus perversidades.

POLOS.- Presentas una extraña paradoja, Sócrates.

SÓCRATES.- Voy a intentar, querido Polos, hacerte decir las mismas cosas que yo, porque te considero amigo mío. Éstos son los objetos que nos hacen opinar de distinto modo. Juzga tú mismo. Dije antes qué cometer una injusticia es un mal mayor que sufrirla.

POLOS.- Es verdad.

SÓCRATES.- Y tú, que sufrirla es mayor mal.

POLOS.- Sí, lo digo.

SÓCRATES.- También he dicho que los que obran injustamente son desgraciados, y tú me lo has refutado.

POLOS.- Sí, ¡por Júpiter!

SÓCRATES.- Mejor dicho, te figuras habérmelo refutado.

POLOS.- Y probablemente tengo motivos para creerlo.

SÓCRATES.- Por tu parte juzgas dichosos a los malos cuando no los aflige el castigo de la justicia.

POLOS.- Nadie me lo contradecirá.

SÓCRATES.- Pues yo digo que son muy desgraciados y que los que sufren el merecido castigo lo son menos. ¿Quieres refutarme también esto?

POLOS.- Esta aseveración es aún más difícil de refutar que la precedente, Sócrates.

SÓCRATES.- No lo creas, Polos; pero es una empresa imposible porque nunca se puede refutar lo que es verdad.

POLOS.- ¿Cómo has dicho? ¿Qué? ¿Que un hombre sorprendido al cometer un delito como el aspirar a la tiranía, sometido en seguida a la tortura, a quien le desgarran los miembros, le queman los ojos y después de haber sufrido en su persona tormentos sin medida y de todas clases y haber visto padecer otros tantos a su esposa y sus hijos, y por fin es crucificado y quemado vivo, que este hombre será más dichoso que si escapando a estos suplicios consiguiera ser tirano y pasara toda su vida dueño de la ciudad, haciendo lo que le pluguiera y siendo objeto de la envidia de sus conciudadanos y de los extranjeros y considerado feliz por todo el mundo? ¿Y pretendes que es imposible refutar tales absurdos?

SÓCRATES.- Estás tratando de asustarme con tanta palabrería, buen Polos, pero no me refutas, y hace un momento llamabas en socorro tuyo a los testigos. Sea lo que quiera, recuérdame una cosa poco importante: ¿has supuesto que este hombre aspirara injustamente a la tiranía?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Siendo así, el uno ni será más dichoso que el otro, ni el que logró apoderarse injustamente de la tiranía, ni el que ha sido castigado, porque no podría ser que de dos desgraciados el uno sea más feliz que el otro. Pero el más desgraciado de los dos es el que se ha escapado y ha llegado a hacerse dueño de la tiranía. ¿Por qué te ríes, Polos? ¿Es acaso un nuevo modo de refutar el reírse de un hombre en sus barbas sin alegar una razón en contra de lo que ha dicho?

POLOS.- ¿No te crees suficientemente refutado, Sócrates, afirmando cosas que ningún otro hombre se atrevería a sostener? Interroga más bien a cualquiera de los que te escuchan.

SÓCRATES.- No cuento en el número de los políticos, Polos, y el año pasado, cuando la suerte me hizo tener que ser senador, y a mi tribu le tocó presidir y tuve necesidad de recoger los sufragios, me puse en ridículo por no saber lo que tenía que hacer. No me hables, pues, de recoger los votos de los asistentes, y si, como te digo, no puedes oponerme argumentos mejores, deja que a mi vez te interrogué y procura ensayar mi manera de interrogar, que me figuro es la buena. Yo no puedo presentar más que un testigo en favor de lo que digo y es precisamente el mismo con quien converso y no hago caso alguno de la multitud. No recojo más sufragio que el suyo; en cuanto a la muchedumbre, ni siquiera le dirijo la palabra. Mira, pues, si puedes tolerar a tu vez que te refute animándote a responder a mis preguntas. Porque estoy convencido de que tú y yo y los demás hombres pensamos todos que cometer una injusticia es un mal mucho mayor que soportarla, como el no ser castigado por sus crímenes más mal que sufrir la pena merecida.

POLOS.- Yo sostengo, en cambio, que no es ésa mi opinión ni la de ningún otro. Tú mismo ¿preferirías ser víctima de una injusticia antes que cometer una?

SÓCRATES.- Sí, y tu también y todo el mundo.

POLOS.- Estás en un error; ni tú, ni yo, ni quienquiera que sea.

SÓCRATES.- ¿Quieres responderme?

POLOS.- Consiento, porque tengo una curiosidad muy grande de saber lo que dirás.

SÓCRATES.- Pues para saberlo, contéstame, Polos, como si empezara a interrogarte por primera vez. ¿Qué mal opinas mayor: cometer una injusticia o ser víctima de ella?

POLOS.- Ser víctima de ella, me parece.

SÓCRATES.- ¿Y qué es más feo: cometer una injusticia o soportarla? Responde.

POLOS.- Cometerla.

SÓCRATES.- Si es más feo, será, pues, un mal mayor.

POLOS.- De ninguna manera.

SÓCRATES.- Comprendo. ¿Tú no crees, a lo que parece, que lo bueno y lo malo, lo bello y lo feo sean la misma cosa?

POLOS.- Ciertamente que no.

SÓCRATES.- ¿Qué dices de esto? ¿A todas las cosas bellas en cuestión de cuerpos, de colores, de figuras y de profesiones las llamas bellas sin relacionarlas a algo? Empezando por los cuerpos hermosos, cuando dices que son bellos, ¿no es refiriéndoles a su uso, a causa de la utilidad que puede obtenerse de ellos o en vista de cierto placer cuando su aspecto despierta un sentimiento de agrado en el alma de los que los contemplan? Aparte de ésta, ¿hay alguna otra razón que te haga decir que un cuerpo es hermoso?

POLOS.- No conozco ninguna otra.

SÓCRATES.- De igual manera, ¿no llamas bellas a todas las otras cosas, figuras, colores, por el placer o la utilidad que proporcionan o por ambos a la vez?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿No ocurre lo mismo con los sonidos y con todo lo que

pertenece a la música?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Igualmente lo que es bello en cuestión de leyes y de géneros de vida, ¿no lo es, sin duda, por más razón que por ser útil o agradable o bien por las dos cosas a la vez?

POLOS.- No me lo parece.

SÓCRATES.- ¿No puede decirse lo mismo refiriéndose a la belleza de las ciencias?

POLOS.- Indudablemente; definir lo bello, Sócrates, como haces, explicándolo por medio de lo útil y de lo agradable, es hermoso.

SÓCRATES.- Lo feo entonces ¿estará bien definido por los dos contrarios: el dolor y lo malo?

POLOS.- Necesariamente.

SÓCRATES.- Si de dos cosas bellas una lo es más que la otra, ¿no lo es porque la aventaja en hermosura o en utilidad o en ambas cosas a la vez?

POLOS.- Sin duda.

SÓCRATES.- Y de dos cosas feas, si una es más fea que la otra será porque causa más dolor o más mal o lo uno y lo otro. ¿No es una necesidad que sea así?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Veamos ahora. ¿Qué decíamos recién referente a la injusticia cometida o sufrida? ¿No dijiste que era peor sufrir la injusticia y más feo cometerla?

POLOS.- Así dije.

SÓCRATES.- Si es más fea la comisión de una injusticia que la desgracia de ser víctima de ella, es o porque es más enojoso y causa más dolor, o por ser un mal mayor, o por lo uno y lo otro a la vez.

¿No es esto también una necesidad?

POLOS.- Lo es, indudablemente.

SÓCRATES.- Examinaremos en primer lugar si es más doloroso cometer una injusticia que tener que sufrirla, y si los que la cometen experimentan más dolor que los que son víctimas de ella,

POLOS.- Aquellos, no, Sócrates; pero éstos, sí.

SÓCRATES.- La acción de cometer una injusticia no es, pues, tan dolorosa como el sobrellevar ésta.

POLOS.- No.

SÓCRATES.- Si es así, ocurrirá lo mismo con relación al dolor y al mal a su vez.

POLOS.- Parece que así es.

SÓCRATES.- Entonces no nos queda más que referirnos al último de los dos.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Al mal sólo?

POLOS.- Me parece.

SÓCRATES.- Puesto que cometer una injusticia hace inclinarse del lado del mal, es peor que padecerla.

POLOS.- Es evidente.

SÓCRATES.- ¿No reconoce la mayoría de los hombres que es más repugnante, y tú mismo lo has confesado, cometer una injusticia que

padecerla?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿No acabamos de ver que también es peor?

POLOS.- Parece que sí.

SÓCRATES.- ¿Preferirías tú lo que es más feo y peor a lo que lo es menos? No te avergüences de contestarme, Polos, porque nada malo te ocurrirá. Pero entrégate generosamente a este discurso, como lo harías a un médico; responde y muéstrate conforme con lo que te pregunto o niégalo.

POLOS.- No lo preferiría.

SÓCRATES.- ¿Crees que habrá alguien en el mundo que lo prefiera?

POLOS.- Después de lo que acabas de decir, me parece que no.

SÓCRATES.- Entonces tuve razón cuando dije que ni yo, ni tú, ni quienquiera que sea, preferirá cometer una injusticia a padecerla, porque es una cosa mala.

POLOS.- Así parece.

SÓCRATES.- ¿Ves ahora, Polos, comparando tu manera de refutar con la mía, que no se asemejan nada? Todos los demás convienen contigo en lo que les propones. A mí me basta tu confesión sola y tu único testimonio; no recojo más sufragio que el tuyo y me ocupo muy poco de lo que piensan los demás. Quedamos, pues, de acuerdo acerca de este punto. Pasemos a examinar el otro, en el cual no conveníamos tú y yo, a saber: si verse castigado por las injusticias cometidas es el mayor mal, como pensabas, o si es un mal aún mayor disfrutar de la impunidad, como yo creo. Procedamos de esta manera. Sufrir el dolor de su injusticia y ser castigado con arreglo a la ley, ¿te parece que es lo mismo?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Podrías negarme que lo que es justo es bello en tanto que es justo? Reflexiona antes de contestarme.

POLOS.- Me parece que es así, Sócrates.

SÓCRATES.- Considera todavía esto. Cuando uno hace una cosa, ¿es preciso que haya un paciente que responda a este agente?

POLOS.- Me figuro que sí.

SÓCRATES.- Lo que el paciente sufre, ¿no es de la misma naturaleza que lo que hace el agente? Mira lo que quiero decir: si alguno pega, ¿no es una necesidad que se haya pegado a una cosa?

POLOS.- Seguramente.

SÓCRATES.- ¿Y si pega de prisa y fuerte que la cosa sea golpeada de la misma manera?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Lo golpeado experimenta, por lo tanto, un efecto de la misma naturaleza que la acción del que golpea.

POLOS.- Indudablemente.

SÓCRATES.- Por consiguiente, si uno quema es preciso que haya alguna cosa que se queme.

POLOS.- No puede ser de otro modo.

SÓCRATES.- ¿Y si se quema mucho y de una manera dolorosa que la cosa quemada lo sea precisamente de la manera que se la quema?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Y lo mismo si una cosa corta porque otra tiene que ser cortada.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Y si el corte es grande o profundo o doloroso, la cosa cortada tiene que ser exactamente de la manera como se la corta.

POLOS.- Así parece.

SÓCRATES.- En una palabra: mira a ver si me concedes respecto a todas las otras cosas lo que acabo de decir: que lo que hace el agente lo sufre el paciente tal como el agente lo hace.

POLOS.- Te lo concedo.

SÓCRATES.- Después de estas condiciones, dime si ser castigado es sufrir u obrar.

POLOS.- Sufrir, necesariamente, Sócrates.

SÓCRATES.- ¿Por parte de algún agente, sin duda?

POLOS.- Del que castiga, naturalmente.

SÓCRATES.- El que castiga con razón, ¿castiga justamente?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Haciendo una obra justa o no?

POLOS.- Haciendo una cosa justa.

SÓCRATES.- El que está castigado, cuando se le castiga, sufre una cosa justa, por lo tanto.

POLOS.- Aparentemente.

SÓCRATES.- ¿No habíamos convenido en que todo lo justo es bello?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Lo que hace la persona que castiga y lo que sufre la persona castigada es, pues, bello.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Pero lo que es bello es al mismo tiempo bueno porque es agradable y útil.

POLOS.- Necesariamente.

SÓCRATES.- Por esto lo que sufre el castigado es bueno.

POLOS.- Parece que sí.

SÓCRATES.- De ello deduce, por consiguiente, alguna utilidad.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Es esta utilidad la que concibo, quiero decir, la de que mejora su alma, si es cierto que está castigado con razón?

POLOS.- Así parece.

SÓCRATES.- Así es que el castigado se ve libre de la maldad que hay en su alma.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿No se ve así libre del mayor de los males? Considera la cosa desde este punto de vista. ¿Conoces, relacionado con la adquisición de riquezas, además de la pobreza, algún otro mal para el hombre?

POLOS.- No; no conozco más que éste.

SÓCRATES.- Y refiriéndonos a la constitución del cuerpo, ¿no llamas males a la debilidad, a las enfermedades, a la fealdad y a otras cosas más?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Piensas, sin duda, que el alma también tiene sus males?

POLOS.- ¿Quién puede dudarlo?

SÓCRATES.- ¿No serán lo que llamas injusticia, ignorancia, cobardía y otros defectos parecidos?

POLOS.- Ciertamente.

SÓCRATES.- Con estas tres cosas, pues, las riquezas, el cuerpo y el alma, se relacionan, según tú, tres males: la pobreza, la enfermedad y la injusticia.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Cuál de estos tres males es el más feo? ¿No es la injusticia, que bien podemos calificar de vicio del alma?

POLOS.- Sin comparación.

SÓCRATES.- Si es el más feo, ¿no es también el peor?

POLOS.- ¿Cómo lo entiendes, Sócrates?

SÓCRATES.- Helo aquí. Como consecuencia de nuestras confesiones anteriores, lo más feo lo es siempre porque es causa del mayor dolor o del mayor perjuicio o de uno y otro al mismo tiempo.

POLOS.- Es verdad.

SÓCRATES.- Pero ¿no acabamos de reconocer que la injusticia y todos los vicios del alma son los más feos que hay?

POLOS.- En efecto: lo hemos reconocido.

SÓCRATES.- Lo son porque no hay nada más doloroso o nada más perjudicial o por ambas cosas.

POLOS.- Necesariamente.

SÓCRATES.- Entonces ¿es más doloroso ser injusto, intemperante, cobarde e ignorante que ser un indigente o un enfermo?

POLOS.- Tomando las cosas así, me parece que no.

SÓCRATES.- Los vicios del alma no son, pues, lo más feo sino porque aventajan de una manera extraordinaria a los otros en el mal y perjuicio que causan, que superan a cuanto pudiera decirse, puesto que has confesado que no son debidos al dolor.

POLOS.- Así parece.

SÓCRATES.- Pero lo que se distingue por el exceso de daño que causa es el mayor de los males.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- La injusticia, la intemperancia y los otros vicios del alma son, de todos los males, los mayores.

POLOS.- Parece que sí.

SÓCRATES.- ¿Qué arte nos libra de la pobreza? ¿No es la economía?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Y de la enfermedad, ¿no es la medicina?

POLOS.- Naturalmente.

SÓCRATES.- ¿Y de la maldad y de la injusticia? Si no me comprendes de esta manera, veamos de esta otra. ¿Adónde y a casa de quién llevamos a aquellos cuyo cuerpo está enfermo?

POLOS.- A casa de los médicos.

SÓCRATES.- ¿Y adónde a los que se entregan a la injusticia y al libertinaje?

POLOS.- Parece que quieres decir que a casa de los jueces.

SÓCRATES.- Para que los castigue, ¿verdad?

POLOS.- Indudablemente.

SÓCRATES.- Los que castigan con razón, ¿no siguen en eso las reglas de cierta justicia?

POLOS.- Es evidente que sí.

SÓCRATES.- Así es que la economía precave de la indigencia, la medicina libra de la enfermedad y la justicia de la intemperancia y de la injusticia.

POLOS.- Así creo.

SÓCRATES.- Pero de estas tres cosas de que hablas, ¿cuál crees, Polos, que es la más bella?

POLOS.- ¿De qué tres cosas?

SÓCRATES.- De la economía, de la medicina y de la justicia.

POLOS.- La justicia las aventaja en mucho, Sócrates.

SÓCRATES.- Puesto que es la más bella, es, pues la que procura el mayor placer o la mayor utilidad, o lo uno y lo otro.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Tener que entregarse en mano de los médicos es agradable? Y el tratamiento que se impone a los enfermos, ¿les causa placer?

POLOS.- No lo creo.

SÓCRATES.- ¿Pero es una cosa útil?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Porque libra de un gran mal; así, pues, es ventajoso sufrir el dolor para recuperar la salud.

POLOS.- Sin ningún género de dudas.

SÓCRATES.- Pensando sólo en el cuerpo, quién es más dichoso, ¿el hombre que está en manos de los médicos o el que no ha estado enfermo?

POLOS.- Evidentemente, el segundo.

SÓCRATES.- En efecto; la felicidad no consiste, parece, en verse aliviado de un mal, sino en no estar sujeto a él.

POLOS.- Es verdad.

SÓCRATES.- Y de dos enfermos, lo mismo da que lo sean del cuerpo que del alma, ¿quién es el más desgraciado el bien asistido y curado de su mal, o aquel que no está cuidado y no se cura?

POLOS.- Me parece que el que no recibe cuidados.

SÓCRATES.- Hemos dicho que el castigo procura la liberación del mayor de los males, que es la maldad.

POLOS.- Sí, convinimos en ello.

SÓCRATES.- Porque el castigo vuelve sensato, obliga a ser más justo y es la medicina del alma.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- El más feliz, por consiguiente, es quien no tiene maldad alguna en el alma, porque hemos visto que este mal es el mayor de los males.

POLOS.- Es evidente.

SÓCRATES.- Y después de él quien se ve libertado del mal.

POLOS.- Me parece que sí.

SÓCRATES.- Que es quien ha sido advertido, amonestado y ha sufrido el castigo.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Pero quien vive más desgraciado es el que comete injusticias y no se ve libre de ellas.

POLOS.- Todo hace creer que sí.

SÓCRATES.- ¿No es este hombre el que habiéndose hecho culpable de los mayores delitos y permitiéndose las mayores injusticias consigue ponerse a cubierto de las amonestaciones, de las correcciones y de los castigos? Tal es, como dijiste, la situación de Arquelao y de los otros tiranos, de los oradores y de todos los que gozan de un gran poder.

POLOS.- Parece que sí.

SÓCRATES.- Y verdaderamente, mi querido Polos, todas esas gentes han hecho casi lo mismo que el que estando atacado de las enfermedades más graves encontraba el medio de no tener que someterse al tratamiento que los médicos le prescribieran contra los vicios de su cuerpo obligándole a ciertos remedios, por miedo, como si fuera un niño, de que le cauterizaran o cortaran, porque es doloroso. ¿No te parece que la cosa es así?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- El principio a que tal conducta obedecería sería indudablemente la ignorancia de las ventajas de la salud y de la buena constitución del cuerpo. Parece, después de nuestras anteriores convicciones, que los que huyen de su castigo, mi querido Polos, se conducen de la misma manera. Ven lo que su modo de proceder tiene de doloroso, pero están ciegos para su utilidad; ignoran que es más de lamentar vivir con un alma que no está sana sino corrompida, injusta e impía, que con un cuerpo enfermo. Por esto no perdonan medio de escapar al castigo y no verse liberados del mayor de los males. Pensando así, acaparan riquezas, buscan amigos y se aplican a adquirir el talento de la palabra y de la persuasión. Pero si las cosas en que hemos convenido son verdaderas, Polos, ¿ves lo que resulta de este discurso o prefieres que juntos saquemos las conclusiones?

POLOS.- Consiento, a menos que seas de otra opinión.

SÓCRATES.- ¿No se deduce de esto que la injusticia es el mayor de los males?

POLOS.- Al menos me lo parece.

SÓCRATES.- ¿No hemos visto que el castigo procura la liberación de ese mal?

POLOS.- Parece verosímil.

SÓCRATES.- ¿Y que la impunidad lo fomenta?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Cometer la injusticia no es en magnitud más que el segundo mal, pero cometerla y no ser castigado es lo primero y el mayor de todos los males.

POLOS.- También me lo parece.

SÓCRATES.- ¿No es éste, querido amigo, el punto en que no estábamos de acuerdo? Tú considerabas dichoso a Arquelao porque, habiéndose hecho culpable de los mayores crímenes, no sufría el menor castigo, y yo sostenía, al contrario, que Arquelao, como cualquier otro que

no sufra la pena que merece por las injusticias que ha cometido, debe ser considerado infinitamente más desgraciado que cualquier otro; que el autor de una injusticia es siempre más desgraciado que aquel sobre quien ésta recae, y que el malvado que permanece impune lo es también más que aquel a quien se castiga. ¿No fue esto lo que dije?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿No te he demostrado que quien tenía razón era yo?

POLOS.- Me parece que sí.

SÓCRATES.- Bueno. Pero si esto es verdad, ¿cuál es la utilidad de la retórica, Polos? Porque una consecuencia de nuestra convicción es que ante todo debemos guardarnos de todo hecho injusto, por ser un mal por sí mismo. ¿Verdad?

POLOS.- Ciertamente.

SÓCRATES.- Y que si uno mismo o cualquier persona por la que se interesa ha cometido una injusticia, tiene que apersonarse en el sitio donde reciba lo más pronto posible el conveniente correctivo y apresurarse a buscar al juez como acudiría al médico, por miedo de que la enfermedad de la injusticia, permaneciendo en su alma, no engendre una corrupción secreta que la haga incurable. ¿Podremos decir otra cosa si subsisten nuestras primeras convicciones? ¿No es una necesidad que lo que digamos esté de acuerdo con lo que antes establecimos y con nada más?

POLOS.- ¿Cómo sería posible hablar de otra manera, Sócrates?

SÓCRATES.- La retórica, Polos, no nos puede, pues, servir en ningún caso para defender nuestra causa en caso de una injusticia ni tampoco la de nuestros hijos, parientes y amigos, ni aun la de nuestra patria; ¿para qué servirá entonces sino para acusarse uno mismo antes de que cualquiera le acuse y lo mismo a sus parientes e íntimos en cuanto se hagan culpables de una injusticia y a no tener secreto el delito, sino a exponerlo en pleno día, a fin de que el delincuente sea castigado y que recupere la salud? En este caso será necesario hacerse violencia lo mismo que a los otros para sobreponerse a todo temor y ofrecerse cerrando los ojos, pero animosos, como se ofrece uno al médico para sufrir las incisiones y las quemaduras, consagrándose a la consecución de lo bueno y honrado sin tener para nada en cuenta el dolor; de manera que si la falta cometida merece latigazos se presente uno a recibirlos; si los hierros, tendiendo las manos a las cadenas; si una multa, pagándola; si el ostracismo, condenándose a él, y si la muerte, sufriendola; que sea uno el primero en deponer contra sí mismo y los suyos; que no se guarde y que para esto ponga en juego toda la retórica a fin de que por la confesión de sus crímenes llegue a verse libre del peor de los males, que es la injusticia. ¿Acordaremos esto, Polos, o lo negaremos?

POLOS.- Extraño me parece en verdad, Sócrates, pero quizá es una consecuencia de lo que antes hemos dicho.

SÓCRATES.- Entonces tenemos que desdecirnos de nuestros anteriores discursos o reconocer que esto resulta necesariamente.

POLOS.- Sí; así es.

SÓCRATES.- Y procederemos del modo contrario cuando se trate de hacer daño a cualquiera, sea un enemigo o sea a quienquiera. Uno mismo no debe exponerse a malos tratos de la parte de sus enemigos y ha de procurar garantizarse de ellos. Pero si éstos cometen una injusticia contra otro, es preciso esforzarse por todas las maneras de obra y de palabra para sustraerle al castigo e impedir su comparecencia ante los jueces; pero si compareciera, hacer todo lo posible para que se escape y no sea castigado; de manera que si ha defraudado una gran suma de dinero no la devuelva, se la guarde y la emplee en gastos impíos e injustos suyos y de sus amigos; si su crimen merece la muerte, que no la sufra, y si puede, que no muera nunca, y que, continuando siendo un malvado, sea inmortal; si no, que viva en el crimen el mayor tiempo posible. He aquí, Polos, para qué creo que es útil la retórica, porque para quien no está en el caso de cometer ninguna injusticia no veo pueda ser le de gran utilidad, si es que le es de alguna, porque, como hemos visto antes, no sirve para nada.

CALLICLES.- Dime, Chairefon, ¿habla en serio Sócrates o bromea?

CHAIREFON.- Me parece, Calicles, que habla muy seriamente, pero podemos preguntárselo.

CALLICLES.- ¡Por todos los dioses! Tienes razón, y es lo que tengo ganas de hacer. Sócrates, dime: ¿nos hablas en serio o en broma?

Porque si hablas en serio y lo que dices es en serio y es verdad, la vida que llevamos entre nosotros sería completamente equivocada y haríamos en todo lo contrario, parece, de lo que deberíamos.

SÓCRATES.- Si los hombres, Calicles, en vez de estar sujetos a las mismas pasiones, unos de una manera y otros de otra, tuvieran cada uno su pasión particular diferente de las de los otros, no sería empresa fácil hacer conocer a los demás lo que uno mismo experimenta. Hablo así porque sé que tú y yo nos hallamos en una misma situación, porque ambos amamos dos cosas: yo a Alcibíades, hijo de Clinias, y a la filosofía, y tú al pueblo de Atenas y al hijo de Pírilampes⁶⁷. He observado todos los días que, a pesar de lo elocuente que eres, cuando los objetos de tu amor opinan de distinto modo que tú, y cualquiera que sea su manera de pensar, no te sientes con fuerzas para contradecirlos y que pasas de lo blanco a lo negro si les place. En efecto, cuando hablas a una reunión de atenienses, si sostienen que las cosas no son tal como dices, cambias en seguida de parecer para conformarte con sus opiniones. Lo mismo te sucede con el hermoso mancebo, hijo de Pírilampes. No sabrías resistirte a su voluntad ni a sus discursos, de manera que si alguno, testigo del lenguaje que mantienes diariamente por complacerlos, se extrañara y lo encontrase absurdo, le responderías probablemente, si quisieras decir la verdad, que mientras tus dos amores no cesen de hablar como hablan, tú no dejarás de hablar como hablas. Figúrate que oyes de mis labios la misma contestación y no te extrañes de los discursos que pronuncio, pero comprometo a la filosofía, mis amores, a no hablar del mismo modo, porque ella, querido amigo, sostiene siempre lo que acabas de oír, y me da mucho menos que hacer que el otro objeto de mis amores. El hijo de Clinias habla unas veces y otras de

muy distinta manera, pero la filosofía mantiene siempre el mismo lenguaje. Lo que ahora te parece tan extraño es de ella; estabas presente cuando se dijo. Así, pues, o refutas lo que por boca mía dijo hace muy poco o pruébale que cometer la injusticia y vivir en la impunidad después de haberla cometido no es colmo de todos los males, o si dejas subsistir esta verdad en toda su fuerza, te juro, Callicles, por el perro 68, dios de los egipcios, que Callicles nunca estará de acuerdo consigo mismo y toda su vida será una perpetua contradicción. Y yo, al menos, amigo mío, soy de opinión que para mí valdría mucho más que mi lira estuviera mal montada y desafinada, y que la mayoría, lejos de estar acordes conmigo, me contradijeran que yo no estuviera de acuerdo conmigo mismo y tuviera que contradecirme.

CALLICLES.- Me parece, Sócrates, que triunfas con tus discursos al igual que un orador popular. Toda tu declamación se basa en el hecho de haber ocurrido a Polos lo mismo que él ha pretendido haberle sucedido a Gorgias respecto de ti. Ha dicho, en efecto, que cuando preguntaste a Gorgias, en la suposición de que fueran a su casa a aprender la retórica y no tuvieran ningún conocimiento de lo que concierne a la justicia, si él les daría lecciones, que Gorgias se avergonzó de contestarte conforme a la verdad, y dijo que la enseñaría a causa del hábito establecido entre los hombres, que encontrarían mal una respuesta contraria; que esta confesión había hecho caer a Gorgias en contradicción, lo que te había satisfecho; en una palabra, que me parece que en esta ocasión se ha burlado Polos de ti con razón. Pero he aquí que ahora se encuentra en el mismo caso que Gorgias. Te confieso, amigo mío, que no me satisface nada que Polos te conceda que es peor o más feo cometer una injusticia que padecerla, porque esta confesión es la que le ha confundido en la disputa y ha permitido le cierras la boca, porque ha tenido vergüenza de decir su pensamiento. En efecto, Sócrates, so pretexto de buscar la verdad, como dices, haces a los que conversan contigo preguntas propias de un declamador y que tienen por objeto lo que es bello no por la naturaleza, sino según la ley; pero en la mayor parte de las cosas la naturaleza y la ley están en oposición, de manera que si por vergüenza no se atreve uno a decir lo que piensa, estará por fuerza obligado a contradecirse. Tú te diste cuenta de esta sutil distinción y te aprovechas de ella para tender lazos en la controversia. Si alguno te habla de lo que se refiere a la ley le preguntas acerca de lo que atañe a la naturaleza, y si te habla de lo que está en el orden de la naturaleza, le interrogas acerca de lo que está en el orden de la ley. Esto es lo que acabas de hacer al referirte a la injusticia cometida y a la sufrida cuando Polos habló de lo legalmente más feo; tú, por el contrario, te atuviste a lo legal como si fuera lo natural. Según la naturaleza, todo lo peor es también lo más feo; por consiguiente, sufrir una injusticia es una cosa muy fea, pero, según la ley, más feo es aún el cometerla. Y, en efecto, sucumbir a la injusticia de otro no es propio de un hombre, sino de un vil esclavo, para quien vale más morir que vivir cuando sufriendo injusticias y ofensas no se está en

estado de defenderse uno mismo ni tampoco defender a quienes le son caros. Pero pienso en que los que escriben las leyes son los débiles y la gran masa, y teniendo sólo en cuenta lo que les puede interesar determinan lo que ha de ser digno de loa y lo que ha de merecer ser prohibido. Para amedrentar a los más fuertes, que podrían ir más allá de los otros e impedirselo, dicen que es feo e injusto aventajar en algo a los demás, y que trabajar por hacerse más poderoso es hacerse culpables de injusticia, porque siendo los más débiles se consideran demasiado felices de que todos sean iguales, ya que ellos son los peores. Tal es la razón por la cual en el orden de la ley es injusto y feo el querer aspirar a más que la mayoría, y por esto se le ha dado el nombre de injusticia.

Pero me parece que la naturaleza demuestra que no es justo que el que valga más tenga menos que otro que no valga lo que él y el más fuerte menos que el más débil y prueba en mil ocasiones que debe ser así tanto en lo que concierne a los animales como a los mismos hombres, entre los cuales vemos Estados y naciones enteras donde la regla de lo justo es que el más fuerte se imponga al más débil y esté más beneficiado que él. ¿Con qué derecho hizo Xerxes la guerra a Grecia y su padre a los escitas? Y como éstos podría citar infinidad de otros ejemplos. En esta clase de empresas se trata, me figuro, de obrar según la naturaleza, y, ¡por Júpiter!, también según las mismas leyes de ella, aunque no ciertamente quizá según las leyes que los hombres han establecido. Desde la juventud nos ganamos y nos llevamos a los mejores y más fuertes de entre nosotros; los formamos y los domamos, como se doma a los cachorros del león, por medio de discursos repletos de encantos y prestigios, haciéndoles saber que es preciso subordinarse a la legalidad y que en esto consiste lo bello y lo justo. Pero me imagino que si surgiere un hombre dotado de excelsas cualidades que sacudiendo y rompiendo todas estas trabas encontrara el medio de desembarazarse de ellas y que pisoteando vuestros escritos, vuestros prestigios, vuestras discusiones y leyes antinaturales y aspirando a elevarse sobre todo se convirtiera de esclavo en vuestro señor, entonces se vería brillar la justicia tal como es, manifestando sus derechos. Píndaro, me parece, apoya estos sentimientos en una sola oda, en que dice «que la ley es la reina de los mortales y de los inmortales; ella misma -añade- lleva consigo la fuerza que su mano poderosa convierte en legítima. Juzgo de ello por los trabajos de Hércules, que sin haberlos comprado...» Éstas son, poco más o menos, las palabras de Píndaro, porque no sé de memoria la oda. Pero su sentido es que Hércules se llevó a los bueyes de Gerión sin haberlos comprado y sin que se los hubiese dado, dejando comprender que su acción era justa según la naturaleza y que los bueyes y todos los demás bienes de los débiles e insignificantes pertenecen de derecho al más fuerte y al mejor. La verdad es, pues, tal como te la digo: tú mismo la reconocerás si, dando de lado a la filosofía, te dedicas a asuntos más elevados. Te confieso, Sócrates, que la filosofía es algo muy divertido cuando en la juventud se la estudia con moderación, pero si se prolonga su estudio más tiempo del preciso se

convierte en una plaga de la humanidad. Porque por grandes que sean las dotes con que la naturaleza haya adornado al hombre, si éste en una edad ya adelantada continúa filosofando tiene por fuerza que carecer de la experiencia de todo lo que no debe ignorar el hombre que quiera ser una persona bienquista y distinguida. Porque no sólo son inexpertos en las leyes del Estado, sino también en la manera acertada de tratar a los hombres en las relaciones públicas o particulares que con ellos se tienen, sino además carecen de toda experiencia de los placeres y pasiones humanas, y, en una palabra, de idea alguna de lo que es la vida. Por esto incurren en el ridículo cuando tienen que hacerse cargo de cualquier asunto doméstico o civil, como les ocurre a los políticos cuando concurren a vuestras asambleas y controversias. Porque nada hay tan cierto como estas palabras de Eurípides: «Cada uno se consagra con placer a las cosas para las cuales muestra más talento, a las que dedica la mayor parte del día en su afán de superarse a sí mismo». En cambio, se huye de aquellas en las que uno no descuella, y se habla con desprecio de ellas, mientras por amor propio se ponderan las primeras, creyendo de este modo elogiarse a sí mismo. Pero lo mejor, a mi modo de ver, es tener algunos conocimientos de las unas y de las otras. Conviene tener un barniz de filosofía, el que se necesite para el cultivo del espíritu, y no me parece vergonzoso que un joven filosofe. Pero seguir filosofando en la edad viril me parece ridículo, Sócrates. Los que se consagran a la filosofía me hacen la misma impresión que los niños que todavía no hablan bien y no piensan más que en jugar. Cuando veo a un niño todavía en edad de no hablar que bromea balbuciendo, me place y le encuentro gracioso y propio de sus pocos años, pero si le oigo articular las palabras con precisión, me extraño, me lastima el oído y me parece presentir al esclavo. Mas si es un hombre el que oigo balbucir y veo jugar, la cosa me parece ridícula, indecente en esa edad y merecedora de unos latigazos. Ésta es mi manera de pensar acerca de los que se ocupan de la filosofía. Un joven entregado a ella me complace y le encuentro muy en su lugar, y juzgo que tiene nobleza de sentimientos; si la desdeña, me parece un alma baja que jamás se creará capaz de una bella y generosa acción. Mas cuando veo a un anciano filosofando todavía y que no ha renunciado a este estudio, le considero merecedor de ser castigado con el látigo, Sócrates. Como dije hace un momento, por bellas dotes naturales que tenga este hombre, no puede por menos de degradarse al evitar los lugares frecuentados de la ciudad y las plazas públicas, donde los hombres, según el poeta⁶⁹, adquieren la celebridad, y escondiéndose, como hace, pasa el resto de sus días charlando en un rincón con tres o cuatro niños sin que nunca salga de su boca un discurso noble y grande que valga la pena de ser conocido. Sócrates, pienso bien de ti y soy uno de tus amigos; en este momento me parece que respecto de ti me animan los mismos sentimientos que a Zethos le animaron respecto a Anfión de Eurípides, de quien ya he hecho mención, porque me está viniendo el pensamiento de dirigirte un discurso parecido al que Zethos dirigió a su hermano. Descuidas, Sócrates, lo que debería

ser tu principal ocupación y desfiguradas por tus procederes infantiles un espíritu de tan espléndida naturaleza como el tuyo, tanto, que no sabrías proponer una determinación en las deliberaciones de asuntos de justicia, ni lo hay de plausible y probable en una empresa, ni sugerir a los otros un consejo generoso. Sin embargo, mi querido Sócrates -y no te ofendas por lo que te voy a decir, porque son la simpatía y el afecto los que me lo dictan-, ¿no te parece vergonzoso estar en el estado en que estoy persuadido te hallas, lo mismo que los otros que pasan sus días en marchar incesantemente en la carrera filosófica? Si cualquiera te echara la mano encima, y lo mismo que digo de ti puedo decirlo de los que se te asemejan, y te condujera a la cárcel sosteniendo que le habías causado un perjuicio, aunque no le hayas hecho nada, te quedarías con la boca abierta, la cabeza te daría vueltas y te verías sumamente apurado sin saber qué hacer ni decir. Y cuando comparecieras ante los jueces, por vil y despreciable que fuere tu acusador, serías condenado a muerte si le pluguiera hacerte condenar a tal pena. ¿Qué estima puede, pues, tenerse, querido Sócrates, a un arte que empeora a los que, dotados de las mejores cualidades, se aplican a él, los incapacita para defenderse a sí mismos y para salvar de los mayores peligros no sólo a su propia persona, sino a ninguna otra; que los expone a verse desposeídos de todos sus bienes por sus enemigos y a arrastrar en su patria una vida sin honor? La cosa es poco fuerte para dicha, pero, en fin, se puede abofetear impunemente a un hombre de este carácter. Créeme, pues, querido amigo, deja tus argumentos, cultiva lo bello, ejercítate en lo que te dará la reputación de hombre hábil y abandona a otros estas vanas sutilidades que sólo tratan de extravagancias o puerilidades y que terminarán por reducirte a la miseria; propónte por modelos no a esos que disputan con estas frivolidades, sino a las personas que han conquistado fama y riquezas y que gozan de las otras ventajas de la vida.

SÓCRATES.- Si mi alma fuese de oro, ¿no crees, Calicles, que sería para mí motivo de gran alegría encontrar una excelente piedra de toque de las que sirven para probar el oro, de manera que acercándola a mi alma, si me diera testimonio favorable, reconociera yo sin ningún género de duda que estoy en buen estado y que no tengo necesidad de ninguna prueba más?

CALLICLES.- ¿A propósito de qué me preguntas esto, Sócrates?

SÓCRATES.- Voy a decírtelo: creo haber tenido contigo un feliz encuentro.

CALLICLES.- ¿Por qué?

SÓCRATES.- Estoy muy seguro de que si te manifiestas de acuerdo conmigo en las opiniones que tengo en el alma es porque estas opiniones son verdad. Observo, en efecto, que para saber si un alma está bien o mal es preciso poseer tres cualidades que tú reúnes: la ciencia, la bondad y la franqueza. Encuentro mucha gente que no es capaz de sondarme porque no es sabia como tú. Otros hay que son sabios, pero como no se interesan por mí como tú, no quieren decirme la verdad. Estos dos extranjeros, Gorgias y Polos, son hábiles los

dos, y mis amigos, pero les falta un poco de franqueza y son más circunspectos de lo que les conviene ser. ¿Cómo no han de serlo, puesto que por una vergüenza perjudicial han llevado su timidez hasta el extremo de contradecirse mutuamente ante tantas personas y tratándose de objetos de la mayor importancia? En cuanto a ti, te digo que empiezas por tener todo lo que tienen los otros, porque eres sumamente hábil, como convendrá la mayor parte de los atenienses, y además me miras bondadosamente. Mira por lo que juzgo. Sé, Callicles, que sois cuatro los que habéis estudiado juntos la filosofía: tú, Tisandros de Efidna, Andron, hijo de Androtion, y Nansikides de Chalargos. Un día os oí deliberar acerca de a qué extremo se debía llevar el cultivo de la sabiduría y sé qué opinión fue la que se impuso: que no se debía aspirar a ser filósofo consumado y que os advertiríais mutuamente de tener cuidado de que por filosofar más de lo conveniente no os perjudicárais sin saberlo. Hoy que te oigo darme el mismo consejo que a tus más íntimos amigos me das con ello una prueba decisiva del afecto que me tienes. De que tienes además lo que es necesario para hablarme con toda libertad y no disimularme nada por vergüenza lo has dicho tú mismo, y el discurso que acabas de dirigirme testimonia también de ello. Una vez las cosas así, es evidente que lo que me concedas en esta discusión acerca del asunto que nos separa habrá pasado por una prueba suficiente de tu parte y de la mía, y que no será necesario someterlo a un nuevo examen. Porque tú no me lo habrás dejado pasar por falta de luces ni por exceso de vergüenza y tampoco confesarás nada por deseo de engañarme, siendo, como dices, mi amigo. Así será el resultado de tus opiniones y las mías la plena y entera verdad. De todas las consideraciones, Callicles, la más bella sin duda es la que concierne a los objetos acerca de los cuales me has dado una lección: qué se debe ser, a qué debe uno dedicarse con preferencia y hasta qué punto, sea en la ancianidad o en la juventud. En cuanto a mí, si el género de vida que llevo es reprobable desde ciertos puntos de vista, estate persuadido de que la falta no es voluntaria de mi parte y que de ella sólo tiene la culpa la ignorancia. No renuncies, pues, a hacerme observaciones como tan bien empezaste; pero explícame a fondo qué profesión es a la que debo dedicarme y cómo tengo que componérmelas para ejercerla, y si después de que la cosa esté decidida entre los dos, si descubres más tarde que no me atengo fielmente a lo convenido, tenme por un hombre sin corazón y privame en lo sucesivo de tus consejos, como absolutamente indigno de ellos. Exponme, pues, de nuevo, te lo ruego, lo que Píndaro y tú entendéis por lo justo; has dicho tú que, consultando a la naturaleza, el más poderoso tiene derecho de apropiarse lo que pertenece al más débil, el mejor a mandar al que lo es menos y el que vale más a tener más que el que vale menos. ¿Tienes alguna otra idea de lo justo o mi memoria me es infiel?

CALLICLES.- Lo que dije entonces es lo que sigo diciendo.

SÓCRATES.- ¿Piensas en lo mismo cuando dices que uno es mejor y cuando dices que uno es más poderoso? Porque te confieso que no he podido comprender lo que querías decir ni si por los más poderosos

entendías los más fuertes y si es preciso que los más débiles estén sometidos a los más fuertes, como parece lo insinuaste al decir que los grandes Estados atacan a los pequeños en virtud del derecho natural porque son más poderosos y más fuertes, lo que hace suponer que más poderosos, más fuertes y mejor son la misma cosa. ¿O se puede ser mejor y al propio tiempo más pequeño y más débil, más poderoso y también peor? ¿O el mejor y el más poderoso están comprendidos en la misma definición? Hazme ver claramente si más poderoso, mejor y más fuerte expresan la misma idea o ideas diferentes.

CALLICLES.- Te declaro que estas palabras expresan, en efecto, la misma idea.

SÓCRATES.- En el orden de la naturaleza, ¿es la multitud más poderosa que uno solo, puesto que, como dijiste hace un instante, es la que formula las leyes contra el individuo?

CALLICLES.- Nadie puede dudarlo.

SÓCRATES.- Las leyes de la mayoría son, pues, las de los más poderosos.

CALLICLES.- Seguramente.

SÓCRATES.- Y, por consiguiente, de los mejores, puesto que, según tú, los más poderosos son también con mucho los mejores.

CALLICLES.- Sí.

SÓCRATES.- Sus leyes son, pues, bellas según la naturaleza, puesto que son las de los más poderosos.

CALLICLES.- Lo reconozco.

SÓCRATES.- Pero ¿no piensa la mayoría en que la justicia consiste en la igualdad, como hace un momento decías, y que es más feo cometer una injusticia que padecerla? ¿Es cierto o no? Y, por favor, ten cuidado de no avergonzarte ahora. ¿Piensa la mayoría, o no, en que es justo tener tanto y no más que los otros y que cometer una injusticia es algo más feo que ser víctima de ella? No te niegues a contestarme a esto, Callicles, a fin de que, si convienes en ello, me afirmes en mi parecer viéndolo apoyado por el sufragio de un hombre tan capacitado para juzgar.

CALLICLES.- Pues bien, sí; el gran número está persuadido de ello.

SÓCRATES.- Entonces no es solamente según la ley, sino también según la naturaleza, que es más feo cometer una injusticia que sufrirla y que la justicia consiste en la igualdad. De manera que parece que no dijiste la verdad hace un momento y que me acusaste sin razón al sostener que la naturaleza y la ley están en contradicción, que yo lo sabía de sobra y que me servía de este conocimiento para tender lazos en mis discursos, haciendo recaer la discusión sobre la ley cuando se hablaba de la naturaleza y sobre la naturaleza cuando se hablaba de la ley.

CALLICLES.- ¡Este hombre no va a cesar de decir vaciedades!

Sócrates, contéstame: ¿no te avergüenzas a tus años de estar a la caza de palabras y considerar que has ganado tu causa cuando uno se equivoca en una palabra? ¿Te figuras que por los más poderosos entiendo algo distinto de los mejores? ¿No te he dicho hace ya tiempo que para mí tienen la misma acepción estos términos de mejor

y más poderoso? ¿Te imaginas acaso en que pienso que se deben considerar como leyes los acuerdos que se hayan tomado en una asamblea compuesta de una masa de esclavos y de gentes de todas clases cuyo único mérito no es quizá más que su fuerza física?

SÓCRATES.- Perfectamente, sapientísimo Calicles. ¿Es así como lo entiendes?

CALLICLES.- Sin duda.

SÓCRATES.- Me figuraba hace ya bastante tiempo, querido amigo, que tomabas las palabras «más poderoso» en este sentido y si te he interrogado ha sido porque tenía ganas de conocer mejor tu pensamiento. Porque tú no crees que dos son mejores que uno ni que tus esclavos mejores que tú porque son más fuertes. Dime, pues, de nuevo quiénes son los que llamas mejores, puesto que no son los más fuertes, y, por favor, sé menos áspero conmigo a fin de que no huya de tu escuela.

CALLICLES.- ¡Ya vuelves a burlarte de mí!

SÓCRATES.- ¡No, Calicles, no, por Zethos!, de cuyo nombre te serviste hace poco para burlarte bastante de mí. Vamos, dime quiénes son los que llamas mejores.

CALLICLES.- Los que valen más.

SÓCRATES.- ¿Ves como no me dices más que palabras y que no me explicas nada? ¿No vas a decirme si por los mejores y más poderosos entiendes los más sabios u otros parecidos?

CALLICLES.- ¡Sí, por Júpiter!, a ellos me refiero muy especialmente.

SÓCRATES.- Así, pues, a menudo es mejor un sabio por lo que dices que diez mil que no lo son, y a él corresponderá mandar y a los otros obedecer, y en calidad de dominador deberá tener más que sus súbditos. Me parece que es esto lo que quieres decir, si es verdad que uno solo es mejor que diez mil, y conste que no voy a caza de palabras.

CALLICLES.- Es precisamente lo que digo: que, según la ley natural, es muy justo que el mejor y más sabio mande y tenga mejor parte que los que carecen de méritos.

SÓCRATES.- Manténte, pues, en esto. ¿Y qué vas a contestar a lo que te voy a preguntar? Si varios estuviéramos reunidos en un mismo sitio como estamos aquí y hubiéramos aportado para una comida para todos diferentes manjares y bebidas, y que nuestra asamblea se compusiera de gentes, fuertes unas y débiles otras, y que uno de nosotros, por su calidad de médico, supiese más que nosotros en lo referente al uso de esos alimentos, y que por añadidura fuera, como es muy verosímil, más fuerte que unos y más débil que otros, ¿no es cierto que este hombre, sabiendo más que nosotros, será también el mejor y más poderoso en lo referente a estas cosas?

CALLICLES.- Indudablemente.

SÓCRATES.- Por ser mejor, ¿será preciso que tenga una parte mayor de alimentos que los otros? ¿O más bien en su calidad de jefe estar encargado de la distribución de todo? Pero en cuanto a disfrutar de los alimentos teniendo en cuenta su cuerpo, no aspiraría a tener más que los demás, porque podría hacerle daño, sino a más que unos y a

menos que otros; pero si por casualidad fuera el más débil, menos que todos, Callicles, no obstante ser el mejor. ¿No te parece, mi buen amigo?

CALLICLES.- Me estás hablando de comidas, de bebidas, de médicos y de otras tonterías análogas. No es eso lo que quiero decir.

SÓCRATES.- ¿No has reconocido que el más sabio es el mejor? Confiésalo o niégalo.

CALLICLES.- Lo reconozco.

SÓCRATES.- ¿Y que el más sabio tiene que percibir mayor parte?

CALLICLES.- Sí, pero no en cuestión de alimentos y bebidas.

SÓCRATES.- Comprendido: puede ser que se trate de vestidos. ¿Es preciso que el más hábil en la confección de telas lleve el traje más grande y vaya cargado de un gran número de trajes de los más hermosos?

CALLICLES.- ¿De qué trajes me estás hablando?

SÓCRATES.- Por lo dicho será preciso que el artesano más entendido en la fabricación de cueros y el mejor de los zapateros tengan más calzado que los demás y que el zapatero lleve cuando vaya a la calle los zapatos más grandes y muchos de repuesto.

CALLICLES.- ¿Qué tonterías de zapatos estás diciendo?

SÓCRATES.- Si no es esto lo que piensas, puede ser sea esto otro; por ejemplo, que el labrador entendido y práctico en el cultivo de sus tierras debe tener más semillas que echar en sus campos que los otros.

CALLICLES.- Siempre tienes que venir a parar a lo mismo, Sócrates.

SÓCRATES.- A lo mismo, no, Callicles; pero sí al mismo asunto.

CALLICLES.- ¡Por todos los dioses!, no cesas de tener en la punta de la lengua a los zapateros, a los curtidores, a los cocineros y a los médicos, como si aquí nos ocupáramos de ellos.

SÓCRATES.- Pero ¿no me dirás al fin en qué debe ser más poderoso y sabio aquel a quien la justicia autoriza a tener más que los demás? ¿No preferirías decirlo tú mismo a que yo te lo sugiera?

CALLICLES.- Te lo digo desde hace tiempo. Por los más poderosos no entiendo ni a los cocineros ni a los zapateros, sino a los más expertos en los asuntos públicos y en la buena administración del Estado, y no solamente entendidos, sino más valientes y capaces de ejecutar los proyectos que han concebido sin fatigarse por debilidad del espíritu.

SÓCRATES.- ¿No estás viendo, querido Callicles, que los dos nos estamos reprochando lo mismo? Tú me echas en cara que digo siempre lo mismo, como si fuera un delito, y yo, al contrario, me quejo de que nunca dices lo mismo de las mismas cosas, y de que unas veces tienes a los más fuertes por mejores y más poderosos y otras a los que más saben. Ahora me das una tercera definición, y los más poderosos y mejores son, según tú, los más valientes. Dime de una vez para siempre a quiénes llamas los mejores y más poderosos y con relación a qué.

CALLICLES.- Ya te he dicho que son los hombres expertos en las cuestiones políticas y valientes; a ellos les pertenece el gobierno de los Estados y es justo que tengan más que los otros, puesto que

son los que mandan y éstos los que obedecen.

SÓCRATES.- ¿Son éstos, querido amigo, los que se mandan a sí mismos, o en qué haces consistir su imperio?

CALLICLES.- ¿De qué hablas?

SÓCRATES.- Hablo de cada individuo en tanto que se manda a sí mismo. ¿O no es necesario acaso que ejerza imperio sobre sí mismo, sino únicamente sobre los demás?

CALLICLES.- ¿Qué entiendes por mandarse a sí mismo?

SÓCRATES.- Nada extraordinario, sino lo que todo el mundo cree saber: ser temperante, dueño de sí mismo y dominar sus pasiones y deseos.

CALLICLES.- ¡Eres encantador!; nos estás hablando de imbéciles y los llamas temperantes.

SÓCRATES.- ¡Cómo! No creo que haya alguien que no haya comprendido que no es eso lo que quiero decir.

CALLICLES.- Es eso mismo, Sócrates. ¿Cómo puede ser dichoso un hombre obligado a servir de algo? Pero voy a decirte con entera libertad lo que es lo bello y lo justo en el orden de la naturaleza. Para tener una vida feliz es necesario dejar que sus pasiones tomen el incremento posible y no reprimirlas. Cuando así han llegado al paroxismo se debe estar en disposición de satisfacerlas con valor y habilidad, satisfaciendo cada deseo a medida que nace. Me figuro que esto es lo que no sabría hacer la mayoría de los hombres y es la causa de que conducen a los que lo consiguen, ocultando avergonzados su propia impotencia. Dicen, pues, que la intemperancia es algo muy feo, como he observado antes; encadenan a los que han nacido dotados de mejores cualidades que ellos, y no pudiendo conceder a sus pasiones lo que necesitan para contenerlas, elogian la temperancia, la moderación y la justicia por pura cobardía. Y en realidad, para cualquiera que haya tenido la suerte de nacer de padres reyes o bien suficiente grandeza de alma para procurarse alguna soberanía, como una tiranía o una monarquía, no habrá nada tan vergonzoso y dañino como la templanza, puesto que hombres de su temple, que pueden disfrutar de todos los bienes de la vida sin que nadie se lo impida, se impondrían el yugo de las leyes, de los discursos y de la censura de lo vulgar. ¿Cómo no los haría desgraciados esta pretendida belleza de la justicia y de la templanza quitándoles la libertad de dar más a sus amigos que a sus enemigos, siendo como son soberanos en su propia ciudad? Tal es el estado de cosas en esa verdad, Sócrates, tras la cual dices que corres. La molicie, la intemperancia, el desenfreno, cuando nada les falta, son la virtud y la felicidad. Todas esas otras bellas ideas, esas convenciones contrarias a la naturaleza, no son más que extravagancias humanas, que no deben ser tenidas en cuenta para nada.

SÓCRATES.- Voy a ver si puedo darte a entender con más claridad lo que quiero decir. Digo que hay dos artes que corresponden a estas

dos sustancias. Al que corresponde al alma, le llamo política; al otro, al que corresponde al cuerpo, no sabría designarlo con una sola palabra. Aunque la cultura del cuerpo no sea más que una, la divido en dos partes, que son la gimnástica y la medicina, y procediendo del mismo modo con la política, la divido también en dos partes y refiero la parte legislativa a la gimnasia y la judicial a la medicina, porque la medicina y la gimnasia por una parte, y la parte legislativa y judicial por otra, están muy relacionadas entre sí, porque se ejercen sobre el mismo objeto. No obstante se diferencia la una de la otra en alguna cosa. Estas cuatro partes, siendo tales como he dicho y teniendo siempre por finalidad el mejor estado posible del cuerpo las unas y las otras el del alma, la adulación se ha dado cuenta de ello, no digo por un conocimiento reflejo, sino por vía de conjetura, y dividiéndola en cuatro se insinúa bajo cualquiera de estas partes haciéndose pasar por el arte cuyo disfraz ha adoptado. No se molesta en procurar que sea el mejor, sino el más agradable, atrae a sus redes a los insensatos y los engaña de tal modo, que les parece de un gran valor. La cocina se ha introducido furtivamente disfrazada de medicina y se atribuye el discernimiento de los alimentos más saludables al cuerpo, de manera que si el médico y el cocinero tuvieran que disputar juntos delante de niños o de hombres tan poco razonables como los niños, para saber quien de los dos, el médico o el cocinero, conoce mejor las buenas y las malas cualidades de los alimentos, el médico se moriría de hambre. Esto es lo que yo denomino adulación y digo que es una cosa vergonzosa. Polos, a ti es a quien lo digo, porque no tiende más que a lo agradable descuidando lo mejor. Añado que no es un arte, sino una rutina, porque no tiene ningún principio seguro referente a la naturaleza de las cosas que propone que le sirva de guía de conducta, de manera que no puede dar razón de nada, y yo no llamo arte a cosa alguna que está desprovista de razón. Si pretendes discutirme esto, me tienes dispuesto a contestarte. La lisonja culinaria se ha ocultado, como he dicho, bajo el manto de la medicina, y bajo el de la gimnástica la manía de engalanarse, práctica fraudulenta y engañadora, innoble y cobarde, que emplea para reducir las figuras, los colores, el amaneramiento y la vestimenta, engañando a la gente con una belleza prestada que hace descuidar la hermosura natural que es la que proporciona la gimnástica. Y para no extenderme más, te diré como los geómetras -y puede que así me comprendas mejor- lo que la vanidad en el vestir es a la gimnasia es lo que la cocina a la medicina, o mejor aún de esta manera: lo que la vanidad en el vestir es a la gimnasia es lo que la sofística a la parte legislativa; y lo que la cocina es a la medicina es lo que la retórica al arte judicial. La diferencia que la naturaleza ha puesto entre estas cosas es tal como acabo de explicarlo, pero a causa de su afinidad los sofistas y los oradores se aproximan a los jueces y legisladores y se dedican a los mismos asuntos. De donde se deriva que a punto fijo no saben ellos mismos cuál es su profesión ni los otros nombres para qué sirven. Si el alma, en efecto, no se impusiera al cuerpo y éste se gobernara a sí

mismo; si el alma no examinara nada por sí misma y no discerniera la diferencia entre la cocina y la medicina y fuera el cuerpo el que juzgara según su placer, nada sería más común, caro Polos, que lo que dice Anaxágoras (porque tú sin duda estás fuerte en estas materias): «todas se mezclarían y confundirían y no se podrían distinguir los alimentos saludables ni los que prescribe el médico de los que prepara el cocinero». Ya has oído lo que pienso de la retórica: está en la misma relación respecto del alma que la cocina al cuerpo. Quizá es una inconsecuencia mía el haber pronunciado este discurso tan largo después de habértelos prohibido, pero soy acreedor a que se me disculpe, porque cuando me expresé concisamente no me comprendiste bien y no supiste qué partido sacar de mis respuestas; en una palabra, te faltaba más explicación. Cuando me contestes, si me encuentro en el mismo apuro al oír tus respuestas, te permitiré te extiendas a tu vez; pero mientras no sea así, déjame hacer, porque nada será más justo. Y si esta respuesta te proporciona alguna ventaja sobre mí, aprovéchala.

POLOS.- Pero ¿qué dices? ¿Que la retórica, a tu modo de ver, es lo mismo que la adulación?

SÓCRATES.- He dicho solamente que es una parte de ella. Pero veo, Polos, que a tu edad te va faltando ya la memoria. ¿Qué será cuando seas viejo?

POLOS.- ¿Te parece que en las ciudades se mira a los buenos oradores como si fuesen viles aduladores?

SÓCRATES.- ¿Me haces una pregunta o empiezas un discurso?

POLOS.- Es sólo una pregunta.

SÓCRATES.- Me parece que ni siquiera se los mira.

POLOS.- ¡Cómo! ¿Que no se los mira? De todos los ciudadanos, ¿no son ellos los que tienen más poder?

SÓCRATES.- No, si crees que el poder es un bien para quien lo tiene.

POLOS.- Así lo creo.

SÓCRATES.- Entonces te digo que de todos los ciudadanos son los oradores los que tienen menos autoridad.

POLOS.- ¿Qué? Semejantes a los tiranos, ¿no hacen morir a quien quieren? ¿No despojan de sus bienes y destierran de las ciudades a quienes les place?

SÓCRATES.- ¡Por el perro!, a cada cosa que dices me desconciertas y no sé si dices lo que piensas y expones tu opinión o si me preguntas la mía.

POLOS.- Claro está, que te pregunto.

SÓCRATES.- Entonces, querido amigo, ¿por qué me haces dos preguntas a la vez?

POLOS.- ¿Cómo dos preguntas?

SÓCRATES.- ¿No dijiste ahora mismo que los oradores, como los tiranos, condenan a muerte a quien quieren, los privan de sus bienes y los destierran de las ciudades que les place?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Pues bien, yo te digo que son dos preguntas y voy a responder a la una y a la otra. Sostengo, Polos, que los oradores,

como hace poco te dije, y que no hacen casi nada de lo que quieren, aunque hagan lo que les parece ser lo más ventajoso.

POLOS.- ¿Y no es esto un gran poder?

SÓCRATES.- Según pretendes, Polos, no.

POLOS.- ¿Que yo pretendo eso? ¡Ca!, todo lo contrario, precisamente.

SÓCRATES.- Te digo que lo pretendes. ¿No has reconocido que un gran poder es un gran poder para el que está revestido de él?

POLOS.- Y vuelvo a decirlo una vez más.

SÓCRATES.- ¿Crees que es un bien para uno hacer lo que le parece más ventajoso cuando está desprovisto de sentido común? ¿Y llamas a esto un gran poder?

POLOS.- De ninguna manera.

SÓCRATES.- Pruébame que los retóricos tienen buen sentido y que la retórica es un arte y no una adulación y me habrás refutado. Pero mientras no hagas nada de esto, seguirá siendo verdad que no es un bien para los oradores ni para los tiranos el hacer en las ciudades lo que les plazca. El poder es en verdad un bien, como dices, pero tú mismo convienes que hacer lo que se juzga a propósito, cuando es un desatino, es un mal. ¿No es cierto?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Cómo, pues, tendrían los oradores y tiranos un gran poder en las ciudades a menos que Polos no obligue a Sócrates a confesar que hacen lo que quieren?

POLOS.- ¡Qué hombre!

SÓCRATES.- Digo que no hacen lo que quieren. Refútame.

POLOS.- ¿No acabas de decir que hacen lo que creen más ventajoso para ellos?

SÓCRATES.- Y sigo sosteniéndolo.

POLOS.- Entonces hacen lo que quieren.

SÓCRATES.- Lo niego.

POLOS.- ¡Qué! ¿Cuándo hacen lo que juzgan a propósito?

SÓCRATES.- Sin duda.

POLOS.- En verdad, Sócrates, mantienes cosas insostenibles y deplorables.

SÓCRATES.- No me condenes tan de prisa, Polos encantador, por hablar como tú66. Pero si tienes todavía que hacerme alguna pregunta, pruébame que me engaño. Si no contéstame.

POLOS.- Consiento en contestarte a fin de ver claro en lo que quieres decir.

SÓCRATES.- ¿Juzgas que los hombres quieren lo que hacen habitualmente o la cosa por la cual hacen esas acciones? Por ejemplo, los que toman de manos del médico una poción, ¿crees que quieren lo que hacen, es decir, tragarse la pócima y sentir dolor?

¿O quieren recobrar la salud y por eso se toman la medicina?

POLOS.- Es evidente que quieren recobrar la salud y que por eso toman la medicina.

SÓCRATES.- Del mismo modo los que viajan por mar y los que hacen toda clase de comercio no quieren lo que hacen diariamente, porque ¿quién es el hombre que gusta de ir por mar, de exponerse a mil

peligros y de tener mil dificultades? Pero quieren, me parece, la cosa por la cual hacen el viaje por mar, es decir, enriquecerse; las riquezas, en efecto, son el objeto de los viajes por mar.

POLOS.- Conforme.

SÓCRATES.- ¿No ocurre lo mismo con relación a todo lo demás? De manera que el que hace una cosa con miras a otra, no quiere la cosa misma que hace, sino aquella por la cual hace la primera.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Hay algo en el mundo que no sea bueno ni malo o tenga lo medio entre lo bueno y lo malo sin ser lo uno ni lo otro?

POLOS.- No puede ser de otro modo.

SÓCRATES.- ¿No incluyes a la sabiduría, la salud, la riqueza y todas las cosas parecidas en el número de las cosas buenas y a sus contrarias en el número de las malas?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Y por cosas que no son buenas ni malas, ¿no entiendes aquellas que tanto tienen de bueno como de malo y tanto ni de lo uno ni de lo otro? Por ejemplo, estar sentados, andar, correr, navegar y también las piedras, las maderas y otras cosas por el estilo. ¿No es esto lo que concibes que no es bueno ni malo o es otra cosa?

POLOS.- No; es esto mismo.

SÓCRATES.- Cuando los hombres hacen cosas indiferentes, ¿las hacen pensando en las buenas o hacen las buenas pensando en aquéllas?

POLOS.- Hacen las indiferentes pensando en las buenas.

SÓCRATES.- Entonces es el bien lo que siempre perseguimos; cuando caminamos es pensando en el bien que nos convendrá más, y es en vista de este mismo bien que nos detenemos cuando nos detenemos. ¿No es así?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Y sea que se condene a muerte a alguien, que se le destierre o prive de sus bienes, ¿no se determinará uno a estas acciones persuadido de que es lo mejor que puede hacer? ¿No te parece?

POLOS.- Ciertamente.

SÓCRATES.- Todo lo que se hace en este género es, pues, en vista del bien que se hace.

POLOS.- Convengo en ello.

SÓCRATES.- ¿No hemos convenido también en que no se quiere la cosa que se hace con miras a otra sino a ésta?

POLOS.- Nadie puede contradecirlo.

SÓCRATES.- Entonces no queremos condenar a muerte, ni desterrar del país, ni despojar a nadie de lo suyo sin más ni más sino cuando eso nos pueda ser útil, pero si puede perjudicarnos, no. Porque como reconoces se quieren las cosas cuando son buenas. En cuanto se refiere a las que no son buenas ni malas y a las malas, a éstas no se las quiere. Lo que digo, Polos, ¿te parece verdad o no?... ¿Por qué no me contestas?

POLOS.- Me parece verdad.

SÓCRATES.- Puesto que no estamos de acuerdo, cuando un tirano o un orador condena a alguien a muerte o al destierro o a la confiscación

de sus bienes, creyendo que es el partido más ventajoso para él mismo, aunque realmente sea el más malo, hace lo que juzga más a propósito, ¿no es así?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Hace por esto lo que quiere, si es verdad que lo que hace es malo?... ¿Por qué no respondes?

POLOS.- No me parece que haga lo que quiere.

SÓCRATES.- ¿Es posible que un hombre tal tenga un gran poder en la ciudad, si, como has reconocido, es un bien el estar revestido de un gran poder?

POLOS.- No puede tenerlo.

SÓCRATES.- Por consiguiente, tuve razón al decir que es posible que un hombre haga cuanto se le ocurre juzgar a propósito en una ciudad sin disfrutar, no obstante, de un gran poder, ni hacer lo que quiere.

POLOS.- Como si tú mismo, Sócrates, no prefirieras tener la libertad de hacer en una ciudad cuanto te gustara a no tenerla, y como si cuando ves a cualquiera hacer morir a otro porque lo cree conveniente, o despojarle de sus bienes o aherrojarle en una prisión, no le envidiaras.

SÓCRATES.- ¿Supones que procede con justicia, o no?

POLOS.- De cualquier manera que sea, ¿no es siempre algo digno de envidia?

SÓCRATES.- Habla mejor, Polos.

POLOS.- ¿Por qué?

SÓCRATES.- Porque no hay que envidiar a aquellos cuya suerte no debe excitar ninguna ni a los desgraciados, sino tenerles lástima.

POLOS.- Pero ¿es posible que juzgues tal la condición de estos de quienes te hablo?

SÓCRATES.- ¿Podría acaso juzgarlos de otro modo?

POLOS.- ¿Consideras entonces como desgraciado y digno de compasión a cualquiera que condena a muerte a quien juzga a propósito, aun en el caso de que le condene con justicia?

SÓCRATES.- De ninguna manera, pero tampoco me parece digno de ser envidiado.

POLOS.- ¿No acabas de decir que es desgraciado?

SÓCRATES.- Sí, querido; lo he dicho del que condena a muerte injustamente, y además, que es digno de compasión. Y del que quita justamente la vida a otro, digo que no puede ser envidiado.

POLOS.- El hombre condenado injustamente a muerte ¿no es desgraciado y merecedor de compasión al mismo tiempo?

SÓCRATES.- Menos que el autor de su muerte, Polos, y menos aún que el que ha merecido la muerte.

POLOS.- ¿Cómo, Sócrates?

SÓCRATES.- Porque de todos los males, el mayor es cometer una injusticia.

POLOS.- ¿Es éste el mayor mal? ¿No es mayor el sufrir una injusticia?

SÓCRATES.- De ninguna manera.

POLOS.- ¿Entonces preferirías más ser víctima de una injusticia que

cometerla?

SÓCRATES.- No quisiera ni lo uno ni lo otro. Pero si me viera obligado a cometer una injusticia o a tener que sufrirla, preferiría esto antes que cometerla.

POLOS.- ¿Aceptarías o no la condición de tirano?

SÓCRATES.- No, si por tirano entiendes la misma cosa que yo.

POLOS.- Entiendo por tirano lo que te dije hace muy poco: tener el poder de hacer en una ciudad cuanto me viniere en gana; matar, desterrar, en una palabra, obrar como le plazca a mi albedrío.

SÓCRATES.- Reflexiona, caro amigo, acerca de lo que voy a decir. Si cuando la plaza pública está llena de gente y teniendo yo oculto un puñal bajo mi brazo te dijera: en este momento me siento revestido de un poder maravilloso igual al de un tirano. De todos estos hombres que ves, el que me parezca a propósito de que lo mate, morirá en seguida. Si me parece que debo romper la cabeza a alguno, al instante la tendrá rota; si quiero rasgar sus vestiduras, las rasgaré, tan grande es el poder que tengo en esta ciudad. Si te resistieras a creerme y te enseñase el puñal, puede ser que al verlo exclamaras: de esta manera cualquiera puede tener un gran poder. De igual modo podrías incendiar la casa del ciudadano que se te antojara, los arsenales de Atenas y todas las embarcaciones públicas y particulares. Pero la grandeza del poder no consiste precisamente en hacer lo que se juzga a propósito. ¿Lo crees?

POLOS.- De la manera que acabas de decir, no.

SÓCRATES.- ¿Quisieras decirme por qué razón desecharías un poder semejante?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Dila.

POLOS.- Porque quien usara de él, sería castigado irremisiblemente.

SÓCRATES.- ¿No es un mal el ser castigado?

POLOS.- Sin duda.

SÓCRATES.- Entonces, querido, juzgas, pues, de nuevo que se dispone de un gran poder cuando haciendo lo que se juzga a propósito se hace lo que es ventajoso y que entonces es una cosa buena. En esto consiste, en efecto, el gran poder; fuera de esto es una cosa mala y un poder muy débil. Examinemos esto todavía. ¿No convenimos en que algunas veces es mejor hacer lo que decimos hace un instante, condenar a muerte a los ciudadanos, desterrarlos y decomisar sus bienes y que otras veces no?

POLOS.- Nadie podrá contradecirte.

SÓCRATES.- Entonces parece que acerca de este punto estamos acordes tú y yo.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿En qué caso dices tú que es mejor hacer esta clase de cosas? Determinalo sin ambigüedades.

POLOS.- Respóndete tú mismo a esta pregunta, Sócrates.

SÓCRATES.- Puesto que prefieres saber mi opinión antes de darme a conocer la tuya, te digo que es mejor hacerlas cuando se las hace con justicia y peor cuando se hacen injustamente.

POLOS.- Es verdaderamente muy difícil refutarte, Sócrates. ¿No podría convencerte, sin embargo, cualquier chiquillo de que no dices la verdad?

SÓCRATES.- Muy reconocido quedaría a ese niño y no menos a ti si me refutas y me libras de mis extravagancias. No te canses de obligar a un hombre que te quiere; por favor, pruébame que estoy equivocado.

POLOS.- Para esto no hay que recurrir a sucesos remotos. Lo ocurrido ayer y anteayer basta para confundirte y demostrar que muchos hombres culpables de injusticias son felices.

SÓCRATES.- ¿Qué sucesos son esos?

POLOS.- Ves a ese Arquelaos, hijo de Perdiccas, rey de Macedonia.

SÓCRATES.- Si no lo veo, al menos oigo hablar de él.

POLOS.- Y qué te figuras que es, ¿dichoso o desgraciado?

SÓCRATES.- No lo sé, Polos, porque todavía no he hablado con él.

POLOS.- ¿Qué dices? ¿Si hubieras hablado con él, sabrías a qué atenerte y de otra manera no puedes saber si es feliz?

SÓCRATES.- Te aseguro que no.

POLOS.- Estoy seguro, Sócrates, que también dirías que ignoras si el gran rey es dichoso.

SÓCRATES.- Y diré la verdad, porque ignoro cuál es el estado de su alma desde el punto de vista de la ciencia y la justicia.

POLOS.- ¿Supones acaso que toda la felicidad consiste en esto?

SÓCRATES.- A mi modo de ver, sí, Polos, porque pretendo que cualquiera que sea probo o virtuoso, hombre o mujer, es dichoso, y que el injusto y perverso es desgraciado.

POLOS.- Según tú, entonces será desgraciado este Arquelaos de quien hablo.

SÓCRATES.- Sí, querido amigo, si es injusto.

POLOS.- ¿Cómo no sería injusto? Él, que no tenía ningún derecho al trono que ocupa por haber nacido de una madre esclava de Alcetas, hermano de Perdiccas; él, que según las leyes, era esclavo de Alcetas y que debería haberle servido como tal, si hubiera querido cumplir con él en justicia y que en su consecuencia habría sido dichoso, según pretendes, mientras que hoy es soberanamente desgraciado, puesto que ha cometido muchos crímenes. Porque habiendo llamado a Alcetas, su dueño y tío, con pretexto de entregarle la autoridad de que Perdiccas le había despojado, lo recibió en su casa, lo embriagó y lo mismo a su hijo Alejandro, primo suyo y casi de la misma edad, los hizo subir a un carro y de noche los llevó lejos del palacio y se desembarazó de ellos haciéndolos degollar. Una vez cometido este crimen, no se dio cuenta de la desgracia extrema en que se había precipitado ni sintió el menor remordimiento, y poco tiempo después, lejos de consentir en ser dichoso, sirviendo a la justicia y cuidando de la educación de su hermano, hijo legítimo de Perdiccas, de siete años de edad, y entregándole la corona que le pertenecía de derecho, lo arrojó a un pozo después de haberle estrangulado, y dijo a Cleopatra, madre del niño, que éste, persiguiendo a su ganso, se cayó al pozo, donde halló la muerte. Haciéndose así culpable de más crímenes que hombre alguno en Macedonia, es hoy día no el más dichoso, sino el más

desgraciado de todos los macedonios. Y quizá hay más de un ateniense, empezando por ti, que preferiría la condición de cualquier otro macedonio a la de Arquelao.

SÓCRATES.- Desde que comenzamos a hablar te felicité, Polos, por lo muy versado que me pareciste estar en la retórica, pero, en cambio, has descuidado bastante el arte de conversar. ¿Son éstas, pues, las razones con que un niño me refutaría? Al oírte has destruido con estas razones lo que anticipé de que el injusto no es dichoso. Pero ¿cómo, querido amigo, puesto que no estoy conforme con nada absolutamente de lo que has dicho?

POLOS.- Di que no quieres confesarlo, pero seguramente piensas como yo.

SÓCRATES.- Eres admirable pretendiendo refutarme con argumentos de retórica como los que creen hacer lo mismo ante los tribunales.

Allí, en efecto, se imagina un abogado haber refutado a otro cuando ha presentado un gran número de testigos distinguidos que responden de la veracidad de lo que dice mientras su adversario sólo puede presentar uno o ninguno. Pero esta clase de refutación no sirve de nada para descubrir la verdad, porque algunas veces puede ser condenado un acusado en falso por la declaración de un gran número de testigos que parecen ser de algún peso. Y en el caso presente casi todos los atenienses y los extranjeros serán de tu opinión acerca de las cosas de que hablas, y si quieres alegar testimonios contra mí para probar que la razón no está de mi parte, tendrás como testigos, siempre que quieras, a Nicias, hijo de Niceratos, y a sus hermanos, que han dado los trípodés que se ven en fila en la Dionisión; también tienes, si quieres, a Aistocratos, hijo de Scellias, de quien es esta hermosa ofrenda en el templo de Apolo Fitico; podrás contar también con toda la familia de Pericles y cualquier otra familia de Atenas que juzgues a propósito elegir. Pero soy, aunque solo, de otra opinión, porque no dices nada que me obligue a cambiarla; pero produciendo contra mí una porción de testigos falsos puedes proponerte desposeerme de mis bienes y de la verdad. En cuanto a mí, no creo haber formulado ninguna conclusión que valga la pena acerca del asunto de nuestra disputa, a menos que no te reduzca a que te presentes tú mismo a rendir testimonio de la verdad de lo que digo; y tú creo que nada podrás alegar contra mí a menos que yo, que estoy solo, declare en tu favor y que no asignes importancia al testimonio de los otros. He aquí, pues, dos maneras de refutar: la una la que tú y otros creéis buena, y la otra la que yo, por mi parte, juzgo buena. Comparémoslas juntas y veamos si no difieren en nada. Porque los asuntos sobre los cuales no nos hemos puesto de acuerdo no son de nimias consecuencias; al contrario, casi lo más bello que se debe saber, e ignorarlo lo más vergonzoso que puede ocurrirnos, porque el punto capital al que afluyen es saber o ignorar quién es feliz o desgraciado. Y volviendo al objeto de nuestra disputa, pretendes tú, en primer lugar, que es posible ser feliz siendo injusto y en medio mismo de la injusticia, porque crees que Arquelao, aunque injusto, no por eso deja de ser feliz. ¿No es ésta la idea que debemos tener de tu manera de pensar?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Pues yo sostengo que tal aseveración es imposible. Éste es un primer punto sobre el cual no estamos de acuerdo. Sea. Pero dime: ¿será dichoso el culpable cuando se le haga justicia y se le castigue?

POLOS.- De ninguna manera; al contrario, si estuviera en este caso, sería muy desgraciado.

SÓCRATES.- Por lo que dices, si el culpable escapa a su merecido castigo será feliz, ¿no es cierto?

POLOS.- Ciertísimo.

SÓCRATES.- Pues yo pienso, Polos, que el hombre injusto y criminal es desgraciado de todas maneras, pero aún más si no sufre ningún castigo y sus crímenes permanecen impunes, y que lo es menos si recibe por parte de los hombres y de los dioses el justo castigo de sus perversidades.

POLOS.- Presentas una extraña paradoja, Sócrates.

SÓCRATES.- Voy a intentar, querido Polos, hacerte decir las mismas cosas que yo, porque te considero amigo mío. Éstos son los objetos que nos hacen opinar de distinto modo. Juzga tú mismo. Dije antes qué cometer una injusticia es un mal mayor que sufrirla.

POLOS.- Es verdad.

SÓCRATES.- Y tú, que sufrirla es mayor mal.

POLOS.- Sí, lo digo.

SÓCRATES.- También he dicho que los que obran injustamente son desgraciados, y tú me lo has refutado.

POLOS.- Sí, ¡por Júpiter!

SÓCRATES.- Mejor dicho, te figuras habérmelo refutado.

POLOS.- Y probablemente tengo motivos para creerlo.

SÓCRATES.- Por tu parte juzgas dichosos a los malos cuando no los aflige el castigo de la justicia.

POLOS.- Nadie me lo contradecirá.

SÓCRATES.- Pues yo digo que son muy desgraciados y que los que sufren el merecido castigo lo son menos. ¿Quieres refutarme también esto?

POLOS.- Esta aseveración es aún más difícil de refutar que la precedente, Sócrates.

SÓCRATES.- No lo creas, Polos; pero es una empresa imposible porque nunca se puede refutar lo que es verdad.

POLOS.- ¿Cómo has dicho? ¿Qué? ¿Que un hombre sorprendido al cometer un delito como el aspirar a la tiranía, sometido en seguida a la tortura, a quien le desgarran los miembros, le queman los ojos y después de haber sufrido en su persona tormentos sin medida y de todas clases y haber visto padecer otros tantos a su esposa y sus hijos, y por fin es crucificado y quemado vivo, que este hombre será más dichoso que si escapando a estos suplicios consiguiera ser tirano y pasara toda su vida dueño de la ciudad, haciendo lo que le pluguiera y siendo objeto de la envidia de sus conciudadanos y de los extranjeros y considerado feliz por todo el mundo? ¿Y pretendes que es imposible refutar tales absurdos?

SÓCRATES.- Estás tratando de asustarme con tanta palabrería, buen

Polos, pero no me refutas, y hace un momento llamabas en socorro tuyo a los testigos. Sea lo que quiera, recuérdame una cosa poco importante: ¿has supuesto que este hombre aspirara injustamente a la tiranía?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Siendo así, el uno ni será más dichoso que el otro, ni el que logró apoderarse injustamente de la tiranía, ni el que ha sido castigado, porque no podría ser que de dos desgraciados el uno sea más feliz que el otro. Pero el más desgraciado de los dos es el que se ha escapado y ha llegado a hacerse dueño de la tiranía. ¿Por qué te ríes, Polos? ¿Es acaso un nuevo modo de refutar el reírse de un hombre en sus barbas sin alegar una razón en contra de lo que ha dicho?

POLOS.- ¿No te crees suficientemente refutado, Sócrates, afirmando cosas que ningún otro hombre se atrevería a sostener? Interroga más bien a cualquiera de los que te escuchan.

SÓCRATES.- No cuento en el número de los políticos, Polos, y el año pasado, cuando la suerte me hizo tener que ser senador, y a mi tribu le tocó presidir y tuve necesidad de recoger los sufragios, me puse en ridículo por no saber lo que tenía que hacer. No me hables, pues, de recoger los votos de los asistentes, y si, como te digo, no puedes oponerme argumentos mejores, deja que a mi vez te interrogué y procura ensayar mi manera de interrogar, que me figuro es la buena. Yo no puedo presentar más que un testigo en favor de lo que digo y es precisamente el mismo con quien converso y no hago caso alguno de la multitud. No recojo más sufragio que el suyo; en cuanto a la muchedumbre, ni siquiera le dirijo la palabra. Mira, pues, si puedes tolerar a tu vez que te refute animándote a responder a mis preguntas. Porque estoy convencido de que tú y yo y los demás hombres pensamos todos que cometer una injusticia es un mal mucho mayor que soportarla, como el no ser castigado por sus crímenes más mal que sufrir la pena merecida.

POLOS.- Yo sostengo, en cambio, que no es ésa mi opinión ni la de ningún otro. Tú mismo ¿preferirías ser víctima de una injusticia antes que cometer una?

SÓCRATES.- Sí, y tu también y todo el mundo.

POLOS.- Estás en un error; ni tú, ni yo, ni quienquiera que sea.

SÓCRATES.- ¿Quieres responderme?

POLOS.- Consiento, porque tengo una curiosidad muy grande de saber lo que dirás.

SÓCRATES.- Pues para saberlo, contéstame, Polos, como si empezara a interrogarte por primera vez. ¿Qué mal opinas mayor: cometer una injusticia o ser víctima de ella?

POLOS.- Ser víctima de ella, me parece.

SÓCRATES.- ¿Y qué es más feo: cometer una injusticia o soportarla? Responde.

POLOS.- Cometerla.

SÓCRATES.- Si es más feo, será, pues, un mal mayor.

POLOS.- De ninguna manera.

SÓCRATES.- Comprendo. ¿Tú no crees, a lo que parece, que lo bueno y

lo malo, lo bello y lo feo sean la misma cosa?

POLOS.- Ciertamente que no.

SÓCRATES.- ¿Qué dices de esto? ¿A todas las cosas bellas en cuestión de cuerpos, de colores, de figuras y de profesiones las llamas bellas sin relacionarlas a algo? Empezando por los cuerpos hermosos, cuando dices que son bellos, ¿no es refiriéndoles a su uso, a causa de la utilidad que puede obtenerse de ellos o en vista de cierto placer cuando su aspecto despierta un sentimiento de agrado en el alma de los que los contemplan? Aparte de ésta, ¿hay alguna otra razón que te haga decir que un cuerpo es hermoso?

POLOS.- No conozco ninguna otra.

SÓCRATES.- De igual manera, ¿no llamas bellas a todas las otras cosas, figuras, colores, por el placer o la utilidad que proporcionan o por ambos a la vez?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿No ocurre lo mismo con los sonidos y con todo lo que pertenece a la música?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Igualmente lo que es bello en cuestión de leyes y de géneros de vida, ¿no lo es, sin duda, por más razón que por ser útil o agradable o bien por las dos cosas a la vez?

POLOS.- No me lo parece.

SÓCRATES.- ¿No puede decirse lo mismo refiriéndose a la belleza de las ciencias?

POLOS.- Indudablemente; definir lo bello, Sócrates, como haces, explicándolo por medio de lo útil y de lo agradable, es hermoso.

SÓCRATES.- Lo feo entonces ¿estará bien definido por los dos contrarios: el dolor y lo malo?

POLOS.- Necesariamente.

SÓCRATES.- Si de dos cosas bellas una lo es más que la otra, ¿no lo es porque la aventaja en hermosura o en utilidad o en ambas cosas a la vez?

POLOS.- Sin duda.

SÓCRATES.- Y de dos cosas feas, si una es más fea que la otra será porque causa más dolor o más mal o lo uno y lo otro. ¿No es una necesidad que sea así?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Veamos ahora. ¿Qué decíamos recién referente a la injusticia cometida o sufrida? ¿No dijiste que era peor sufrir la injusticia y más feo cometerla?

POLOS.- Así dije.

SÓCRATES.- Si es más fea la comisión de una injusticia que la desgracia de ser víctima de ella, es o porque es más enojoso y causa más dolor, o por ser un mal mayor, o por lo uno y lo otro a la vez.

¿No es esto también una necesidad?

POLOS.- Lo es, indudablemente.

SÓCRATES.- Examinaremos en primer lugar si es más doloroso cometer una injusticia que tener que sufrirla, y si los que la cometen experimentan más dolor que los que son víctimas de ella,

POLOS.- Aquéllos, no, Sócrates; pero éstos, sí.

SÓCRATES.- La acción de cometer una injusticia no es, pues, tan dolorosa como el sobrellevar ésta.

POLOS.- No.

SÓCRATES.- Si es así, ocurrirá lo mismo con relación al dolor y al mal a su vez.

POLOS.- Parece que así es.

SÓCRATES.- Entonces no nos queda más que referirnos al último de los dos.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Al mal sólo?

POLOS.- Me parece.

SÓCRATES.- Puesto que cometer una injusticia hace inclinarse del lado del mal, es peor que padecerla.

POLOS.- Es evidente.

SÓCRATES.- ¿No reconoce la mayoría de los hombres que es más repugnante, y tú mismo lo has confesado, cometer una injusticia que padecerla?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿No acabamos de ver que también es peor?

POLOS.- Parece que sí.

SÓCRATES.- ¿Preferirías tú lo que es más feo y peor a lo que lo es menos? No te avergüences de contestarme, Polos, porque nada malo te ocurrirá. Pero entrégate generosamente a este discurso, como lo harías a un médico; responde y muéstrate conforme con lo que te pregunto o niégalo.

POLOS.- No lo preferiría.

SÓCRATES.- ¿Crees que habrá alguien en el mundo que lo prefiera?

POLOS.- Después de lo que acabas de decir, me parece que no.

SÓCRATES.- Entonces tuve razón cuando dije que ni yo, ni tú, ni quienquiera que sea, preferirá cometer una injusticia a padecerla, porque es una cosa mala.

POLOS.- Así parece.

SÓCRATES.- ¿Ves ahora, Polos, comparando tu manera de refutar con la mía, que no se asemejan nada? Todos los demás convienen contigo en lo que les propones. A mí me basta tu confesión sola y tu único testimonio; no recojo más sufragio que el tuyo y me ocupo muy poco de lo que piensan los demás. Quedamos, pues, de acuerdo acerca de este punto. Pasemos a examinar el otro, en el cual no conveníamos tú y yo, a saber: si verse castigado por las injusticias cometidas es el mayor mal, como pensabas, o si es un mal aún mayor disfrutar de la impunidad, como yo creo. Procedamos de esta manera. Sufrir el dolor de su injusticia y ser castigado con arreglo a la ley, ¿te parece que es lo mismo?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Podrías negarme que lo que es justo es bello en tanto que es justo? Reflexiona antes de contestarme.

POLOS.- Me parece que es así, Sócrates.

SÓCRATES.- Considera todavía esto. Cuando uno hace una cosa, ¿es preciso que haya un paciente que responda a este agente?

POLOS.- Me figuro que sí.

SÓCRATES.- Lo que el paciente sufre, ¿no es de la misma naturaleza que lo que hace el agente? Mira lo que quiero decir: si alguno pega, ¿no es una necesidad que se haya pegado a una cosa?

POLOS.- Seguramente.

SÓCRATES.- ¿Y si pega de prisa y fuerte que la cosa sea golpeada de la misma manera?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Lo golpeado experimenta, por lo tanto, un efecto de la misma naturaleza que la acción del que golpea.

POLOS.- Indudablemente.

SÓCRATES.- Por consiguiente, si uno quema es preciso que haya alguna cosa que se queme.

POLOS.- No puede ser de otro modo.

SÓCRATES.- ¿Y si se quema mucho y de una manera dolorosa que la cosa quemada lo sea precisamente de la manera que se la quema?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Y lo mismo si una cosa corta porque otra tiene que ser cortada.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Y si el corte es grande o profundo o doloroso, la cosa cortada tiene que ser exactamente de la manera como se la corta.

POLOS.- Así parece.

SÓCRATES.- En una palabra: mira a ver si me concedes respecto a todas las otras cosas lo que acabo de decir: que lo que hace el agente lo sufre el paciente tal como el agente lo hace.

POLOS.- Te lo concedo.

SÓCRATES.- Después de estas condiciones, dime si ser castigado es sufrir u obrar.

POLOS.- Sufrir, necesariamente, Sócrates.

SÓCRATES.- ¿Por parte de algún agente, sin duda?

POLOS.- Del que castiga, naturalmente.

SÓCRATES.- El que castiga con razón, ¿castiga justamente?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Haciendo una obra justa o no?

POLOS.- Haciendo una cosa justa.

SÓCRATES.- El que está castigado, cuando se le castiga, sufre una cosa justa, por lo tanto.

POLOS.- Aparentemente.

SÓCRATES.- ¿No habíamos convenido en que todo lo justo es bello?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Lo que hace la persona que castiga y lo que sufre la persona castigada es, pues, bello.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Pero lo que es bello es al mismo tiempo bueno porque es agradable y útil.

POLOS.- Necesariamente.

SÓCRATES.- Por esto lo que sufre el castigado es bueno.

POLOS.- Parece que sí.

SÓCRATES.- De ello deduce, por consiguiente, alguna utilidad.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Es esta utilidad la que concibo, quiero decir, la de que mejora su alma, si es cierto que está castigado con razón?

POLOS.- Así parece.

SÓCRATES.- Así es que el castigado se ve libre de la maldad que hay en su alma.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿No se ve así libre del mayor de los males? Considera la cosa desde este punto de vista. ¿Conoces, relacionado con la adquisición de riquezas, además de la pobreza, algún otro mal para el hombre?

POLOS.- No; no conozco más que éste.

SÓCRATES.- Y refiriéndonos a la constitución del cuerpo, ¿no llamas males a la debilidad, a las enfermedades, a la fealdad y a otras cosas más?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Piensas, sin duda, que el alma también tiene sus males?

POLOS.- ¿Quién puede dudarlo?

SÓCRATES.- ¿No serán lo que llamas injusticia, ignorancia, cobardía y otros defectos parecidos?

POLOS.- Ciertamente.

SÓCRATES.- Con estas tres cosas, pues, las riquezas, el cuerpo y el alma, se relacionan, según tú, tres males: la pobreza, la enfermedad y la injusticia.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Cuál de estos tres males es el más feo? ¿No es la injusticia, que bien podemos calificar de vicio del alma?

POLOS.- Sin comparación.

SÓCRATES.- Si es el más feo, ¿no es también el peor?

POLOS.- ¿Cómo lo entiendes, Sócrates?

SÓCRATES.- Helo aquí. Como consecuencia de nuestras confesiones anteriores, lo más feo lo es siempre porque es causa del mayor dolor o del mayor perjuicio o de uno y otro al mismo tiempo.

POLOS.- Es verdad.

SÓCRATES.- Pero ¿no acabamos de reconocer que la injusticia y todos los vicios del alma son los más feos que hay?

POLOS.- En efecto: lo hemos reconocido.

SÓCRATES.- Lo son porque no hay nada más doloroso o nada más perjudicial o por ambas cosas.

POLOS.- Necesariamente.

SÓCRATES.- Entonces ¿es más doloroso ser injusto, intemperante, cobarde e ignorante que ser un indigente o un enfermo?

POLOS.- Tomando las cosas así, me parece que no.

SÓCRATES.- Los vicios del alma no son, pues, lo más feo sino porque aventajan de una manera extraordinaria a los otros en el mal y perjuicio que causan, que superan a cuanto pudiera decirse, puesto que has confesado que no son debidos al dolor.

POLOS.- Así parece.

SÓCRATES.- Pero lo que se distingue por el exceso de daño que causa es el mayor de los males.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- La injusticia, la intemperancia y los otros vicios del alma son, de todos los males, los mayores.

POLOS.- Parece que sí.

SÓCRATES.- ¿Qué arte nos libra de la pobreza? ¿No es la economía?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Y de la enfermedad, ¿no es la medicina?

POLOS.- Naturalmente.

SÓCRATES.- ¡Y de la maldad y de la injusticia? Si no me comprendes de esta manera, veamos de esta otra. ¿Adónde y a casa de quién llevamos a aquellos cuyo cuerpo está enfermo?

POLOS.- A casa de los médicos.

SÓCRATES.- ¿Y adónde a los que se entregan a la injusticia y al libertinaje?

POLOS.- Parece que quieres decir que a casa de los jueces.

SÓCRATES.- Para que los castigue, ¿verdad?

POLOS.- Indudablemente.

SÓCRATES.- Los que castigan con razón, ¿no siguen en eso las reglas de cierta justicia?

POLOS.- Es evidente que sí.

SÓCRATES.- Así es que la economía precave de la indigencia, la medicina libra de la enfermedad y la justicia de la intemperancia y de la injusticia.

POLOS.- Así creo.

SÓCRATES.- Pero de estas tres cosas de que hablas, ¿cuál crees, Polos, que es la más bella?

POLOS.- ¿De qué tres cosas?

SÓCRATES.- De la economía, de la medicina y de la justicia.

POLOS.- La justicia las aventaja en mucho, Sócrates.

SÓCRATES.- Puesto que es la más bella, es, pues la que procura el mayor placer o la mayor utilidad, o lo uno y lo otro.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿Tener que entregarse en mano de los médicos es agradable? Y el tratamiento que se impone a los enfermos, ¿les causa placer?

POLOS.- No lo creo.

SÓCRATES.- ¿Pero es una cosa útil?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Porque libra de un gran mal; así, pues, es ventajoso sufrir el dolor para recuperar la salud.

POLOS.- Sin ningún género de dudas.

SÓCRATES.- Pensando sólo en el cuerpo, quién es más dichoso, ¿el hombre que está en manos de los médicos o el que no ha estado enfermo?

POLOS.- Evidentemente, el segundo.

SÓCRATES.- En efecto; la felicidad no consiste, parece, en verse aliviado de un mal, sino en no estar sujeto a él.

POLOS.- Es verdad.

SÓCRATES.- Y de dos enfermos, lo mismo da que lo sean del cuerpo que del alma, ¿quién es el más desgraciado el bien asistido y curado

de su mal, o aquel que no está cuidado y no se cura?

POLOS.- Me parece que el que no recibe cuidados.

SÓCRATES.- Hemos dicho que el castigo procura la liberación del mayor de los males, que es la maldad.

POLOS.- Sí, convinimos en ello.

SÓCRATES.- Porque el castigo vuelve sensato, obliga a ser más justo y es la medicina del alma.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- El más feliz, por consiguiente, es quien no tiene maldad alguna en el alma, porque hemos visto que este mal es el mayor de los males.

POLOS.- Es evidente.

SÓCRATES.- Y después de él quien se ve libertado del mal.

POLOS.- Me parece que sí.

SÓCRATES.- Que es quien ha sido advertido, amonestado y ha sufrido el castigo.

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Pero quien vive más desgraciado es el que comete injusticias y no se ve libre de ellas.

POLOS.- Todo hace creer que sí.

SÓCRATES.- ¿No es este hombre el que habiéndose hecho culpable de los mayores delitos y permitiéndose las mayores injusticias consigue ponerse a cubierto de las amonestaciones, de las correcciones y de los castigos? Tal es, como dijiste, la situación de Arquelao y de los otros tiranos, de los oradores y de todos los que gozan de un gran poder.

POLOS.- Parece que sí.

SÓCRATES.- Y verdaderamente, mi querido Polos, todas esas gentes han hecho casi lo mismo que el que estando atacado de las enfermedades más graves encontrara el medio de no tener que someterse al tratamiento que los médicos le prescribieran contra los vicios de su cuerpo obligándole a ciertos remedios, por miedo, como si fuera un niño, de que le cauterizaran o cortaran, porque es doloroso. ¿No te parece que la cosa es así?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- El principio a que tal conducta obedecería sería indudablemente la ignorancia de las ventajas de la salud y de la buena constitución del cuerpo. Parece, después de nuestras anteriores convicciones, que los que huyen de su castigo, mi querido Polos, se conducen de la misma manera. Ven lo que su modo de proceder tiene de doloroso, pero están ciegos para su utilidad; ignoran que es más de lamentar vivir con un alma que no está sana sino corrompida, injusta e impía, que con un cuerpo enfermo. Por esto no perdonan medio de escapar al castigo y no verse liberados del mayor de los males. Pensando así, acaparan riquezas, buscan amigos y se aplican a adquirir el talento de la palabra y de la persuasión. Pero si las cosas en que hemos convenido son verdaderas, Polos, ¿ves lo que resulta de este discurso o prefieres que juntos saquemos las conclusiones?

POLOS.- Consiento, a menos que seas de otra opinión.

SÓCRATES.- ¿No se deduce de esto que la injusticia es el mayor de los males?

POLOS.- Al menos me lo parece.

SÓCRATES.- ¿No hemos visto que el castigo procura la liberación de ese mal?

POLOS.- Parece verosímil.

SÓCRATES.- ¿Y que la impunidad lo fomenta?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- Cometer la injusticia no es en magnitud más que el segundo mal, pero cometerla y no ser castigado es lo primero y el mayor de todos los males.

POLOS.- También me lo parece.

SÓCRATES.- ¿No es éste, querido amigo, el punto en que no estábamos de acuerdo? Tú considerabas dichoso a Arquelao porque, habiéndose hecho culpable de los mayores crímenes, no sufría el menor castigo, y yo sostenía, al contrario, que Arquelao, como cualquier otro que no sufra la pena que merece por las injusticias que ha cometido, debe ser considerado infinitamente más desgraciado que cualquier otro; que el autor de una injusticia es siempre más desgraciado que aquel sobre quien ésta recae, y que el malvado que permanece impune lo es también más que aquel a quien se castiga. ¿No fue esto lo que dije?

POLOS.- Sí.

SÓCRATES.- ¿No te he demostrado que quien tenía razón era yo?

POLOS.- Me parece que sí.

SÓCRATES.- Bueno. Pero si esto es verdad, ¿cuál es la utilidad de la retórica, Polos? Porque una consecuencia de nuestra convicción es que ante todo debemos guardarnos de todo hecho injusto, por ser un mal por sí mismo. ¿Verdad?

POLOS.- Ciertamente.

SÓCRATES.- Y que si uno mismo o cualquier persona por la que se interesa ha cometido una injusticia, tiene que apersonarse en el sitio donde reciba lo más pronto posible el conveniente correctivo y apresurarse a buscar al juez como acudiría al médico, por miedo de que la enfermedad de la injusticia, permaneciendo en su alma, no engendre una corrupción secreta que la haga incurable. ¿Podremos decir otra cosa si subsisten nuestras primeras convicciones? ¿No es una necesidad que lo que digamos esté de acuerdo con lo que antes establecimos y con nada más?

POLOS.- ¿Cómo sería posible hablar de otra manera, Sócrates?

SÓCRATES.- La retórica, Polos, no nos puede, pues, servir en ningún caso para defender nuestra causa en caso de una injusticia ni tampoco la de nuestros hijos, parientes y amigos, ni aun la de nuestra patria; ¿para qué servirá entonces sino para acusarse uno mismo antes de que cualquiera le acuse y lo mismo a sus parientes e íntimos en cuanto se hagan culpables de una injusticia y a no tener secreto el delito, sino a exponerlo en pleno día, a fin de que el delincuente sea castigado y que recupere la salud? En este caso será necesario hacerse violencia lo mismo que a los otros para sobreponerse a todo temor y ofrecerse cerrando los ojos, pero

animosos, como se ofrece uno al médico para sufrir las incisiones y las quemaduras, consagrándose a la consecución de lo bueno y honrado sin tener para nada en cuenta el dolor; de manera que si la falta cometida merece latigazos se presente uno a recibirlos; si los hierros, tendiendo las manos a las cadenas; si una multa, pagándola; si el ostracismo, condenándose a él, y si la muerte, sufriendola; que sea uno el primero en deponer contra sí mismo y los suyos; que no se guarde y que para esto ponga en juego toda la retórica a fin de que por la confesión de sus crímenes llegue a verse libre del peor de los males, que es la injusticia. ¿Acordaremos esto, Polos, o lo negaremos?

POLOS.- Extraño me parece en verdad, Sócrates, pero quizá es una consecuencia de lo que antes hemos dicho.

SÓCRATES.- Entonces tenemos que desdecirnos de nuestros anteriores discursos o reconocer que esto resulta necesariamente.

POLOS.- Sí; así es.

SÓCRATES.- Y procederemos del modo contrario cuando se trate de hacer daño a cualquiera, sea un enemigo o sea a quienquiera. Uno mismo no debe exponerse a malos tratos de la parte de sus enemigos y ha de procurar garantizarse de ellos. Pero si éstos cometen una injusticia contra otro, es preciso esforzarse por todas las maneras de obra y de palabra para sustraerle al castigo e impedir su comparecencia ante los jueces; pero si compareciera, hacer todo lo posible para que se escape y no sea castigado; de manera que si ha defraudado una gran suma de dinero no la devuelva, se la guarde y la emplee en gastos impíos e injustos suyos y de sus amigos; si su crimen merece la muerte, que no la sufra, y si puede, que no muera nunca, y que, continuando siendo un malvado, sea inmortal; si no, que viva en el crimen el mayor tiempo posible. He aquí, Polos, para qué creo que es útil la retórica, porque para quien no está en el caso de cometer ninguna injusticia no veo pueda ser le de gran utilidad, si es que le es de alguna, porque, como hemos visto antes, no sirve para nada.

CALLICLES.- Dime, Chairefon, ¿habla en serio Sócrates o bromea?

CHAIREFON.- Me parece, Calicles, que habla muy seriamente, pero podemos preguntárselo.

CALLICLES.- ¡Por todos los dioses! Tienes razón, y es lo que tengo ganas de hacer. Sócrates, dime: ¿nos hablas en serio o en broma? Porque si hablas en serio y lo que dices es en serio y es verdad, la vida que llevamos entre nosotros sería completamente equivocada y haríamos en todo lo contrario, parece, de lo que deberíamos.

SÓCRATES.- Si los hombres, Calicles, en vez de estar sujetos a las mismas pasiones, unos de una manera y otros de otra, tuvieran cada uno su pasión particular diferente de las de los otros, no sería empresa fácil hacer conocer a los demás lo que uno mismo experimenta. Hablo así porque sé que tú y yo nos hallamos en una misma situación, porque ambos amamos dos cosas: yo a Alcibíades, hijo de Clinias, y a la filosofía, y tú al pueblo de Atenas y al hijo de Pirilampes⁶⁷. He observado todos los días que, a pesar de lo elocuente que eres, cuando los objetos de tu amor opinan de distinto

modo que tú, y cualquiera que sea su manera de pensar, no te sientes con fuerzas para contradecirlos y que pasas de lo blanco a lo negro si les place. En efecto, cuando hablas a una reunión de atenienses, si sostienen que las cosas no son tal como dices, cambias en seguida de parecer para conformarte con sus opiniones. Lo mismo te sucede con el hermoso mancebo, hijo de Pírilampes. No sabrías resistirte a su voluntad ni a sus discursos, de manera que si alguno, testigo del lenguaje que mantienes diariamente por complacerlos, se extrañara y lo encontrase absurdo, le responderías probablemente, si quisieras decir la verdad, que mientras tus dos amores no cesen de hablar como hablan, tú no dejarás de hablar como hablas. Figúrate que oyes de mis labios la misma contestación y no te extrañes de los discursos que pronuncio, pero comprometo a la filosofía, mis amores, a no hablar del mismo modo, porque ella, querido amigo, sostiene siempre lo que acabas de oír, y me da mucho menos que hacer que el otro objeto de mis amores. El hijo de Clinias habla unas veces y otras de muy distinta manera, pero la filosofía mantiene siempre el mismo lenguaje. Lo que ahora te parece tan extraño es de ella; estabas presente cuando se dijo. Así, pues, o refutas lo que por boca mía dijo hace muy poco o pruébale que cometer la injusticia y vivir en la impunidad después de haberla cometido no es colmo de todos los males, o si dejas subsistir esta verdad en toda su fuerza, te juro, Calicles, por el perro 68, dios de los egipcios, que Calicles nunca estará de acuerdo consigo mismo y toda su vida será una perpetua contradicción. Y yo, al menos, amigo mío, soy de opinión que para mí valdría mucho más que mi lira estuviera mal montada y desafinada, y que la mayoría, lejos de estar acordes conmigo, me contradijeran que yo no estuviera de acuerdo conmigo mismo y tuviera que contradecirme.

CALLICLES.- Me parece, Sócrates, que triunfas con tus discursos al igual que un orador popular. Toda tu declamación se basa en el hecho de haber ocurrido a Polos lo mismo que él ha pretendido haberle sucedido a Gorgias respecto de ti. Ha dicho, en efecto, que cuando preguntaste a Gorgias, en la suposición de que fueran a su casa a aprender la retórica y no tuvieran ningún conocimiento de lo que concierne a la justicia, si él les daría lecciones, que Gorgias se avergonzó de contestarte conforme a la verdad, y dijo que la enseñaría a causa del hábito establecido entre los hombres, que encontrarían mal una respuesta contraria; que esta confesión había hecho caer a Gorgias en contradicción, lo que te había satisfecho; en una palabra, que me parece que en esta ocasión se ha burlado Polos de ti con razón. Pero he aquí que ahora se encuentra en el mismo caso que Gorgias. Te confieso, amigo mío, que no me satisface nada que Polos te conceda que es peor o más feo cometer una injusticia que padecerla, porque esta confesión es la que le ha confundido en la disputa y ha permitido le cierras la boca, porque ha tenido vergüenza de decir su pensamiento. En efecto, Sócrates, so pretexto de buscar la verdad, como dices, haces a los que conversan contigo preguntas propias de un declamador y que tienen por objeto lo que es bello no por la naturaleza, sino según la ley; pero en la

mayor parte de las cosas la naturaleza y la ley están en oposición, de manera que si por vergüenza no se atreve uno a decir lo que piensa, estará por fuerza obligado a contradecirse. Tú te diste cuenta de esta sutil distinción y te aprovechas de ella para tender lazos en la controversia. Si alguno te habla de lo que se refiere a la ley le preguntas acerca de lo que atañe a la naturaleza, y si te habla de lo que está en el orden de la naturaleza, le interrogas acerca de lo que está en el orden de la ley. Esto es lo que acabas de hacer al referirte a la injusticia cometida y a la sufrida cuando Polos habló de lo legalmente más feo; tú, por el contrario, te atuviste a lo legal como si fuera lo natural. Según la naturaleza, todo lo peor es también lo más feo; por consiguiente, sufrir una injusticia es una cosa muy fea, pero, según la ley, más feo es aún el cometerla. Y, en efecto, sucumbir a la injusticia de otro no es propio de un hombre, sino de un vil esclavo, para quien vale más morir que vivir cuando sufriendo injusticias y ofensas no se está en estado de defenderse uno mismo ni tampoco defender a quienes le son caros. Pero pienso en que los que escriben las leyes son los débiles y la gran masa, y teniendo sólo en cuenta lo que les puede interesar determinan lo que ha de ser digno de loa y lo que ha de merecer ser prohibido. Para amedrentar a los más fuertes, que podrían ir más allá de los otros e impedirselo, dicen que es feo e injusto aventajar en algo a los demás, y que trabajar por hacerse más poderoso es hacerse culpables de injusticia, porque siendo los más débiles se consideran demasiado felices de que todos sean iguales, ya que ellos son los peores. Tal es la razón por la cual en el orden de la ley es injusto y feo el querer aspirar a más que la mayoría, y por esto se le ha dado el nombre de injusticia.

Pero me parece que la naturaleza demuestra que no es justo que el que valga más tenga menos que otro que no valga lo que él y el más fuerte menos que el más débil y prueba en mil ocasiones que debe ser así tanto en lo que concierne a los animales como a los mismos hombres, entre los cuales vemos Estados y naciones enteras donde la regla de lo justo es que el más fuerte se imponga al más débil y esté más beneficiado que él. ¿Con qué derecho hizo Xerxes la guerra a Grecia y su padre a los escitas? Y como éstos podría citar infinidad de otros ejemplos. En esta clase de empresas se trata, me figuro, de obrar según la naturaleza, y, ¡por Júpiter!, también según las mismas leyes de ella, aunque no ciertamente quizá según las leyes que los hombres han establecido. Desde la juventud nos ganamos y nos llevamos a los mejores y más fuertes de entre nosotros; los formamos y los domamos, como se doma a los cachorros del león, por medio de discursos repletos de encantos y prestigios, haciéndoles saber que es preciso subordinarse a la legalidad y que en esto consiste lo bello y lo justo. Pero me imagino que si surgiere un hombre dotado de excelsas cualidades que sacudiendo y rompiendo todas estas trabas encontrara el medio de desembarazarse de ellas y que pisoteando vuestros escritos, vuestros prestigios, vuestras discusiones y leyes antinaturales y aspirando a elevarse sobre todo se convirtiera de esclavo en vuestro señor, entonces se

vería brillar la justicia tal como es, manifestando sus derechos. Píndaro, me parece, apoya estos sentimientos en una sola oda, en que dice «que la ley es la reina de los mortales y de los inmortales; ella misma -añade- lleva consigo la fuerza que su mano poderosa convierte en legítima. Juzgo de ello por los trabajos de Hércules, que sin haberlos comprado...» Éstas son, poco más o menos, las palabras de Píndaro, porque no sé de memoria la oda. Pero su sentido es que Hércules se llevó a los bueyes de Gerión sin haberlos comprado y sin que se los hubiese dado, dejando comprender que su acción era justa según la naturaleza y que los bueyes y todos los demás bienes de los débiles e insignificantes pertenecen de derecho al más fuerte y al mejor. La verdad es, pues, tal como te la digo: tú mismo la reconocerás si, dando de lado a la filosofía, te dedicas a asuntos más elevados. Te confieso, Sócrates, que la filosofía es algo muy divertido cuando en la juventud se la estudia con moderación, pero si se prolonga su estudio más tiempo del preciso se convierte en una plaga de la humanidad. Porque por grandes que sean las dotes con que la naturaleza haya adornado al hombre, si éste en una edad ya adelantada continúa filosofando tiene por fuerza que carecer de la experiencia de todo lo que no debe ignorar el hombre que quiera ser una persona bienquista y distinguida. Porque no sólo son inexpertos en las leyes del Estado, sino también en la manera acertada de tratar a los hombres en las relaciones públicas o particulares que con ellos se tienen, sino además carecen de toda experiencia de los placeres y pasiones humanas, y, en una palabra, de idea alguna de lo que es la vida. Por esto incurren en el ridículo cuando tienen que hacerse cargo de cualquier asunto doméstico o civil, como les ocurre a los políticos cuando concurren a vuestras asambleas y controversias. Porque nada hay tan cierto como estas palabras de Eurípides: «Cada uno se consagra con placer a las cosas para las cuales muestra más talento, a las que dedica la mayor parte del día en su afán de superarse a sí mismo». En cambio, se huye de aquellas en las que uno no descuella, y se habla con desprecio de ellas, mientras por amor propio se ponderan las primeras, creyendo de este modo elogiarse a sí mismo. Pero lo mejor, a mi modo de ver, es tener algunos conocimientos de las unas y de las otras. Conviene tener un barniz de filosofía, el que se necesite para el cultivo del espíritu, y no me parece vergonzoso que un joven filosofe. Pero seguir filosofando en la edad viril me parece ridículo, Sócrates. Los que se consagran a la filosofía me hacen la misma impresión que los niños que todavía no hablan bien y no piensan más que en jugar. Cuando veo a un niño todavía en edad de no hablar que bromea balbuciendo, me place y le encuentro gracioso y propio de sus pocos años, pero si le oigo articular las palabras con precisión, me extraño, me lastima el oído y me parece presentir al esclavo. Mas si es un hombre el que oigo balbucir y veo jugar, la cosa me parece ridícula, indecente en esa edad y merecedora de unos latigazos. Ésta es mi manera de pensar acerca de los que se ocupan de la filosofía. Un joven entregado a ella me complace y le encuentro muy en su lugar, y juzgo que tiene nobleza de

sentimientos; si la desdén, me parece un alma baja que jamás se creará capaz de una bella y generosa acción. Mas cuando veo a un anciano filosofando todavía y que no ha renunciado a este estudio, le considero merecedor de ser castigado con el látigo, Sócrates. Como dije hace un momento, por bellas dotes naturales que tenga este hombre, no puede por menos de degradarse al evitar los lugares frecuentados de la ciudad y las plazas públicas, donde los hombres, según el poeta⁶⁹, adquieren la celebridad, y escondiéndose, como hace, pasa el resto de sus días charlando en un rincón con tres o cuatro niños sin que nunca salga de su boca un discurso noble y grande que valga la pena de ser conocido. Sócrates, pienso bien de ti y soy uno de tus amigos; en este momento me parece que respecto de ti me animan los mismos sentimientos que a Zethos le animaron respecto a Anfión de Eurípides, de quien ya he hecho mención, porque me está viniendo el pensamiento de dirigirte un discurso parecido al que Zethos dirigió a su hermano. Descuidas, Sócrates, lo que debería ser tu principal ocupación y desfigurás por tus procederés infantiles un espíritu de tan espléndida naturaleza como el tuyo, tanto, que no sabrías proponer una determinación en las deliberaciones de asuntos de justicia, ni lo hay de plausible y probable en una empresa, ni sugerir a los otros un consejo generoso. Sin embargo, mi querido Sócrates -y no te ofendas por lo que te voy a decir, porque son la simpatía y el afecto los que me lo dictan- , ¿no te parece vergonzoso estar en el estado en que estoy persuadido te hallas, lo mismo que los otros que pasan sus días en marchar incesantemente en la carrera filosófica? Si cualquiera te echara la mano encima, y lo mismo que digo de ti puedo decirlo de los que se te asemejan, y te condujera a la cárcel sosteniendo que le habías causado un perjuicio, aunque no le hayas hecho nada, te quedarías con la boca abierta, la cabeza te daría vueltas y te verías sumamente apurado sin saber qué hacer ni decir. Y cuando comparecieras ante los jueces, por vil y despreciable que fuere tu acusador, serías condenado a muerte si le pluguiera hacerte condenar a tal pena. ¿Qué estima puede, pues, tenerse, querido Sócrates, a un arte que empeora a los que, dotados de las mejores cualidades, se aplican a él, los incapacita para defenderse a sí mismos y para salvar de los mayores peligros no sólo a su propia persona, sino a ninguna otra; que los expone a verse desposeídos de todos sus bienes por sus enemigos y a arrastrar en su patria una vida sin honor? La cosa es poco fuerte para dicha, pero, en fin, se puede abofetear impunemente a un hombre de este carácter. Créeme, pues, querido amigo, deja tus argumentos, cultiva lo bello, ejercítate en lo que te dará la reputación de hombre hábil y abandona a otros estas vanas sutilidades que sólo tratan de extravagancias o puerilidades y que terminarán por reducirte a la miseria; propónte por modelos no a esos que disputan con estas frivolidades, sino a las personas que han conquistado fama y riquezas y que gozan de las otras ventajas de la vida.

SÓCRATES.- Si mi alma fuese de oro, ¿no crees, Callicles, que sería para mí motivo de gran alegría encontrar una excelente piedra de

toque de las que sirven para probar el oro, de manera que acercándola a mi alma, si me diera testimonio favorable, reconociera yo sin ningún género de duda que estoy en buen estado y que no tengo necesidad de ninguna prueba más?

CALLICLES.- ¿A propósito de qué me preguntas esto, Sócrates?

SÓCRATES.- Voy a decírtelo: creo haber tenido contigo un feliz encuentro.

CALLICLES.- ¿Por qué?

SÓCRATES.- Estoy muy seguro de que si te manifiestas de acuerdo conmigo en las opiniones que tengo en el alma es porque estas opiniones son verdad. Observo, en efecto, que para saber si un alma está bien o mal es preciso poseer tres cualidades que tú reúnes: la ciencia, la bondad y la franqueza. Encuentro mucha gente que no es capaz de sondarme porque no es sabia como tú. Otros hay que son sabios, pero como no se interesan por mí como tú, no quieren decirme la verdad. Estos dos extranjeros, Gorgias y Polos, son hábiles los dos, y mis amigos, pero les falta un poco de franqueza y son más circunspectos de lo que les conviene ser. ¿Cómo no han de serlo, puesto que por una vergüenza perjudicial han llevado su timidez hasta el extremo de contradecirse mutuamente ante tantas personas y tratándose de objetos de la mayor importancia? En cuanto a ti, te digo que empiezas por tener todo lo que tienen los otros, porque eres sumamente hábil, como convendrá la mayor parte de los atenienses, y además me miras bondadosamente. Mira por lo que juzgo. Sé, Callicles, que sois cuatro los que habéis estudiado juntos la filosofía: tú, Tisandros de Efidna, Andron, hijo de Androtion, y Nansikides de Chalargos. Un día os oí deliberar acerca de a qué extremo se debía llevar el cultivo de la sabiduría y sé qué opinión fue la que se impuso: que no se debía aspirar a ser filósofo consumado y que os advertiríais mutuamente de tener cuidado de que por filosofar más de lo conveniente no os perjudicáis sin saberlo. Hoy que te oigo darme el mismo consejo que a tus más íntimos amigos me das con ello una prueba decisiva del afecto que me tienes. De que tienes además lo que es necesario para hablarme con toda libertad y no disimularme nada por vergüenza lo has dicho tú mismo, y el discurso que acabas de dirigirme testimonia también de ello. Una vez las cosas así, es evidente que lo que me concedas en esta discusión acerca del asunto que nos separa habrá pasado por una prueba suficiente de tu parte y de la mía, y que no será necesario someterlo a un nuevo examen. Porque tú no me lo habrás dejado pasar por falta de luces ni por exceso de vergüenza y tampoco confesarás nada por deseo de engañarme, siendo, como dices, mi amigo. Así será el resultado de tus opiniones y las mías la plena y entera verdad. De todas las consideraciones, Callicles, la más bella sin duda es la que concierne a los objetos acerca de los cuales me has dado una lección: qué se debe ser, a qué debe uno dedicarse con preferencia y hasta qué punto, sea en la ancianidad o en la juventud. En cuanto a mí, si el género de vida que llevo es reprehensible desde ciertos puntos de vista, estate persuadido de que la falta no es voluntaria de mi parte y que de ella sólo tiene la culpa la ignorancia. No

renuncies, pues, a hacerme observaciones como tan bien empezaste; pero explícame a fondo qué profesión es a la que debo dedicarme y cómo tengo que componérmelas para ejercerla, y si después de que la cosa esté decidida entre los dos, si descubres más tarde que no me atengo fielmente a lo convenido, tenme por un hombre sin corazón y prívame en lo sucesivo de tus consejos, como absolutamente indigno de ellos. Exponme, pues, de nuevo, te lo ruego, lo que Píndaro y tú entendéis por lo justo; has dicho tú que, consultando a la naturaleza, el más poderoso tiene derecho de apropiarse lo que pertenece al más débil, el mejor a mandar al que lo es menos y el que vale más a tener más que el que vale menos. ¿Tienes alguna otra idea de lo justo o mi memoria me es infiel?

CALLICLES.- Lo que dije entonces es lo que sigo diciendo.

SÓCRATES.- ¿Piensas en lo mismo cuando dices que uno es mejor y cuando dices que uno es más poderoso? Porque te confieso que no he podido comprender lo que querías decir ni si por los más poderosos entendías los más fuertes y si es preciso que los más débiles estén sometidos a los más fuertes, como parece lo insinuaste al decir que los grandes Estados atacan a los pequeños en virtud del derecho natural porque son más poderosos y más fuertes, lo que hace suponer que más poderosos, más fuertes y mejor son la misma cosa. ¿O se puede ser mejor y al propio tiempo mas pequeño y más débil, más poderoso y también peor? ¿O el mejor y el más poderoso están comprendidos en la misma definición? Hazme ver claramente si más poderoso, mejor y más fuerte expresan la misma idea o ideas diferentes.

CALLICLES.- Te declaro que estas palabras expresan, en efecto, la misma idea.

SÓCRATES.- En el orden de la naturaleza, ¿es la multitud más poderosa que uno solo, puesto que, como dijiste hace un instante, es la que formula las leyes contra el individuo?

CALLICLES.- Nadie puede dudarlo.

SÓCRATES.- Las leyes de la mayoría son, pues, las de los más poderosos.

CALLICLES.- Seguramente.

SÓCRATES.- Y, por consiguiente, de los mejores, puesto que, según tú, los más poderosos son también con mucho los mejores.

CALLICLES.- Sí.

SÓCRATES.- Sus leyes son, pues, bellas según la naturaleza, puesto que son las de los más poderosos.

CALLICLES.- Lo reconozco.

SÓCRATES.- Pero ¿no piensa la mayoría en que la justicia consiste en la igualdad, como hace un momento decías, y que es más feo cometer una injusticia que padecerla? ¿Es cierto o no? Y, por favor, ten cuidado de no avergonzarte ahora. ¿Piensa la mayoría, o no, en que es justo tener tanto y no más que los otros y que cometer una injusticia es algo más feo que ser víctima de ella? No te niegues a contestarme a esto, Callicles, a fin de que, si convienes en ello, me afirmes en mi parecer viéndolo apoyado por el sufragio de un hombre tan capacitado para juzgar.

CALLICLES.- Pues bien, sí; el gran número está persuadido de ello.

SÓCRATES.- Entonces no es solamente según la ley, sino también según la naturaleza, que es más feo cometer una injusticia que sufrirla y que la justicia consiste en la igualdad. De manera que parece que no dijiste la verdad hace un momento y que me acusaste sin razón al sostener que la naturaleza y la ley están en contradicción, que yo lo sabía de sobra y que me servía de este conocimiento para tender lazos en mis discursos, haciendo recaer la discusión sobre la ley cuando se hablaba de la naturaleza y sobre la naturaleza cuando se hablaba de la ley.

CALLICLES.- ¡Este hombre no va a cesar de decir vaciedades! Sócrates, contéstame: ¿no te avergüenzas a tus años de estar a la caza de palabras y considerar que has ganado tu causa cuando uno se equivoca en una palabra? ¿Te figuras que por los más poderosos entiendo algo distinto de los mejores? ¿No te he dicho hace ya tiempo que para mí tienen la misma acepción estos términos de mejor y más poderoso? ¿Te imaginas acaso en que pienso que se deben considerar como leyes los acuerdos que se hayan tomado en una asamblea compuesta de una masa de esclavos y de gentes de todas clases cuyo único mérito no es quizá más que su fuerza física?

SÓCRATES.- Perfectamente, sapientísimo Calicles. ¿Es así como lo entiendes?

CALLICLES.- Sin duda.

SÓCRATES.- Me figuraba hace ya bastante tiempo, querido amigo, que tomabas las palabras «más poderoso» en este sentido y si te he interrogado ha sido porque tenía ganas de conocer mejor tu pensamiento. Porque tú no crees que dos son mejores que uno ni que tus esclavos mejores que tú porque son más fuertes. Dime, pues, de nuevo quiénes son los que llamas mejores, puesto que no son los más fuertes, y, por favor, sé menos áspero conmigo a fin de que no huya de tu escuela.

CALLICLES.- ¡Ya vuelves a burlarte de mí!

SÓCRATES.- ¡No, Calicles, no, por Zethos!, de cuyo nombre te serviste hace poco para burlarte bastante de mí. Vamos, dime quiénes son los que llamas mejores.

CALLICLES.- Los que valen más.

SÓCRATES.- ¿Ves como no me dices más que palabras y que no me explicas nada? ¿No vas a decirme si por los mejores y más poderosos entiendes los más sabios u otros parecidos?

CALLICLES.- ¡Sí, por Júpiter!, a ellos me refiero muy especialmente.

SÓCRATES.- Así, pues, a menudo es mejor un sabio por lo que dices que diez mil que no lo son, y a él corresponderá mandar y a los otros obedecer, y en calidad de dominador deberá tener más que sus súbditos. Me parece que es esto lo que quieres decir, si es verdad que uno solo es mejor que diez mil, y conste que no voy a caza de palabras.

CALLICLES.- Es precisamente lo que digo: que, según la ley natural, es muy justo que el mejor y más sabio mande y tenga mejor parte que los que carecen de méritos.

SÓCRATES.- Manténte, pues, en esto. ¿Y qué vas a contestar a lo que te voy a preguntar? Si varios estuviéramos reunidos en un mismo sitio como estamos aquí y hubiéramos aportado para una comida para todos diferentes manjares y bebidas, y que nuestra asamblea se compusiera de gentes, fuertes unas y débiles otras, y que uno de nosotros, por su calidad de médico, supiese más que nosotros en lo referente al uso de esos alimentos, y que por añadidura fuera, como es muy verosímil, más fuerte que unos y más débil que otros, ¿no es cierto que este hombre, sabiendo más que nosotros, será también el mejor y más poderoso en lo referente a estas cosas?

CALLICLES.- Indudablemente.

SÓCRATES.- Por ser mejor, ¿será preciso que tenga una parte mayor de alimentos que los otros? ¿O más bien en su calidad de jefe estar encargado de la distribución de todo? Pero en cuanto a disfrutar de los alimentos teniendo en cuenta su cuerpo, no aspiraría a tener más que los demás, porque podría hacerle daño, sino a más que unos y a menos que otros; pero si por casualidad fuera el más débil, menos que todos, Calicles, no obstante ser el mejor. ¿No te parece, mi buen amigo?

CALLICLES.- Me estás hablando de comidas, de bebidas, de médicos y de otras tonterías análogas. No es eso lo que quiero decir.

SÓCRATES.- ¿No has reconocido que el más sabio es el mejor? Confiésalo o niégalo.

CALLICLES.- Lo reconozco.

SÓCRATES.- ¿Y que el más sabio tiene que percibir mayor parte?

CALLICLES.- Sí, pero no en cuestión de alimentos y bebidas.

SÓCRATES.- Comprendido: puede ser que se trate de vestidos. ¿Es preciso que el más hábil en la confección de telas lleve el traje más grande y vaya cargado de un gran número de trajes de los más hermosos?

CALLICLES.- ¿De qué trajes me estás hablando?

SÓCRATES.- Por lo dicho será preciso que el artesano más entendido en la fabricación de cueros y el mejor de los zapateros tengan más calzado que los demás y que el zapatero lleve cuando vaya a la calle los zapatos más grandes y muchos de repuesto.

CALLICLES.- ¿Qué tonterías de zapatos estás diciendo?

SÓCRATES.- Si no es esto lo que piensas, puede ser sea esto otro; por ejemplo, que el labrador entendido y práctico en el cultivo de sus tierras debe tener más semillas que echar en sus campos que los otros.

CALLICLES.- Siempre tienes que venir a parar a lo mismo, Sócrates.

SÓCRATES.- A lo mismo, no, Calicles; pero sí al mismo asunto.

CALLICLES.- ¡Por todos los dioses!, no cesas de tener en la punta de la lengua a los zapateros, a los curtidores, a los cocineros y a los médicos, como si aquí nos ocupáramos de ellos.

SÓCRATES.- Pero ¿no me dirás al fin en qué debe ser más poderoso y sabio aquel a quien la justicia autoriza a tener más que los demás?

¿No preferirías decirlo tú mismo a que yo te lo sugiera?

CALLICLES.- Te lo digo desde hace tiempo. Por los más poderosos no entiendo ni a los cocineros ni a los zapateros, sino a los más

expertos en los asuntos públicos y en la buena administración del Estado, y no solamente entendidos, sino más valientes y capaces de ejecutar los proyectos que han concebido sin fatigarse por debilidad del espíritu.

SÓCRATES.- ¿No estás viendo, querido Calicles, que los dos nos estamos reprochando lo mismo? Tú me echas en cara que digo siempre lo mismo, como si fuera un delito, y yo, al contrario, me quejo de que nunca dices lo mismo de las mismas cosas, y de que unas veces tienes a los más fuertes por mejores y más poderosos y otras a los que más saben. Ahora me das una tercera definición, y los más poderosos y mejores son, según tú, los más valientes. Dime de una vez para siempre a quiénes llamas los mejores y más poderosos y con relación a qué.

CALLICLES.- Ya te he dicho que son los hombres expertos en las cuestiones políticas y valientes; a ellos les pertenece el gobierno de los Estados y es justo que tengan más que los otros, puesto que son los que mandan y éstos los que obedecen.

SÓCRATES.- ¿Son éstos, querido amigo, los que se mandan a sí mismos, o en qué haces consistir su imperio?

CALLICLES.- ¿De qué hablas?

SÓCRATES.- Hablo de cada individuo en tanto que se manda a sí mismo. ¿O no es necesario acaso que ejerza imperio sobre sí mismo, sino únicamente sobre los demás?

CALLICLES.- ¿Qué entiendes por mandarse a sí mismo?

SÓCRATES.- Nada extraordinario, sino lo que todo el mundo cree saber: ser temperante, dueño de sí mismo y dominar sus pasiones y deseos.

CALLICLES.- ¡Eres encantador!; nos estás hablando de imbéciles y los llamas temperantes.

SÓCRATES.- ¡Cómo! No creo que haya alguien que no haya comprendido que no es eso lo que quiero decir.

CALLICLES.- Es eso mismo, Sócrates. ¿Cómo puede ser dichoso un hombre obligado a servir de algo? Pero voy a decirte con entera libertad lo que es lo bello y lo justo en el orden de la naturaleza. Para tener una vida feliz es necesario dejar que sus pasiones tomen el incremento posible y no reprimirlas. Cuando así han llegado al paroxismo se debe estar en disposición de satisfacerlas con valor y habilidad, satisfaciendo cada deseo a medida que nace. Me figuro que esto es lo que no sabría hacer la mayoría de los hombres y es la causa de que conducen a los que lo consiguen, ocultando avergonzados su propia impotencia. Dicen, pues, que la intemperancia es algo muy feo, como he observado antes; encadenan a los que han nacido dotados de mejores cualidades que ellos, y no pudiendo conceder a sus pasiones lo que necesitan para contenerlas, elogian la temperancia, la moderación y la justicia por pura cobardía. Y en realidad, para cualquiera que haya tenido la suerte de nacer de padres reyes o bien suficiente grandeza de alma para procurarse alguna soberanía, como una tiranía o una monarquía, no habrá nada tan vergonzoso y dañino como la templanza, puesto que hombres de su temple, que pueden disfrutar de todos los bienes de la vida sin que nadie se lo impida,

se impondrían el yugo de las leyes, de los discursos y de la censura de lo vulgar. ¿Cómo no los haría desgraciados esta pretendida belleza de la justicia y de la templanza quitándoles la libertad de dar más a sus amigos que a sus enemigos, siendo como son soberanos en su propia ciudad? Tal es el estado de cosas en esa verdad, Sócrates, tras la cual dices que corres. La molicie, la intemperancia, el desenfreno, cuando nada les falta, son la virtud y la felicidad. Todas esas otras bellas ideas, esas convenciones contrarias a la naturaleza, no son más que extravagancias humanas, que no deben ser tenidas en cuenta para nada.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

